

En
EDICIONES GLADES

La Luz

Jose Luis Victoria



La luz

Jose Luis Victoria Lozano

EDICIONES HADES

“Novela”

© Jose Luis Victoria Lozano
© Ediciones Hades
12163 Culla (Castelló)
info@edicioneshades.com
www.edicioneshades.com

ISBN – 978-84-120495-7-2
Depósito Legal – CS 1039-2019

Diseño Portada – Javier Blázquez Murillo

La luz

*A mi padre,
te echamos de menos.*

*Para las perdedoras y perdedores.
La vida es una continua pérdida
que nos hace saborear el camino
que nos lleva a ella.*

*El trigo de la mano cortada
el trigo de la mano sin nadie
solo el temblor de la vejez que insulta
y el silbo de la voz que nos enseña
a no amar más que a los muertos.*

Leopoldo María Panero

I

Con la cuenta ya perdida de los días en los que el Sol^[1] no calentaba las tierras bañadas por el río Udivé, Iltubeles abrió la puerta de su choza para llevarse una nueva decepción. Agua sobre más agua convertía la tierra en un verdadero lodazal. Nubes oscurecidas por la sed de sus dioses ocultaban la claridad.

Con la precaución de no embarrarse demasiado las sandalias de esparto como principal prioridad, recorrió dando pequeños saltos los escasos metros que le separaban de su herrería. La más que modesta casa en la que Iltubeles vivía solo y el pequeño local en el que pasaba horas y horas domando el hierro, eran la gran herencia que su padre le había dejado. Iltubeles era hijo

único, un caso aislado en aquella época, ya que su padre había renunciado voluntariamente a casarse con otra mujer tras el temprano fallecimiento de su madre. Iltubeles se había quedado huérfano cuando todavía era un niño, siendo su padre al único al que tuvo como referencia en su infancia.

Los pueblos de entonces, y los edetanos no eran una excepción, basaban su supervivencia en la cantidad de mano de obra que pudiese cultivar sus tierras y defender a su pueblo de los demás iberos que siempre estaban al acecho.

Ieortas, que así se llamaba el padre de Iltubeles, era una persona respetada en el poblado. Después del rey y de su reducido grupo de aristócratas, Ieortas era la cabeza visible de los artesanos. Tanto el carpintero como el bronceista y sin dejar a un lado a los alfareros, curtidores y orfebres, confiaban en las sabias decisiones que Ieortas tomase en los enfrentamientos con los aristócratas. Esa actitud, en cierta medida rebelde, le había acarreado algún que otro problema con la clase social que convertía el oficio de las armas en su profesión. Por suerte para su integridad, el rey era su mayor valedor. El rey no solo le admiraba por su honorabilidad sino que mantenía con él una amistad que había perdurado al paso del tiempo, a los contratiempos y a las envidias. En más de una ocasión se había enfrentado a su nobleza para defenderlo de las acusaciones de conspiración.

Como era normal en una época en donde las continuas guerras formaban parte de la normalidad, rara vez se moría de viejo. Y como no podía ser de otra manera, Ieortas no fue una excepción. Pero a pesar de que ya habían pasado más de dos años desde su muerte, Iltubeles de vez en cuando se seguía preguntando qué había sucedido en realidad. Todavía perduraba en su memoria la imagen de su padre tendido boca abajo en un prado cercano sin mostrar en su cuerpo ni una sola herida. Tan solo le consolaba su multitudinario entierro, ese día quedó de manifiesto su gran importancia en el poblado.

Ese gran día toda la gente del poblado acudió a dar el pésame y a velar el cadáver, incluidos los nobles que habían tenido más de una diferencia con él. Su buena situación social le garantizó un foso lleno de leña para poder ser incinerado en el “bustum” o crematorio. Su cadáver se quemó lentamente y los huesos que no se consumieron se purificaron. Iltubeles todavía recordaba cómo lavó los huesos de su padre con el agua del río Udiva y cómo los envolvió en una tela recuerdo de su madre. Una vez limpios y bien envueltos, los introdujo en una urna funeraria de cerámica regalo de su amigo el alfarero. Junto a sus más preciadas adquisiciones enterró la decorada urna.

Como no podía ser de otra manera, la noche transcurrió entre danzas rituales acompañadas de música de flautas y crótalos. Todos los presentes asistieron al banquete funerario que Iltubeles como único pariente presidió. La abundante comida sirvió para saciar el hambre de los invitados y para contentar a los dioses. Aunque una pequeña ración se guardó para que el difunto no se marchase de vacío al otro mundo.

Iltubeles sonreía al pensar que su padre estaría al lado de sus dioses, al lado de la Diosa Madre. Estaba completamente seguro que el dios que vivía dentro del río y que les daba la vida, lo habría acogido en su seno como se hace con los fieles seguidores.

Un último salto llevó al joven herrero a la puerta de entrada de su herrería. Más que su segundo hogar era el primero, ya que pasaba más tiempo entre el mineral del hierro que entre los seres humanos. El agua de lluvia casi había entrado en el recinto, pero un montón de mineral de hierro que esperaba paciente a ser fundido lo había evitado. Gracias a su tozudez por dejarlo en la entrada había conseguido evitar daños mayores, en cambio su padre estaba obsesionado con

dejarlo en el interior para que los clientes no se llevasen una mala impresión. Itubeles volvió a sonreír al recordar las discusiones que tenían por ese motivo.

—No lo podemos dejar en la puerta —decía Ieortas gesticulando con ambas manos.

—¿Por qué? —preguntaba Itubeles siempre que llegaba un cargamento.

—Porque no está bien, ¿qué quieres, que cuando venga un cliente se tropiece con el montón?

—Si se tropieza es que es muy torpe —decía Itubeles riéndose—, tiene toda la entrada para pasar.

—Pero qué imagen vamos a dar, esto va a parecer un almacén.

—Pero si todos los clientes ya te conocen...

—Y qué tiene eso que ver...

—Pues que estoy un poco harto de tener que cargar el mineral más distancia de la necesaria, si lo dejamos en la entrada mi espalda lo agradecerá.

—Deja de protestar y llévalo al final. ¡Vaya juventud!

Siempre acababa igual la discusión, su padre se quedaba hablando a regañadientes del poco espíritu que los jóvenes tienen al trabajo e Itubeles se quedaba trasladando el hierro de un sitio a otro manifestando su enojo por el trabajo innecesario que le tocaba hacer.

Dejó a un lado el montón de mineral de hierro y se encaminó hacia la fragua. Se frotó las manos como siempre hacía antes de empezar a trabajar y avivó el fuego durmiente con el fuelle de cuero que estaba junto a él. Sin poderlo remediar su memoria regresó a su padre, al parecer estaba teniendo uno de esos días nostálgicos que solo la lluvia sabe otorgar. Miró el yunque que daba descanso al martillo preferido de su padre y su mente se trasladó años atrás.

—Este yunque es para ti, en él forjarás las mejores falcatas de toda la región.

—¿Qué tiene de malo el viejo...?

—Nada, pero este será mi regalo. Cada vez que lo golpees, mi fuerza y mi destreza te acompañarán.

—Para eso no hace falta que te molestes haciendo uno nuevo, tú me has enseñado todo lo que sé. Te parece poco regalo.

—Venderás muchas herramientas, a veces creo que tenías que haber sido comerciante. Eres muy bueno en el arte de quedar bien.

—De alguien lo habré aprendido.

—Esa es la mayor herencia de tu madre.

Tenía dos nuevos encargos para comenzar el día, uno era un legón y el otro una falcata. El noble que le había encargado la falcata había llegado con las prisas típicas de su cargo, daba la impresión de que el mundo se tenía que detener cada vez que uno de ellos le visitaba. En cambio, el agricultor que le había encargado el legón evitó hacer comentario alguno sobre las prisas.

—¿Cuál voy a fabricar primero? —se preguntó mirando las brasas ardientes.

—Lo prudente sería hacer primero la falcata... pero hoy tengo el día rebelde. Seguro que será más urgente el legón, los caprichos vendrán después. Alguna excusa me inventaré para no quedar demasiado mal.

La mañana fue trascurriendo entre hierro al rojo vivo y martillazos. Tan solo el vapor que resultaba del fructífero enfrentamiento entre el hierro candente y el agua le distraía de su

cometido. Entre chispas y golpes, Iltubeles no se dio cuenta de la aparición de Armitalsko, el joven noble que le había encargado el arma.

—¿Ya la tienes? —preguntó Armitalsko como educada presentación.

—No, aún no la he empezado.

—¿Y qué haces forjando ese apero? Creo recordar que te dije que tenía mucha prisa.

—Como siempre —pensó Iltubeles sin atreverse a decirlo.

—El noble soy yo —continuó Armitalsko con sus reproches—, si fuera por los agricultores te morirías de hambre.

Iltubeles permanecía en silencio mientras tramaba una buena excusa que darle al joven noble.

—Espero que tengas un buen pretexto que contarme.

—Lo he hecho por su bien —dijo Iltubeles con una pequeña sonrisa en el rostro—. Hoy me he levantado poco inspirado y usted sabe que las falcatas requieren de una gran destreza, no quiero que la suya sea una falcata cualquiera.

—Bueno...

—Además tenía pensado unos adornos únicos, pero para eso necesito tiempo e inspiración. Pero si la necesita enseguida... improvisaré.

—No, no. Sabes que confío en tu habilidad. En cuanto la tengas me lo haces saber.

—Será la envidia de los demás.

—Estoy seguro.

Sin más comentarios, el noble Armitalsko se marchó pensando en su nueva falcata y en lo que iba a presumir de ella. Antes de cruzar la puerta de la herrería, se dio media vuelta para despedirse con un simpático gesto de su artista.

Un resoplido de alivio dejó a Iltubeles vacío de preocupaciones. Una vez más, su oratoria le había salvado de un serio conflicto. Armitalsko era el hijo del noble más beligerante con su padre y como suele suceder en estos casos, la aversión se hereda sin la mayoría de las veces preguntarse el porqué.

Casi sin darse cuenta, la mañana se fue alejando al unísono con el avance del ocultado Sol. Terminó de enfriar el legón y tras dejar su obra en la mesa de trabajo, salió a la calle en busca de aire nuevo. La lluvia había cesado pero los nubarrones estaban dispuestos a quedarse a vivir en el cielo del poblado.

—Como no se vayan las nubes de una vez por todas, se va a perder toda la cosecha —se dijo para sí mismo mientras miraba el cielo.

Un rugido de su estómago le recordó que tenía que hacer un alto en el trabajo. Casi todos los días del año, su prometida acudía a la herrería para comer junto a él. Ese era casi el único trato que tenía con la gente del poblado a excepción, claro está, de sus clientes. Buscó con la mirada a través de la calle central la figura delgada de Nisunin, esperaba que su melena negra destacase entre la mediocridad de las edificaciones del poblado.

—Está tardando mucho —pensó—, no es normal en ella. Acabaré de pulir el legón y así haré tiempo hasta que llegue.

Regresó junto a sus herramientas y continuó con el remate final del apero. Había heredado de su padre el esmero por el trabajo. Se empleaba a fondo en cualquier encargo que le mandasen fuese quien fuese el solicitante. Le daba igual que el encargo fuese del mismísimo Rey o del más humilde agricultor. Su padre nunca había hecho distinción y él no pensaba romper esa sagrada norma.

Con más preocupación que hambre terminó de pulir el apero. Un nuevo trabajo había salido

de sus manos a base de paciencia, destreza y martillazos. Esa misma tarde se lo llevaría a su nuevo dueño. Iltubeles era consciente de la necesidad que tenía de usarlo.

—Es muy extraño que todavía no haya aparecido —dijo en voz baja mirando nuevamente a través de la puerta.

Por primera vez desde que estaba echando en falta a Nisunin, la preocupación había desalojado al hambre y se estaba adueñando realmente de él. Por más que se dijese a sí mismo que habría una lógica explicación a esta ausencia, algo en su interior estaba desatando el nerviosismo. Fue entonces cuando recordó la única vez que Nisunin se había retrasado en su visita. Aquella vez su preocupación resultó ser más que exagerada, por eso esta vez no quería caer en el ridículo que le llevó a un pequeño enfrentamiento con el padre de su prometida. Sin poder evitar volver a ese día, su mirada se perdió entre las nubes mientras su memoria lo trasladaba en el tiempo.

Tras dar forma a una nueva herramienta, la impaciencia estaba desorientando a Iltubeles. El suelo de la puerta de su herrería se estaba convirtiendo en una pequeña zanja gracias a las veces que sus nerviosas piernas la estaban visitando. Desde su recién creada trinchera alimentaba la esperanza de ver a Nisunin recorrer la calle principal del poblado.

Harto de esperar, dejó el apero sobre su mesa de trabajo y recorrió nuevamente el camino en dirección a la puerta. Esta vez no se detuvo en su trinchera para seguir mirando. Cruzó la puerta y se adentró en una de las calles del poblado. Su dirección no era otra que la casa de los padres de Nisunin. Así, sin tiempo que perder, sus pies fueron arrastrados más por la impaciencia que por la inercia misma de sus pasos.

Al llegar a la ansiada puerta, el ímpetu llegó con su presencia. Más que un llamamiento lo suyo fue casi un derrumbe. Alterado por la desmedida fuerza que Iltubeles había aplicado sobre la puerta, el padre de Nisunin la abrió enérgicamente.

—¿Qué sucede!

—Busco a Nisunin.

—Y por eso casi me derrumbas la puerta.

—Es que estoy preocupado por ella.

—Pues tu preocupación casi te lleva a pagarme una puerta nueva.

—Quizás me haya excedido... pero, ¿Nisunin dónde está?

—Está dentro.

—No puede ser, ella siempre va a verme.

—Te digo que está dentro con su madre...

—¿Nisunin!

—O eres tonto o sordo, te he dicho que está dentro.

—¿Nisunin! —volvió a gritar sin hacer caso a las palabras del padre de Nisunin.

—¿Te he dicho que está dentro! —dijo el padre, esta vez gritando más que Iltubeles para que le oyese de una vez.

—¿Nisunin!

—¿Vete de mi casa! —le gritó agarrándole del brazo.

—¿Nisunin! —continuaba gritando mientras era empujado.

—¿Fuera de aquí!

Antes de que el enfrentamiento quizás les llevase a la total desavenencia, una voz suave pero enérgica atravesó parte de la casa.

—¿Iltubeles!

—*Por fin te encuentro.*
La figura de Nisunin apareció tras la de su padre para tranquilidad de su prometido.
—*Estoy bien. Solo un poco magullada.*
—*¿Qué te ha pasado?*
—*Me caí en el bosque, pero no te preocupes que no ha sido nada. Un poco de reposo y estaré como nueva.*
—*¿Ya estás más tranquilo?* —*le preguntó el padre de Nisunin soltándole el brazo.*
—*Pues claro, si me lo hubiese dicho antes...*
—*¿Cómo que antes! Si no me has dejado explicártelo. Te has vuelto loco de repente.*
—*Dejémoslo estar* —*añadió Nisunin para terminar con el incómodo malentendido.*
—*Sí, será mejor dejarlo estar* —*dijo el padre mientras entraba a su casa dejando a los dos jóvenes a solas.*
—*¿Qué te ha pasado?* —*preguntó Nisunin a la vez que acariciaba el rostro de su prometido.*
—*No lo sé... estoy avergonzado... he perdido la razón...*
Nisunin lo miró con una sonrisa en sus carnosos labios y le dio un agradecido beso. En el fondo estaba contenta por la descontrolada preocupación de Iltubeles. Estaba claro que le importaba más de lo que le demostraba diariamente.
—*Ahora debes irte, mañana iré a visitarte como todos los días.*

Incapaz de continuar esperando pero con el resquemor de volver a hacer el ridículo, volvió a echar un último vistazo a la calle con la esperanza de contemplar su figura y así no tener que acudir a la casa de los padres de Nisunin. Pero la ausencia fue la respuesta a su mirada. Así que sin volvérselo a pensar, cerró la puerta abandonando la herrería y los encargos.

Desde la herrería de Iltubeles hasta la casa de los padres de Nisunin había un buen trecho ya que debía de recorrer casi de punta a punta todo el poblado. Las casas y los locales de los artesanos sin excepción alguna, se agolpaban en las afueras del recinto amurallado para atenuar las molestias que pudiesen acarrear con su trabajo. Así que Iltubeles puso rumbo a una de las dos calles centrales que recorrían la meseta alargada del cerro que sustentaba al poblado. Mientras caminaba, su mente no cesaba ni un instante de barajar posibilidades, algunas agradables y otras no tanto. No quería o no debía pensar ni un solo instante en que a Nisunin le hubiese pasado algo malo, para preocuparse siempre estaría a tiempo. Sin duda, el recuerdo de su enfrentamiento con el padre de Nisunin estaba todavía demasiado fresco en su memoria. Pensando en ella llegó al muro medianero que servía de pared maestra a las casas de una y otra calle. Una vez allí y con el camino bien aprendido, escogió la calle que discurría por la izquierda y que no tendría más remedio que recorrer casi en su totalidad.

Esquivando sin demasiado éxito los numerosos charcos que cubrían gran parte de la calle, se detuvo justo antes de llegar a la muralla. Tan solo a unos cuantos pasos de la primera muralla se encontraba la casa de los padres de Nisunin. Una vez situado frente a la puerta, la certeza de que su prometida estuviese dentro no le dejaba lugar a dudas. Seguro de ello, golpeó la puerta con sus nudillos esperando oír la suave voz de Nisunin. Sin apenas tiempo a cambiar de idea, la figura de la madre de Nisunin apareció tras la puerta al abrirse de par en par.

—*¿Cómo está?* —*preguntó cordialmente Iltubeles.*
—*No demasiado bien, esta lluvia nos va a matar a todos de hambre.*
—*Espero que no tarde en escampar.*
—*Algo habremos hecho para que los dioses nos estén castigando.*

—Es posible, pero espero que sean bondadosos. Si no es así no quedará nadie para rezarles.

—No digas eso, estoy segura que al final nos perdonarán. Solo debemos tener fe en ellos y rezar todo lo que podamos.

—Eso tendremos que hacer.

—Pero bueno, no te quedes ahí y pasa.

—Gracias, pero solo he venido para hablar con su hija.

—Todavía no ha venido del bosque. Se fue como todos los días al amanecer en busca de frutos silvestres.

—Como no ha venido a comer conmigo, creí que se encontraba mal.

—Ya... ahí tengo la comida encima de la mesa.

—Si no le importa iré a buscarla.

Con un asentamiento y una sonrisa que no denotaba preocupación alguna, la madre de su prometida se despidió de él.

—Si su propia madre no está intranquila —pensó—, no entiendo por qué debo estarlo yo.

Iltubeles dejó a su espalda la casa recién visitada y se dirigió a la puerta que rompía la monotonía de la muralla. Ante él se insinuó desafiante la muralla interior, más pequeña que su gemela exterior y con los sillares de piedra de menor tamaño. Abrió una pequeña puerta de madera que comunicaba con la explanada que unía ambas murallas. Tras saludar a un vecino que iba en sentido contrario al suyo, llegó a la muralla exterior. En comparación con la importancia del asentamiento, la robusta muralla era desproporcionada. Sin duda las palabras de Diógenes se le acoplaban a la perfección: El cínico griego aconsejó a los habitantes de cierto lugar a que cerraran las puertas de la muralla, no se les fuera a escapar la ciudad.

—No quiero ser mal pensado —pensó—, pero esa sonrisa seguro que tiene que ver con mi metedura de pata de la otra vez.

Delante de él se encontraba la puerta principal del poblado, dos enormes hojas de madera de encina chapada con planchas de hierro y minuciosamente dibujada. De nuevo, la memoria de su padre hizo acto de presencia. Él fue quien fabricó a la perfección la chapa metálica que protegía a la madera de la intemperie y de los posibles ataques. Pasó junto a los bastiones que servían para cerrar la puerta a cal y canto sintiéndose empequeñecido ante la desproporción reinante.

—Seguro que mi padre me reñiría al seguir pensando en la sonrisa de la madre de Nisunin. No tengo que obsesionarme, tengo cosas más importantes en qué pensar mientras busco a Nisunin.

A medida que su fibrosa figura se alejaba de la muralla, su intenso color arcilla la convertía en más infranqueable si cabe. El Sol que había sido casi olvidado por los habitantes del poblado, comenzó a disipar lentamente los nubarrones. Después de semanas de oscuridad, sus rayos se hacían notar en el empapado terreno. El vaporcillo de los charcos al ser calentados por el Sol, le acompañaría en su camino con su inconfundible olor.

La senda que Iltubeles había tomado, que no era otra que la que salía de la puerta principal del recinto amurallado, atravesaba los campos de cultivo que rodeaban todo el poblado. Los cereales ocupaban gran parte del terreno cultivado; trigo y cebada eran imprescindibles en su alimentación. Entre ellos y formando pequeños grupos, higueras y almendros compartían la tranquilidad que solo la brisa del aire estorbaba. Espigas y más espigas se alineaban como si de un gran y ordenado ejército se tratase. Los casi olvidados rayos del Sol convertían el verde paisaje en un ondulado vaivén.

Se fue disipando la hipnotizante presencia de los cereales a medida que Iltubeles avanzaba

en dirección al río. Las zonas cultivadas por su pueblo llegaban a su fin con la presencia de pequeños terrenos de hortalizas plantados a la vera del río, que vivían al amparo del agua que no cesaba de circular por su cristalino cauce.

Con premura cruzó el modesto puente de madera que cruzaba el río Udivé y se adentró en el interior del bosque. El comienzo de la arboleda en donde los edetanos solían complementar su dieta, le recibió sin mover ni una sola hoja. La ausencia de viento no solo no preocupó a Iltubeles sino que pasó inadvertido por su obsesión de encontrar cuanto antes a Nisunin.

Dejó a un lado el camino que rompía la monotonía de los árboles y se dirigió al lugar que Nisunin solía frecuentar. Ante la cada vez más angustiada búsqueda, recuerdos de cuando sus miradas se cruzaron por primera vez acudían a su mente. A pesar de vivir en una población no excesivamente grande, apenas habían cruzado entre ellos cuatro palabras. Normalmente, niños y niñas solían jugar por separado cuando todavía la atracción entre ambos era sustituida por la indiferencia. Pero el día de la adolescencia llegó y todo este anterior comportamiento cambió repentinamente. Miradas y sonrisas se cruzaban entre las calles y entre los árboles sin ser cohibidos por moral alguna.

Tras tres días de lluvia torrencial, el Sol dio una oportunidad a las jóvenes para acudir al bosque en busca de frutos y flores, y a Iltubeles y a su amigo Ikomkei para practicar con el arco.

—¿Te has fijado en Nisunin? —preguntó Iltubeles a su mejor amigo mientras este preparaba el arco.

—Pues como siempre.

—¿No crees que hoy está diferente?

—¿Diferente? Serás tú que la miras con otros ojos.

—Eso será.

—Deja estar eso y no te distraigas, a ver si me vas a dar a mí con la flecha.

—Vale, vale... mis ojos están alerta.

Ruborizadas por las descaradas miradas de los dos adolescentes, las tres jóvenes cuchicheaban sin parar entre risas. Disimulaban sus miradas entre las envejecidas encinas mientras fingían que no habían visto ni a Iltubeles ni a Ikomkei.

Con los recuerdos socorriéndole de la angustia, llegó al terreno en donde las puntas de los matorrales se fundían con el río. Ese imponente lugar era aprovechado por el martín pescador para lanzarse sobre los incautos pececillos. Nisunin tenía costumbre de acudir a aquel lugar en busca de moras y a bañarse cuando el tiempo acompañaba. Algún que otro incidente había sufrido Iltubeles por culpa de los baños de Nisunin. Con más curiosidad que precaución el cuerpo de Iltubeles había sufrido más de un percance, sin duda espiar en aquel escarpado terreno no era tarea sencilla.

La llegada de Iltubeles a ese lugar trajo consigo la esperanza de encontrar respuesta a su búsqueda, pero la ausencia de su prometida solo hizo que acumular preguntas. Pero a pesar del revés sufrido, quiso conscientemente mantener la esperanza sobre el paradero de Nisunin.

—Es fácil que nos hayamos cruzado sin vernos —pensó mientras continuaba rebuscando en los lugares próximos.

Cegado por la impaciencia, sus pasos le llevaron a un prado cercano donde el trigo se perdía en el horizonte. Su cara de asombro denotaba que era la primera vez que estaba allí, de hecho nunca había oído hablar de ese lugar. Nada más entrar en el interior de la plantación, el

viento dejó de ser un mero espectador y comenzó a soplar moviendo todas las espigas al unísono asemejándose a las olas del mar. Una sensación más que extraña llevó un escalofrío a su cuerpo a pesar de la temperatura reinante. Movidó por la preocupación siguió avanzando por el trigal en busca de algo que le ayudase en su empresa. Cuando todo lo que tenía a su alrededor eran espigas verdes y cuando la noción del tiempo y el espacio se estaban olvidando de él, un cambio en el paisaje le obligó a detenerse.

—¿Qué es eso? —se preguntó en voz alta.

Ante él se hallaba una enorme huella en el trigal. Una gran cantidad de trigo aplastado y reducido a cenizas se perdía ante su vista. Sus ojos no mentían, sin duda era la primera vez que tenía ante él un fenómeno parecido. Ante tal asombroso avistamiento, su búsqueda se había quedado empequeñecida. Sin temor entró en la enorme huella. Ahora, sus sandalias de esparto ya no eran rebasadas por los tallos del trigo. Sin pensárselo dos veces, caminó decidido en busca de sus límites. Con la mirada en el horizonte comenzó a cruzar de lado a lado la chamuscada huella. De repente, la imagen de más espigas vivas le reconfortó. Por suerte, la muerte tenía un final.

—Es más grande de lo que creía. Si pudiera verlo desde arriba me haría una idea real de su tamaño. Qué lástima no poder volar.

Con una nerviosa sonrisa de incredulidad avanzó por los límites del fenómeno. Tras un buen rato andando por la línea fronteriza entre el trigo vivo y el muerto, un montón de piedras fuera de la huella hizo que se detuviera. Más allá de la herida en la tierra, una nueva mucho más pequeña resultaba más inquietante si cabe que su hermana mayor.

—¿Qué hace en este lugar una mesa de piedra?

Se acercó hasta que el espanto lo detuvo. En la pulida mesa se hallaban clavados cuatro grilletes de hierro. La presencia de las argollas había disipado cualquier arrebató de curiosidad. Entre él y la mesa se había creado un campo de fuerza alimentado por su miedo. El temor estaba siendo más fuerte que la misma curiosidad obligándole a mantenerse alejado de la mesa.

Con pasos laterales para no perder de vista aquella pesadilla, sus pies se tropezaron con unas piedras que casi le llevan a morder el suelo. Dolorido por el inesperado golpe en los dedos de uno de sus pies, se agachó para que su mano intentase mitigar en lo que pudiese el dolor de uno de sus dedos. Resoplando por su mala suerte y maldiciendo a algún que otro dios, la mano que tenía apretando a uno de sus dedos se había vuelto negra de repente. Cenizas y más cenizas le rodeaban siendo contenidas por un círculo de piedras.

Sin poder evitarlo, una de sus manos había estado en contacto con los restos de la fogata. Así que volviendo a maldecir las piedras que le habían llevado a romperse una uña, se levantó dispuesto a salir del círculo negro.

Sin querer continuar en el lugar donde había sufrido miedo y dolor, entró de nuevo en el trigal y se alejó de allí.

Después de un buen rato andando y mientras su mente no paraba de darle vueltas a lo que había encontrado en la gran huella, se detuvo como si hubiese chocado con una pared.

—¿Cómo he podido no darme cuenta antes? —preguntó en voz alta—. La ceniza no estaba mojada.

II

Con menos dificultad de la que cabría esperar por haberse adentrado en terreno desconocido, arribó a la puerta principal de su poblado. Esta vez el enorme portón no le vio alejarse, sino que le dio la bienvenida, una bienvenida repleta de indiferencia. Abierto de par en par sin temor a sufrir ataques ni asedios, la sombra sin reflejo de Iltubeles atravesó su marco.

Acompañado tan solo por el Sol que había resurgido con más fuerza que nunca, casi sin querer se encontró frente a la puerta de la casa de los padres de Nisunin. En cierta medida se sentía culpable por no haberla encontrado, la temerosa forma de llamar a la puerta lo delató.

—Lo siento, no la he encontrado —dijo Iltubeles nada más ver a la madre.

—No es posible... ya debería de estar en casa.

—Tenía la esperanza de habernos cruzado...

Un silencio de confusión se adueñó del lugar. La incomodidad fue rescatada por Baspedas, padre de Nisunin, que llegó en ese mismo instante.

—Yo tampoco he tenido suerte —dijo el padre.

—Creo que deberíamos decírselo al Rey, seguro que él nos ayuda —añadió Iltubeles.

—Es buena idea —respondió Baspedas.

—Os acompaño —dijo la madre.

—No, es mejor que te quedes en casa por si aparece.

Preocupados, el padre de Nisunin e Iltubeles marcharon en dirección a la casa del Rey. La cercanía de la casa no permitió que hablaran demasiado, para Iltubeles fue un alivio ya que después del altercado su relación no era demasiado fluida. De todas formas, Iltubeles no demostraba mucho interés por cambiar la situación.

—Déjame hablar a mí —dijo Baspedas.

Iltubeles ignoró las palabras que acababa de escuchar, prefirió no hacer caso a los consejos de su acompañante.

—Déjame hablar a mí primero —insistió—. Soy más viejo y conozco mejor al Rey.

Esta vez Iltubeles no pudo evitar que una disimulada sonrisa se escapase entre sus labios, eso sí, evitando en todo momento mirar a la cara de su acompañante.

Sin tiempo para llamar a la puerta, esta se abrió mostrando al noble que gobernaba el poblado, el rey Edecón.

—A ti quería verte —dijo Edecón mirando a Iltubeles—. Quiero que me hagas una buena falcata.

—Cuando quiera señor, le haré una muy especial de la que estará orgulloso...

—Estoy seguro, siendo hijo de quien eres no me extraña.

—Queríamos hablar con usted —interrumpió Baspedas que se sentía ignorado.

—Aquí me tenéis. No nos quedemos en la calle, pasad dentro y hablaremos más tranquilos.

Sin protocolos los tres hombres entraron en la vivienda de Edecón. A pesar de ser de quien era, su casa no era tan diferente de la de Iltubeles. Eso sí, las dimensiones eran mucho mayores pero carecía al igual que la del herrero de grandes lujos. Estaba claro que la decoración no era el fuerte de los pueblos iberos, y los edetanos continuaban con esta tradición.

—¿Qué os parece si hablamos en el patio? —preguntó Edecón—. Hoy acompaña el día. Es una lástima que lo desaprovechemos después de tantos días con las nubes sobre nosotros.

Con un gesto afirmativo, los dos invitados caminaron junto al Rey en dirección al patio de la casa.

—Sentémonos —dijo Edecón acompañado por un gesto—. Vosotros diréis, estoy a vuestra disposición.

Iltubeles miró disimuladamente al padre de Nisunin esperando que este fuese quien hablase primero.

—Mí hija Nisunin se ha perdido —dijo sin dar rodeos.

—¿Cómo?

—Partió esta mañana a por frutos al bosque y todavía no ha regresado.

—Supongo que ya la habréis buscado —afirmó.

—Yo acabo de regresar del lugar en donde suele estar algunas veces —intervino Iltubeles, omitiendo conscientemente su aventura por el desconocido tragal—, y no la he visto.

—Ya es mayor para perderse —dijo el padre—, tengo miedo de que se haya dado un golpe y esté a merced de las alimañas.

—Movilizaré a todos los que puedan andar y la buscaremos por los alrededores hasta que el Sol se oculte.

—Gracias...

—Es la obligación de todos velar por los demás. Tenemos que estar unidos, es la única manera de seguir hacia adelante.

—No podemos perder mucho tiempo, ya que pronto oscurecerá y la noche no es aliada de los perdidos —añadió Iltubeles.

—¡Vayamos! —anunció el Rey levantándose enérgicamente del asiento de cáñamo en el cual estaba sentado.

Los alrededores del poblado fueron invadidos por todos los habitantes que estaban en condiciones de ayudar. El río Udive fue recorrido en un gran trayecto sin hallar a Nisunin en él. Cada uno de los árboles de los bosques cercanos fue revisado sin tener suerte. Los campos de cereales fueron examinados al más mínimo detalle sin que la presencia de la prometida de Iltubeles apareciese. Así estuvieron hasta que el Sol se ocultó y a los buscadores les fue imposible continuar.

Desanimadas, las gentes se marcharon al poblado reuniéndose en un pequeño escampado que había entre la muralla exterior y la interior. Allí se encontraban todos los que habían ayudado en la búsqueda. Espontáneamente fueron formando corrillos para hablar de lo acontecido esa misma tarde. Mientras el murmullo crecía, la figura de Edecón apareció acallándolos por completo. Todos sin excepción alguna dejaron de hablar girando sus cuerpos hacia el lugar en donde su rey se encontraba. Todos estaban expectantes a sus palabras.

—Todos hemos hecho lo que hemos podido —dijo Edecón dirigiéndose a todos los allí presentes—, pero el Sol ya se ha ocultado y es imposible seguir. Estoy seguro que Baspedas e Iltubeles os agradecen la ayuda y son conscientes de que sin la claridad del día resulta imposible poder encontrar a Nisunin. Mañana al amanecer continuaremos con la búsqueda, ahora ya podéis regresar a vuestras casas.

Lentamente y hablando unos con otros, los allí reunidos fueron abandonando el lugar de la reunión. Mientras tanto, Edecón con un gesto le pidió a Iltubeles que se quedase ante la mirada rencorosa de Baspedas. Ante la incuestionable petición de su Rey, Iltubeles dejó a su amigo Ikomkei solo y acudió al lado del rey Edecón.

—Por hoy, ya no podemos hacer nada —le dijo Edecón a Iltubeles con el gesto más compresivo que serio.

—Yo me quedaré un rato más.

—De eso nada, es muy peligroso quedarte solo en el bosque, y más cuando no tienes ni el cobijo de la luz de la Luna^[2].

—Recuerde que jugaba con mi padre por estos bosques, los conozco desde que era niño.

—Te entiendo, pero lo que no hemos logrado de día no lo vas a conseguir de noche.

—Es mi prometida y tengo el deber de encontrarla.

—Con una pérdida tenemos bastante. Prométeme que te irás a tu casa, no me obligues a ponerte vigilancia. De todas formas, no me gustaría que te quedaras solo esta noche.

Edecón alargó su mirada y con el brazo levantado requirió la presencia de Ikomkei que permanecía atento a la conversación.

—Me gustaría que esta noche vigilaras a tu amigo. Ha tenido la ocurrencia de seguir buscando.

—No se preocupe —dijo Ikomkei, que había acompañado a su amigo durante la búsqueda

—, no le quitaré ojo de encima.

—Confío en tu palabra, espero que no me falles.

—Así lo haré.

—Ya veo que no tengo más remedio que obedeceros —interrumpió Iltubeles con el semblante serio.

Resignado, Iltubeles se quedó junto a su amigo justo enfrente de la puerta principal del recinto amurallado. Inmóviles y hablando vieron como el rey Edecón se marchaba con unos cuantos nobles que le habían esperado.

—Olvídate de ir a tu casa —dijo Ikomkei—. Esta noche serás mi invitado.

—Qué puedo decir, ya veo que hoy habéis tomado las decisiones por mí. Si tu voluntad es que te acompañe, así será.

Al contrario que la mayoría de los habitantes del poblado, Ikomkei vivía fuera de la seguridad de las murallas. Era sin duda más arriesgado ya que los iberos tenían la costumbre de atacarse de vez en cuando, pero la ausencia de estos y el estar cerca de los terrenos que debía cultivar le resultaba más práctico que vivir dentro de los muros. Por suerte para todos ellos, el poblado no había sufrido ataques en los últimos años. De hecho, los jóvenes como ellos no recordaban ninguno.

—Mi madre se pondrá muy feliz al verte.

—Hace mucho que no la veo, ya tengo ganas de probar sus guisos.

—Seguro que te hace alguno especial.

Con una sonrisa un poco forzada por parte de Iltubeles debido a que el recuerdo de su prometida no le abandonaba, entraron en el camino que les llevaría a la casa de su amigo.

—Hacía tiempo que no nos veíamos y con todo lo que ha pasado, hoy no hemos podido hablar —dijo Iltubeles sin distraerse de esquivar los charcos que se iba encontrando.

—Tenemos que vernos más, deberías dejar un poco el trabajo y reunirte con tus amigos.

—Puede que tengas razón...

—La tengo.

—Por cierto, ¿cómo va la cosecha?

—Si te digo la verdad, como siempre. Después de pasar miedo por las lluvias, escampa y la cosecha es abundante. Creo que este año no será diferente.

—La gente estaba preocupada por la lluvia.

—Tienen que confiar más en nuestros dioses.

—Ya, pero este año se les veía un poco más intranquilos. No sé por qué habrá sido.

—Supongo que será porque este año las lluvias se han alargado un poco más, pero creo que a partir de hoy va a hacer buen tiempo.

—Ahora lo que necesitamos es Sol.

—Sol y encontrar a Nisunin.

Sin darse cuenta, el camino que llegaba a la casa de Ikomkei se estaba quedando en el pasado. La conversación había acortado el trayecto. La más que modesta casa sobresalía entre los verdes campos de trigo. Todos esos campos pertenecían al primogénito del noble enemigo de su padre, Armitalsko era quien controlaba todas y cada una de esas tierras.

—¿Cómo se porta Armitalsko?

—Bien, también es verdad que nunca hemos tenido problemas con las cosechas.

—El día que haya problemas veremos cómo es realmente.

—Y a ti, ¿cómo te va?

—No me puedo quejar del trabajo, aunque para mi gusto es demasiado. Por cierto, el otro

día me encargó una falcata Armitalsko.

—Impaciente como siempre, ¿no?

—Sí, pero no es difícil de convencer. Si le atacas su ego, lo tienes todo ganado.

Con los últimos rastros rojizos que el Sol desprende al esconderse entre las montañas del oeste, llegaron a su destino. Al oírlos, Sicedunin que así se llamaba la madre de Ikomkei, salió a recibirlos.

—¿Cómo ha ido todo? —le preguntó Sicedunin a Itubeles mientras se fundían en un cariñoso abrazo.

—Mal, no la hemos podido encontrar.

—No sufras, seguro que está bien. Verás como mañana la encontráis.

Como si se tratase de una verdadera familia entraron juntos a la casa. Atravesaron el patio y accedieron a la habitación central. Dentro del hogar les esperaba un acogedor fuego que calentaba no solo la comida sino también la estancia entera.

—Sentaos mientras termino la cena.

En silencio y contemplando el humo que ascendía libremente por el centro de la habitación, se quedaron inmóviles como búhos observando cómo salía al exterior por una abertura en la techumbre. Permanecían embobados e hipnotizados por el hospitalario fuego, sus mentes estaban agradecidas a la pequeña tregua que se estaban dando.

—¡Ya está la cena! —anunció la madre de Ikomkei rompiendo con su voz la calma—. Te he preparado una sorpresa, seguro que hace tiempo que no lo pruebas.

—¡Gachas de habas! —exclamó Itubeles—. La última vez que las comí fue en esta misma mesa.

—Ya ha llovido desde entonces —dijo riendo Ikomkei.

Encima de la cocina, en una parilla de hierro forjado que casualmente había sido el primer trabajo de Itubeles con el hierro, Sicedunin había cocinado las gachas de habas. Acostumbrada a ello, agarró la parilla por sus asas en forma de toro y la dejó reposar en una fina tabla de madera.

—Saca la vajilla nueva —le dijo Sicedunin a su hijo.

—Por mí no la hagáis —respondió Itubeles.

—Algún día hay que estrenarla, y qué mejor día que hoy.

Sirvió las gachas en una cazuela decorada con motivos de caza en donde unos cuantos jabalíes eran perseguidos por otros tantos perros. Sobre la mesa, Ikomkei había depositado tres platos con el borde dentado y decorados con hojas de hiedra. Las jarras no desentonaban, haciendo juego con los platos.

—Esta vajilla es digna de los nobles —dijo Itubeles.

—Casi —añadió Ikomkei.

Una mirada tensa cruzó la mesa para clavarse en los ojos del amigo de Itubeles, su madre siempre le reprendía por su poca prudencia.

—Estamos en familia —añadió Ikomkei.

—Pues sí —añadió moviendo la cabeza con resignación—, solo nos tenemos a nosotros. A veces la desconfianza en el que dirán se me apodera.

—Si lo sé no digo nada —pensó Itubeles incomodado por la situación.

—¿Te acuerdas de cuando murió mi marido? —le preguntó Sicedunin sin más rodeos.

—Sí, cómo iba a olvidarlo.

—En esa maldita cacería pasó algo más... A mi marido no le mató un jabalí... murió por una flecha del padre de Armitalsko.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes?

—Por miedo —respondió Ikomkei—. Si lo hubiésemos contado, nos habrían echado de estas tierras y de esta casa. Ya sabes cómo son esos nobles.

—Todo fue un accidente —añadió Sicedunin.

—¿Mi padre lo sabía? —preguntó Iltubeles.

—Creo que sí.

—Nunca me contó nada.

—Para qué te lo iba a contar, ¿hubiese cambiado algo?

—Siento que mi padre no hiciera nada.

—A su manera sí que hizo. ¿Por qué crees que se llevaba tan mal con el padre de Armitalsko?

Iltubeles no podía creer lo que estaba oyendo. Ver a la madre de su amigo con lágrimas en los ojos y reviviendo la muerte de su marido, le sobrecogía. Nunca había soportado ver llorar a una mujer que podría ser su madre.

—A partir de ese día —continuó Sicedunin—, intentó defender a todos los demás de los atropellos de los nobles y te aseguro que tuvo más problemas de los que tú eres consciente. Pero bueno, cambiemos de tema. Lo importante es que esta noche estamos juntos.

—¡Brindemos! —anunció Ikomkei—. Porque mañana encontremos a Nisunin.

Con alguna que otra sonrisa forzada, los tres brindaron con las jarras llenas de vino y quizás de esperanzas.

Con un poco más de vino de lo debido para que el equilibrio de los dos amigos fuera óptimo, dieron cuenta de toda la cena. La madre guardó de nuevo la vajilla regalada por el padre de Armitalsko y por su mala conciencia, y preparó en esa misma habitación las colchonetas y las mantas para poder pasar la noche al calor del hogar. El fuego no tenía la intención de cesar en toda la noche otorgando a la habitación principal de la casa una temperatura más que acogedora. El efecto que estaba produciendo el fuego unido al abundante vino, transportó a los residentes de la casa a un inmediato sueño.

Inmersos en la oscuridad de la noche pero con la luz del fuego todavía iluminando la habitación, un extraño sonido rescató a Iltubeles de los brazos de Morfeo. Se sobresaltó como si algo o alguien le hubiese empujado al vacío de un inmenso puente en el sueño que estaba viviendo. Se incorporó como un resorte y sin querer despertar a sus dos acompañantes de habitación, recorrió sigilosamente el trayecto hasta el patio. Una vez en la intemperie, la humedad y el frío acabaron de un plumazo con su somnolencia. Sus sentidos se despejaron inmediatamente añorando el calor del hogar. Permanecía encogido por el frío e inmóvil mientras contemplaba el trigo y sus alrededores.

Cuando daba la impresión de que su preocupación había sido excesiva y que la tranquilidad no había abandonado aquel paraje, un haz de luz atravesó el cielo para irrumpir entre las espigas verdes del trigo.

Los ojos de Iltubeles no daban crédito a lo que acababa de suceder. Así que tras permanecer inmóvil y cegado un pequeño instante, se liberó de la sorpresa y acudió a contárselo a su amigo. Un nuevo susto, aunque diferente al anterior, había vuelto a acelerar su corazón. La presencia inesperada de su amigo casi le lleva a desmayarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ikomkei con los ojos todavía legañosos.

—Los dioses... los dioses han venido.

—¿Cómo dices? —volvió a preguntar como si no hubiese entendido la respuesta de su

amigo.

—Una luz... una luz ha atravesado el cielo... ha sido increíble.

—¿Qué es eso de una luz?

—Oí un ruido y salí fuera... De repente, una intensa luz atravesó el cielo e impactó contra el suelo.

—Si no fuese por la cara que llevas, no me lo creería.

—¡Vayamos!

—¿Estás seguro? ¿No será peligroso?

—Yo voy —afirmó Iltubeles a la vez que daba el primer paso en dirección al campo de trigo.

—No voy a dejar que vayas solo.

No demasiado conforme, Ikomkei acompañó a su amigo en dirección al interior del triguero.

—Es un poco más allá —anunció Iltubeles señalando con el dedo hacia el centro del campo de trigo.

Los primeros rayos del Sol comenzaron a destacar en el horizonte cuando los dos amigos tuvieron que detener sus pasos. A punto estuvieron de pisar el cuerpo de una mujer que descansaba sobre el trigo. Acurrucada y desnuda, la joven permanecía inmóvil con los párpados cerrados.

—¡Nisunin! —gritó Iltubeles abalanzándose sobre la joven.

Con la esperanza en su mirada y el miedo atropellándole, Iltubeles cogió con ambas manos el rostro de la mujer.

—No es Nisunin —afirmó como si las fuerzas le hubiesen abandonado.

—Pero, ¿está viva? —preguntó Ikomkei intentando avivar a su decaído amigo.

Iltubeles se levantó sin contestar ni comprobar la respiración de la mujer. Inmediatamente, su lugar lo ocupó Ikomkei. Sin duda estaba preocupado por el estado de la joven.

—¡Está viva! —gritó—. Todavía respira... pero está helada. Ayúdame y la llevaremos a mi casa.

Los oídos de Iltubeles daban la impresión de estar completamente sordos, su mirada estaba perdida entre las espigas verdes del triguero.

—¡Espabila! O me ayudas o morirá.

—Perdona —dijo volviendo en sí.

Por suerte para ellos, el cuerpo de la mujer no pesaba en exceso. Iltubeles ayudó a su amigo a colocar a la joven entre sus brazos. Y así, lentamente pero intranquilos por la situación de la mujer, fueron desandando el camino que habían creado en el campo de trigo.

Deseosos de ver el hogar, los dos amigos llegaron a la puerta de la casa. Con cuidado de no golpear la cabeza de la joven contra las paredes, la entraron en la habitación central. Sin perder tiempo, Ikomkei la tapó con su propia manta mientras permanecía lo más cerca posible del fuego del hogar.

Como parecía lógico con el revuelo creado en la habitación, la madre de Ikomkei se despertó.

—¿Qué está pasando? —preguntó sobresaltada por el jaleo.

—Hemos encontrado a una joven en el campo de trigo —respondió su hijo.

—Pero, ¿está bien?

—Todavía no ha despertado —dijo Iltubeles—. Pero al menos respira.

Sicedunin se acercó movida por la curiosidad y el deseo de ayudar a la mujer que yacía inconsciente en la colchoneta de su hijo. Cuando la luz del fuego reflejó el rostro de la joven y

Sicedunin fue capaz de verlo, un espasmo de inmovilidad se adueñó de ella.

—¡No puede ser! —exclamó al ver la cara de la mujer.

De repente, Sicedunin apretó su pecho con las manos desencajando el rostro por el intenso dolor. El enorme malestar y la falta de aire para respirar forzaron a sus piernas a flaquear.

Retorciéndose y con síntomas de asfixia, la madre de Ikomkei cayó de bruces al suelo.

Ahora, la atención creada había cambiado. La joven mujer quedó de momento en el olvido otorgándole el protagonismo a Sicedunin. Tanto el hijo como Itubeles no sabían qué hacer para socorrerla. La inutilidad de los dos en estas circunstancias era patente, no estaban preparados para afrontar un problema de esa envergadura. Tan solo las lágrimas de impotencia aliviaban ligeramente a sus desatados nervios.

Para descanso de Sicedunin pero para desespero de sus dos observadores, su cuerpo dejó de moverse. Allí, inmóvil, quedó su cuerpo. Sus pupilas quedaron fijadas en el rostro de la joven. Su última imagen en esta vida había sido la detonante de su repentino fallecimiento.

Los dos amigos se miraron sin comprender la pesada broma que el destino les estaba jugando. Habían entrado en una espiral de acontecimientos que les estaba resultando imposible de parar. La desaparición de Nisunin había sido el detonante que los tenía prisioneros de sus destinos. El descubrimiento de una mujer joven en circunstancias extrañas les había traído la esperanza para luego arrebatársela. Y por último, la dolorosa muerte de Sicedunin que había dejado unas enormes dudas en sus postreras palabras.

Sin saber muy bien qué hacer, Itubeles e Ikomkei se sentaron desolados. Cuando todavía las lágrimas recorrían sus acaloradas mejillas, miraron al unísono a la joven que permanecía ajena a los acontecimientos que acaban de finalizar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ikomkei mientras se frotaba los ojos.

Pocas veces Itubeles se quedaba sin palabras, pero esa noche fue una de ellas. Después de la muerte de la madre de su amigo, no estaba preparado para pensar en una solución que resolviese los problemas recién creados.

—¿Qué ha pasado?

Un encogimiento de hombros fue la única respuesta que se le ocurrió en ese preciso instante a Itubeles.

—Algo vio en ella mi madre que la mató.

—Eso no lo sabemos con certeza —dijo al fin Itubeles rompiendo su silencio.

—¿Acaso no le viste la cara de terror?

—Sí, pero lo más probable es que se confundiera de persona.

—Que tú y yo no la conozcamos, no quiere decir que mi madre no la conociera.

—Y si es así ¿qué? ¿Qué quieres hacer?

—¿Qué quiero hacer? De alguna manera ha matado a mi madre.

—Creo que no es el momento...

—¿Qué no es el momento! Mi madre está muerta y la responsable está ahí tumbada.

—Te comprendo pero...

—Y una mierda —dijo abalanzándose sobre la joven.

Obligado por el estado de nervios de su amigo y por las consecuencias que ello pudiese acarrear, Itubeles se interpuso entre los dos. Agarró con fuerza el ímpetu de su amigo abrazándolo. Al resultar inútil su descorazonado ataque, se derrumbó en los brazos de su amigo liberando toda la angustia acumulada.

—No es justo —dijo Ikomkei rompiendo a llorar.

—No te preocupes... yo estaré a tu lado.

Sin nada más que decirse ya que el silencio es la mejor palabra en esos instantes, continuaron abrazados como nunca antes lo habían hecho. La única vez que habían sentido algo parecido había sido en el entierro del padre de Iltubeles, porque cuando falleció el padre de Ikomkei eran demasiado jóvenes.

III

Con el tiempo justo para haber cerrado los párpados, el amanecer irrumpió como el tiempo en las prisas. La intensa claridad evitó que los dos amigos continuasen dormidos. Lentamente se despezaron regresando a la cruda realidad. Habían permanecido uno junto al otro compartiendo

no solo el espacio sino también las penas. Sentado sobre el frío suelo, Itubeles buscó con la mirada la presencia de la mujer encontrada la noche anterior.

—¿Dónde está?! —gritó Itubeles al comprobar que la mujer no estaba tumbada donde ellos la habían dejado.

La mirada de Ikomkei recorrió inmediatamente toda la habitación. Un nuevo sobresalto acudía fiel a la cita diaria.

Más sorprendido que temeroso, Ikomkei descubrió rápidamente el paradero de la joven.

—¿Qué hace con mi madre?!

La mujer joven se encontraba tumbada junto a Sicedunin, sus manos estaban unidas y sus rostros se miraban encontrándose.

—¡Déjala en paz! —gritó mientras se levantaba para acudir junto al cuerpo de su madre.

Pero las pupilas oscuras de la joven se clavaron sin remisión en Ikomkei. La inesperada visión lo frenó en seco, quedándose de pie inmóvil. No solo se había impresionado al comprobar que estaba despierta sino que la seriedad de sus ojos le aterraba en cierta medida.

—¡Está despierta! —exclamó Ikomkei evidenciando una realidad e intentando disimular su miedo.

Sin mediar palabra, Itubeles se dirigió apresuradamente hacia la joven. Como había hecho la noche anterior, cogió su propia manta y tapó cariñosamente el cuerpo desnudo de la joven.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupado.

Una débil sonrisa respondió a la pregunta. Fue entonces cuando lentamente levantó la cabeza y le miró a los ojos comenzando a balbucear con gran esfuerzo.

—Sí...

—¿Conoces a mi madre, Sicedunin? —preguntó Ikomkei ciertamente más relajado.

La tranquilidad que estaba flotando por la habitación se evaporó con la pregunta lanzada. Temblores y lágrimas acudieron para volver a dejar acurrucada a la joven. Su cuerpo se refugió entre la manta y su miedo.

—¡No me mires así! —exclamó Ikomkei mirando a su amigo—. Solo le he hecho una pregunta.

—Una pregunta... Así no vamos a conseguir nada.

—Lo siento... pero ponte en mi lugar.

—Si me pongo... pero no puedes estar todo el rato al acecho. Esa actitud no nos ayudará a encontrar el motivo por el que conocía a tu madre.

Devuelta la tranquilidad a los nervios que residían en la habitación, los dos amigos no tuvieron más remedio que dejar las preguntas a un lado y comenzar a dar soluciones.

—Tendremos que ir al poblado y comunicar el fallecimiento de tu madre —dijo Itubeles aportando la primera idea.

—Yo no lo haría.

—¿Por qué?

—Porque corremos el peligro de que la descubran —respondió señalándola.

—¡Y qué!, tu madre merece un buen entierro.

—Pon los pies en el suelo, nosotros no somos ni como tu familia ni mucho menos como los nobles.

Sin responder, Itubeles miró a su amigo y descubrió el daño que le estaban haciendo las palabras que estaba diciendo. Reconocer la verdad muchas veces es más doloroso de lo que parece.

—No le importamos a nadie —continuó—. No somos más que agricultores sin tierra propia.

Además, ¿de dónde iba yo a sacar los bienes para invitar a todo el poblado? Eso suponiendo que viniese alguien.

—A mí sí que me importa...

—Por eso me ayudarás a enterrarla como merece. No quiero que descansa en el pudridero con todos los pobres como nosotros. ¡Que los buitres se alimenten de otros cadáveres!

Con el nuevo día recién instalado en lo alto del cielo, comenzaron con los preparativos del enterramiento. Iltubeles e Ikomkei se dirigieron a la parte trasera de la vivienda con las herramientas de que disponían. Por suerte para ellos y a pesar de que los aperos de labranza no son los idóneos para cavar un agujero, la tierra estaba bastante húmeda gracias a la lluvia caída los últimos días.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Ikomkei a su amigo.

—Déjala que haga lo que quiera, nosotros no podemos estar todo el día pendientes de ella.

—Ya.

Caminando tristemente, la joven que ahora estaba vestida con los atuendos de Sicedunin salió también de la vivienda. Cuando la mitad del trabajo ya estaba realizado, la joven, tras dar una vuelta por los alrededores apareció sin desatar en ellos la menor curiosidad. Tras permanecer un instante observándoles, fue incapaz de seguir en pie y no tuvo más remedio que sentarse en una piedra que estaba cerca de ella. Allí, con el agradable tacto de los rayos del Sol en su cara, continuó mirando a los dos jóvenes y al cuerpo de Sicedunin que permanecía tapado junto a ellos. Su semblante no solo era serio sino que permanecía inexpresivo, por no reflejar no reflejaba ni la molestia que el Sol le pudiese acarrear. En cambio, enfrente de ella los semblantes despilfarraban sentimientos y acentuadas muecas de esfuerzo. El cansancio estaba colmando los rostros de los dos amigos.

—Yo creo que ya será bastante —dijo Ikomkei con más de medio cuerpo dentro del agujero.

—¡Tú mandas!

Iltubeles le tendió la mano a su amigo para que saliera del hoyo. Ahora, después del esfuerzo vendría lo más duro, enterrar a una persona querida. Con todo el cuidado del mundo, dejaron el cuerpo dentro de la fosa. La piel que ya había dejado su calor abandonado, recibió a la húmeda tierra sin inmutarse. Junto al cuerpo de Sicedunin, su hijo dejó la decorada vajilla regalada por la mala conciencia del padre de Armitalsko. Por desgracia para ellos, los objetos de valor que ella poseía eran más bien escasos. Así que lentamente, tanto el pálido cuerpo como la vajilla regalada por el remordimiento, fueron cubriéndose de la misma tierra que tantas y tantas veces ella había removido.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Iltubeles.

—Gracias, pero esto lo debo hacer solo.

Con tan solo el sonido de la tierra al caer, su marchito cuerpo fue golpeado por una oscuridad dispuesta a que formase parte de ella. El rostro de Ikomkei estaba desdibujado gracias a las lágrimas, al sudor y a la tierra. Sus manos llenas de barro y polvo se confundían entre las pequeñas piedras y las nerviosas lombrices que iban cayendo al agujero. Sus pies descalzos ahondaban una y otra vez entre la tierra que estaba preparada para ser enterrada.

Al fin, la fría presencia de su madre fue ocultada a los ojos de los buitres. Pero Ikomkei a pesar de su cariño, no pudo ni quiso evitar que los gusanos la devolviesen al inicio del ciclo natural.

Todavía jadeante pero satisfecho por haber ocultado a su madre, Ikomkei miró cómplicemente a su amigo. Fue entonces cuando Iltubeles se acercó a la tierra recién removida y

de un tirón se arrancó el colgante que llevaba en el cuello. La figurita que representaba a la Diosa Madre abandonó su cuello para depositarse en un pequeño agujero que excavó con sus propias manos. Allí permanecería junto a Sicedunin para acompañarla en su viaje al ultramundo.

—No tenías por qué.

—Le servirá más a tu madre que a mí.

Un cálido abrazo selló su amistad y el amor por Sicedunin. De esa manera se marcharon juntos del triste lugar con la intención de llevarse a la joven de allí.

—¿Dónde está? —preguntó asombrado Ikomkei.

—No te asustes, no creo que haya ido muy lejos.

Más preocupados por lo que acababan de hacer que por la repentina desaparición de la joven, sus pasos se acercaron nuevamente a la vivienda que ahora solo iba a tener a Ikomkei como inquilino.

—¿Qué haremos con ella mientras buscamos a Nisunin? —preguntó Ikomkei mientras echaba un último vistazo a la tumba de su madre.

—Ahora eso me preocupa poco, yo lo que quiero es encontrarla.

—No te preocupes amigo, lo haremos.

—Después de lo que has pasado te deberías quedar en casa...

—Para qué, para que esté todo el día pensando en lo mismo. Prefiero ser útil y acompañar a un amigo.

—Puede que tengas razón, no creo que sea buena idea dejarte con ella a solas.

—Tú lo has dicho...

—De todas formas, cuando volvamos, si todavía sigue a aquí, ya veremos qué hacemos.

Sin mirar ni tan siquiera si la joven estaba cerca de la casa, se marcharon en dirección al poblado para reunirse con los vecinos que iban a ayudarles en la desesperada búsqueda.

Tras reunirse con el rey Edecón, Armitalsko, hijo del noble que más influencia tenía tras el Rey, Baspedas, padre de Nisunin, y los demás ciudadanos del poblado que iban a ayudar desinteresadamente en la búsqueda, se dividieron para abarcar una mayor zona.

—No sé qué sucederá hoy, es todo tan extraño —dijo Iltubeles mientras caminaba junto a su amigo.

—Seguro que todo es obra de los dioses para probarnos.

—Para probar el qué... ¿nuestra paciencia?

—Seguramente.

—De ser así, lo están haciendo a la perfección. Primero desaparece Nisunin, después nos encontramos con una mujer desconocida y más tarde muere tu madre, no sé qué habremos hecho para merecer tal suerte.

El encogimiento de hombros de Ikomkei evidenciaba su falta de respuesta, ninguno de los dos estaba en esos momentos en disposición de responder ni en disposición de discutir sobre caprichos divinos.

—¿Realmente crees que esa mujer tiene algo que ver con tu madre?

—Quiero creer que sí —dijo mientras esquivaba una rama—. ¿Tú no?

—Yo también quiero creer que sí. Si no fuera así, nada tendría sentido.

—Cuando encontremos a Nisunin, no pararemos hasta que las respuestas entierren a nuestras preguntas.

—Te ayudaré en todo lo que pueda, para eso están los amigos.

Continuaron caminando por dentro y fuera de los caminos que recorrían el bosque. Árbol a

árbol, matorral a matorral, cueva a cueva, todo lo que se encontraban en el camino, era revisado con la mayor meticulosidad. Poco a poco, el cansancio se iba haciendo hueco entre la cada vez más débil moral. Entre ellos, el desaliento no salía a relucir pero sus caras así lo evidenciaban. Con las piernas más pesadas que antes de salir a la búsqueda, llegaron al río Udive y con ello a una cueva que se ocultaba entre las rocas. Una pequeña entrada disimulada con matorrales y que daba la impresión de querer formar parte del agua, fue descubierta por primera vez por los dos exploradores. Nunca antes habían oído hablar de esa cueva.

—Mira que si somos los primeros en entrar —dijo Ikomkei muy seguro de su descubrimiento—, la verdad es que es emocionante descubrir algo.

—Yo desde luego, nunca había oído hablar de esta cueva. Y mira que a mi padre le gustaba mucho pasear por estos parajes.

—¿Entramos o qué? —preguntó Ikomkei a escasos metros de la cueva.

—No tenemos nada mejor que hacer.

Con el convencimiento de la curiosidad, los dos amigos entraron a duras penas por la entrada de la gruta apartando las incisivas espigas. Protegiéndose de las piedras y de los pinchos que acechaban sus cabezas, fueron avanzando lentamente por entre la cavidad. La estrechez solo permitía pasar de uno en uno y avanzar de rodillas. Debían permanecer alertas a las pequeñas estalactitas del techo o sus cabezas sufrirían el despiste.

—¿Qué esperas encontrar en este lugar? —preguntó Ikomkei con los pies de su amigo cerca de su cara.

—Por el momento esperanza.

Una pequeña sonrisa se escapó del rostro de Ikomkei mientras sorteaba el pie derecho de Itubeles. La semioscuridad en la que estaban inmersos convertía el paseo subterráneo en algo todavía más complicado. Tras un largo instante de padecimiento y con las rodillas bastante magulladas, una claridad apareció delante de Itubeles para alivio de los encogidos caminantes.

—Creo que los arañazos van a tener un respiro —dijo Itubeles al ver lo que delante de él se encontraba.

Al fin, sus piernas encontraron el respiro ansiado pudiéndose colocar rectas. Con los ojos abobados de admiración, los nuevos visitantes levantaron sus cabezas para contemplar mejor lo que tenían delante de la vista. Varios haces de luz atravesaban la sala de arriba abajo iluminando a estalactitas y a estalagmitas. La oscuridad del pasadizo había sido olvidada y una nueva claridad resaltaba entre el blanco de la calcita.

Con cautela y mirando muy bien lo que tenían debajo de sus pies, dieron unos pocos pasos mientras eran atravesados por la claridad que manaba del techo. Con la fortuna de evitar algún que otro incómodo traspie, los dos observadores se situaron en el centro de la estancia.

—¿Estás viendo lo que yo? —preguntó Itubeles deseando que la respuesta fuera negativa.

—Me temo que sí.

Entre los haces de luz y amontonados en un rincón, un número indeterminado de huesos se apilaban unos contra otros formando un pequeño montículo. Con la prudencia sobrepasando al temor, los dos jóvenes se acercaron al descubrimiento.

—Parecen humanos ¿verdad? —preguntó Ikomkei a la vez que se agachaba para tenerlos un poco más cerca.

—Sí —respondió Itubeles con un cráneo en las manos—, no hay duda.

—Pues hay unos cuantos.

—Más de los que ellos querrían —añadió con una tímida sonrisa.

—Ya me imagino.

—Mientras no esté el de Nisunin —dijo Iltubeles.

—Estoy completamente seguro que Nisunin no está aquí. Además no ha habido tiempo para que se convierta en calavera.

—Ya lo sé, lo he dicho por decir.

La certeza expresada por Ikomkei sonaba más a querer tranquilizar a un amigo que a lo que realmente estaba pensando. Estaba seguro de que el cuerpo no estaba en ese lugar, pero sus esperanzas de encontrarla con vida ya casi habían desaparecido. Iltubeles era consciente de ello pero no daba la impresión de importarle, todavía mantenía la esperanza.

—¿Qué te parece si seguimos? —preguntó Iltubeles dejando con mucho cuidado en el suelo el cráneo que tenía en la mano.

—Veamos si esta cueva tiene una salida.

Gracias a la luz que descendía por los agujeros del techo, pudieron ver un nuevo entrante en la roca completamente opuesta a la abertura por la que habían llegado. Intentando no pisar los huesos que estaban diseminados por el lugar, Iltubeles pisó un pequeño orificio que había en el suelo. Sin poder remediarlo y aunque sus manos intentaron evitar el golpe, su rostro fue a caer junto a un nuevo cadáver. Un desgarrador grito dejó a su compañero de aventuras con las piernas temblando.

—¿Estás bien? —preguntó todavía con el corazón a punto de salirse de su pecho.

—¡Qué asco! Este muerto tiene algo más que huesos.

Rodeado de piel putrefacta y de cientos de gusanos, Iltubeles se apartó del cadáver mientras se sacudía de la cara los incómodos residentes.

—¡Qué suerte has tenido! —dijo Ikomkei riéndose a carcajadas.

—No me puedo quejar.

Distanciado físicamente del cuerpo, el hedor que emanaba no quiso abandonarle invitando generosamente a su amigo.

—Acércate y verás su cara. Con suerte es algún conocido tuyo.

—Es igual, prefiero que me lo cuentes. Si tú no lo conoces, yo tampoco. Me fío de ti.

—Tú te lo pierdes —añadió Iltubeles mientras alargaba la mano para coger algo que había en el cadáver.

—Aunque me dices todo el oro del mundo, no me acercaría.

—Pues casi has acertado... creo que este colgante es de oro.

—¡Qué haces! Cómo se te ocurre coger algo de un muerto.

—No creo que lo vaya a necesitar...

—Cómo que no, en su viaje al más allá...

—Bien sabes, que abandonado a aquí, no irá a ningún sitio.

—Lo que tú digas, pero yo no le quitaría nada a un muerto. Seguro que trae mala suerte.

—Hasta este momento no hemos tenido muy buena suerte y eso que no le había quitado nada a ningún muerto.

—Puedes pensar lo que quieras, pero seguro que nos acordaremos de ese colgante y su dueño.

Iltubeles se guardó el colgante dispuesto a abandonar esa habitación. Al pasar junto a su amigo le dedicó una sonrisa y un pequeño golpe en el hombro. Entre bromas y sonrisas, dejaron a atrás el nuevo cadáver y fueron en dirección al entrante que habían descubierto minutos antes.

—Ten cuidado no te vayas a tropezar otra vez —dijo Ikomkei riéndose.

—Si cada vez que me caigo me encuentro algo de oro, me estaría todo el día en el suelo.

—Ya... lo malo no es encontrar algo sino quitárselo a un muerto.

—No ha sido para tanto, seguro que es de alguna utilidad.

—La única utilidad que le vamos a dar va a ser la mala suerte.

—Estate tranquilo que solo me afectará a mí.

—Ya... eso es lo que dices ahora, pero yo estoy a tu lado y seguro que la mala suerte se ceba conmigo también.

Con el dichoso colgante en boca de los dos amigos, llegaron al entrante que la cueva les estaba ofreciendo.

—Por lo menos esta vez no tenemos que andar de rodillas —dijo Ikomkei agachando un poco la cabeza.

—Te das cuenta como empezamos a tener buena suerte.

—Ya te lo diré más tarde.

—Aun con la suerte de nuestro lado, ten cuidado. Esto está demasiado oscuro y puede ser peligroso.

—¡Cuidado!

—Antes lo digo, antes me doy —añadió frotándose la cabeza.

Palpando las paredes con las manos y caminando como si de una procesión se tratase, recorrieron el corto camino que el pasadizo les ofrecía. Casi sin darse cuenta el final del camino les encontró. Se hallaban en la base de un estrecho pozo donde apenas cabía uno de los dos.

—¿Quién va a probar primero? —preguntó Iltubeles mirando hacia arriba.

—Ya que estás tú preparado, me sabe mal quitarte el privilegio.

—Se agradece el interés.

—No hay de qué... para eso están los amigos.

Iltubeles afianzó sus manos y sus pies en la pared del túnel, y sin pensárselo dos veces comenzó a subir. Por suerte para él y para su amigo, la altura del pozo no era excesiva y además sus paredes no eran completamente lisas. A pesar de esa profundidad y de la estrechez favorable, el esfuerzo estaba tensando sus músculos y convirtiendo su piel en resbaladiza.

—¡Venga! —dijo Ikomkei riéndose—. Te haces viejo.

—Ya te... tocará... a ti —añadió Iltubeles reflejando el cansancio en sus palabras.

—Ten cuidado al llegar a arriba, no te vayas a dar otra vez en la cabeza.

—Descuida.

Sin previo aviso, una piedra del tamaño de un huevo se precipitó por el pozo cayendo en la cabeza de Ikomkei, que fue incapaz de esquivarla.

—¡Ten más cuidado!

—Ha sido sin querer —dijo Iltubeles con una sonrisa maliciosa en sus labios.

—Ya... me has dado de lleno.

—Aunque esté viejo... al menos tengo puntería.

—Ya te aseguro yo que sí.

Al fin, Iltubeles llegó al final de la subida. Ahora solo le quedaba salir por la pequeña apertura que daba al exterior. Su reducido tamaño que apenas daba opción al paso de un cuerpo delgado, la convertía en más que dificultosa.

—Esto va a ser más difícil que la subida.

—Mira a ver si fuera del agujero hay algo adonde agarrarse.

—Eso es lo que estoy haciendo, pero es complicado mantenerme con solo una mano agarrada a la pared.

Con más agobio que paciencia, la mano derecha de Iltubeles comenzó a palpar toda la cercanía del dichoso agujero.

—¡Aquí hay algo!... Parece una rama.

Como si de ello dependiese su vida, Iltubeles se agarró y probó la fijación del objeto hallado.

—Espero que aguante —pensó mientras se aferraba.

—¿Ya lo has cogido?

—Estate atento por si me caigo. Confío en que me cojas en tus brazos.

—Tú por si acaso, no te caigas.

Tras sujetarse fuertemente con su mano derecha, un enérgico impulso llevó a su otra mano a salir de la oscuridad y ver la luz. Con todas las fuerzas que le acompañaban en ese instante, se impulsó con sus piernas quedándose suspendido en el aire. Más abajo, Ikomkei casi acompañaba con sus gestos a su amigo en el intento de salir.

—Por fin —pensó Ikomkei—. Creí que no lo conseguiría.

—¡Aún estoy en forma!

—Pensé que ibas a tardar menos, ya me estaba aburriendo.

—A ver si tienes suerte y continuas riéndote cuando tengas los pies en el aire.

Sin dejar a un lado su contagiosa sonrisa, Ikomkei copió los movimientos de su amigo y comenzó a subir por el estrecho hueco.

—¡Venga!... que ya te queda menos —gritó Iltubeles tumbado en el suelo y con la cabeza asomando por la apertura.

—Lo que tienes que hacer es quitar tu cabezón de ahí —contestó Ikomkei a la vez que se daba un pequeño respiro—, no puedo ver si tapas toda la luz.

Sin borrar la sonrisa de su cara pero con muestras de esfuerzo, Ikomkei llegó al final del camino.

—Me vas a ayudar o te vas a quedar mirándome con cara de bobo.

—Creí que no me lo ibas a pedir. Pensaba que te bastabas solo.

Iltubeles se puso de rodillas junto al orificio y le ofreció a su compañero de escalada una mano.

—¡Agárrate fuerte!

Ikomkei soltó una de sus manos de la pared y se agarró a la mano que entraba desde la luz. Con una de sus manos afianzada, respiró hondo a la vez que soltaba la otra para buscar el exterior del hoyo. Con la fuerza de su amigo a su favor y ayudándose del mismo apoyo que había ayudado a Iltubeles, sus ojos fueron lentamente viendo la claridad mientras que sus pies colgaban como un péndulo.

—No era tan difícil —dijo Ikomkei tendido en el suelo y exhausto.

—Ya te lo había dicho yo.

—Por cierto, me podías haber avisado de lo pequeño que era el agujero.

—Para qué, no habría servido de nada. El agujero no hubiera cambiado de tamaño.

—Ya... pero seguramente no me hubiese llenado de rascadas.

—Es el precio por subir en segundo lugar.

Con sus cuerpos más o menos enteros, la fuerza de los rayos del Sol les calentaba a medias ya que la sombra del algarrobo que tenían junto a ellos así lo quería. Ahora no solo les daba cobijo, sino que gracias a una de sus raíces habían conseguido salir de la oscuridad. En cambio, los árboles del bosque habían desaparecido y el ruido del río ya no se escuchaba. Ante sus asombradas miradas, un enorme cultivo de trigo se extendía a lo largo de la llanura.

—¡Qué barbaridad! Este trigal es enorme.

—Ya te gustaría que fuese tuyo para poder clavar tu azada —dijo Iltubeles mientras

intentaba buscar con su mirada el final del campo.

—No te voy a decir que no.

—¿Qué te parece si seguimos buscando?

—Es a lo que hemos venido. El problema es que no sé dónde estoy, no sabía ni que existía este trigal.

—Tengo la sensación de haber estado antes.

—Algo es algo, espero que no nos perdamos.

Abandonaron el abrigo de su árbol salvador y comenzaron a caminar a través de las espigas verdes del cereal.

—¿Aún te sigue sonando este sitio?

—Ya no lo sé porque todos los trigales se parecen.

—A ver si vamos a aparecer fuera de los límites del poblado.

—Todo es posible. A lo mejor ya lo estamos.

Sin apenas tiempo a cruzar dos palabras en su nuevo camino, Iltubeles que marchaba unos cuantos pasos por delante, se detuvo repentinamente.

—Lo que nos faltaba.

—¿Qué pasa? —preguntó acelerando sus pasos para igualarse a su amigo.

—Míralo tú mismo.

Delante de sus miradas, una enorme huella en el campo abarcaba casi hasta el horizonte. El verde del trigo había desaparecido dando paso al color de las cenizas.

—Ayer estuve en este lugar —afirmó Iltubeles mirando al horizonte.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Qué te iba a decir?, si hasta ahora mismo pensaba que era una pesadilla.

—Al menos sabrás salir de aquí.

—Eso es lo que menos te tiene que preocupar.

—Por...

—Acompáñame... todavía tienes que ver algo peor.

Con el miedo dentro de su cuerpo gracias en gran medida al cambio de semblante de Iltubeles más que a las palabras que le había dicho, Ikomkei siguió a su amigo por entre el trigo aplastado.

—¿Qué es eso tan malo que me tienes que enseñar?

—Ahora lo verás, estamos muy cerca.

Sin que las espigas les molestasen al andar, su paso acelerado les llevó de inmediato al lugar anunciado por Iltubeles.

—Detrás de esa encina está.

Ikomkei abandonó por un instante la compañía de su amigo y caminó aceleradamente acompañado por la curiosidad al único árbol que decoraba el trigal. Sin querer continuar en su andadura, se detuvo nada más llegar a la sombra que la encina proporcionaba al campo. Tan solo un instante después, llegó al lugar Iltubeles. Sin mediar palabra, acompañó su llegada posando su mano en el hombro de un atemorizado Ikomkei. Ahora se encontraban los dos mirando lo temiblemente anunciado.

—Ahora entiendo algunas cosas —dijo Ikomkei mirando la mesa de piedra cuyos grilletes la convertían en terrorífica.

—Cada vez dudo más de que encontremos a Nisunin.

—Estoy seguro de que ella no ha estado en esta maldita mesa.

—Comprendo que quieras animarme...

- No es eso, piensa que en la cueva no encontramos el cuerpo de Nisunin.
- No creo que eso sea una garantía de que esté viva.
- Una garantía no... pero piensa que mientras no hallemos su cuerpo, habrá esperanza.
- Ya, pero puede estar abandonada en otro lugar.
- Entonces qué sentido tendría el pozo. Está cerca de aquí por algo.
- No tengo más remedio que creer en tus palabras —dijo con tono de resignación.

Pasaron junto a la fría mesa sin querer detenerse ni aunque fuese por curiosidad. La sola idea de que alguien hubiese estado allí contra su voluntad les aterraba. A saber cuánto dolor se había quedado impregnado en esa piedra. Ahora, con el camino de vuelta resuelto por la memoria de Iltubeles, la mesa quedó solitaria mientras se alejaban sin mirar hacia atrás.

El Sol ya se encontraba en lo más alto del cielo cuando sus estómagos comenzaron a quejarse. Eran demasiadas horas sin probar bocado y para colmo, sus piernas no habían parado de moverse.

—Menos mal que hemos cogido algo para comer —dijo Ikomkei sacando unos cuantos frutos secos.

—Nunca se sabe lo que te va a pasar.

—Sobre todo si tenemos en cuenta los designios de los dioses, la mayoría de las veces son caprichosos...

—Y al parecer rencorosos...

—Yo no diría tanto... te recuerdo que la mala suerte está ahí.

—Ya lo sé... y que no se te olvide que es culpa mía.

—Tu riéte, que el día menos pensado los dioses te oirán y verás.

—Te tengo a ti para que me defiendas.

—Haré lo que pueda.

Entre palabra y palabra iban masticando los frutos secos que por suerte habían llevado consigo. Con el paso firme se volvieron a adentrar en el bosque abandonando el extraño campo de trigo. Pinos y encinas les acompañaban a la vez que tenían que esquivar los incómodos matorrales. Por suerte para sus gargantas, en medio de su andadura por el bosque un transparente riachuelo se cruzó en su camino. Sin mediar palabra entre ellos, se agacharon para que el agua fresca del arroyo dejase sus gargantas igual que antes de comer los frutos secos.

—Estás seguro de que sabes por dónde vamos —dijo Ikomkei nada más sacar su cabeza del agua.

—Ahora sí...

—¿Cómo que ahora sí? No me digas que estábamos perdidos.

—Perdidos, perdidos... quizás un poco.

—Mientes bien, me había creído que tenías claro el camino.

—Ha sido tan solo una pequeña mentira para que no te preocupases. De todas formas ya lo hemos encontrado.

—Pues tú dirás.

—Si seguimos el riachuelo, estoy seguro que nos llevará al río Udive...

—¡Ah! No me digas que no estás seguro...

—Seguro, seguro... no.

—Pero supongo que ahora me dirás que no tenemos otra opción, que es el camino más lógico para seguir.

—Me conoces bien —dijo Iltubeles entre carcajadas.

—No sé si reírme o pegarte una paliza.

—Te será más fácil reírte.

—Eres un caso perdido.

Con la única opción de seguir el curso del agua para así no perderse en el bosque, continuaron su andadura paralelos al riachuelo. De vez en cuando tenían que dar un pequeño rodeo gracias a los continuos matorrales que acompañaban al agua. Pero siempre sin perder de vista a su guía transparente.

En época de lluvia, los pequeños arroyos de agua eran muy comunes. Transitaban entre la frondosidad del bosque hasta desembocar en el río principal. Desaparecían con la misma rapidez con la que habían nacido. La época seca estaba cerca y los pequeños animales que dependían de estos arroyos aceleraban su crecimiento.

Con la mirada fija en unos cuantos renacuajos que intentaban alimentarse de una multitud de larvas de mosquito que poblaban el agua, Ikomkei rompió el breve silencio.

—¿Crees que la habrán encontrado?

—No lo tengo muy claro...

—¿Por qué lo dices? —preguntó Ikomkei después de dar un pequeño salto para evitar que el agua bañase sus pies—. Por lo que hemos encontrado.

—En parte... aunque algo me dice que la he perdido para siempre.

—No seas cenizo, seguro que cuando lleguemos al poblado está esperándote en su casa con alguna historia de lo más rocambolesca.

—Me alegra que seas tan optimista después de todo lo que nos ha pasado...

—¿Qué quieres que haga, que me hunda en la miseria?

—Bien sabes tú que no quiero eso, lo que pasa es que las cosas no pintan demasiado bien.

—Ya... pero debemos seguir. ¿Qué te crees que no pienso en mi madre?

Una mirada cómplice por parte de Iltubeles, le hizo saber que no estaba solo en su sufrimiento. Los dos eran conscientes de que ahora se tenían ellos dos, que debían de permanecer unidos en lo que el futuro estaba dispuesto a depararles.

En silencio pudieron oír el reconfortante sonido del río. Nunca antes habían deseado con tanta fuerza escuchar su peculiar e inconfundible ruido.

—Al final parece que hemos tenido suerte —dijo Ikomkei con una sonrisa en el rostro.

—¿Suerte? Lo tenía todo controlado.

—Ya...

—¿Adónde iba a ir el agua...? Solo podía ir al río Udive.

—O perderse entre las rocas.

—No lo había pensado —dijo riéndose.

—En fin, lo que cuenta es que ya sabemos dónde estamos.

—Eso... ahora solo tenemos que seguir el curso del río corriente abajo.

—Pues nada, a seguir andando.

El camino se había vuelto más fácil de seguir y más favorable, solo tenían que andar por la senda ya marcada de uno de los dos lados del río. A pocos metros de haber comenzado la andadura por la senda, llegaron a una explanada en donde el río había optado por la tranquilidad.

—Nunca he estado en este lugar, ¿estás seguro de que tenemos que ir río abajo?

—Esta vez sí que estoy completamente seguro —respondió Iltubeles entrando en el remanso del río—, este viaje no es la primera vez que lo hago.

—Si tú lo dices...

—Entra en el agua y verás qué buena está. En este lugar no está nada fría, es una maravilla.

Con precaución por si su amigo le estaba gastando una broma, los pies de Ikomkei entraron

en contacto con el agua.

—¡Vaya! Es verdad...

—Pues qué te creías, que iba a engañarte.

—No me hubiese extrañado.

—No soy tan malo. ¿Qué te parece si aprovechamos esta maravilla y nos damos un buen baño?

No había terminado Iltubeles de acabar la frase cuando su amigo ya se había quitado la ropa dispuesto a darse un chapuzón.

—¡Anda que esperas!

—¡Noble el último que llegue a la otra orilla!

—Deja al menos que me quite la ropa.

—Cuento hasta tres y empiezo.

Sin importarle que la ropa se mojase al quitársela en la misma orilla del río, Iltubeles la lanzó fuera y comenzó a nadar. Había sorprendido a Ikomkei lanzándose un poco antes.

—¡Mira que eres tramposo! —gritó Ikomkei al ver a su amigo dentro del agua.

—No quiero ser un noble, te dejaré que lo seas tú.

—Ya veremos quién lo es.

Con la profundidad justa para no hacerse daño en el fondo pedregoso, los dos comenzaron a agarrarse para intentar llegar primeros. Chapuzones y hundimientos de cabeza se mezclaban con las risas y las burbujas de agua que acallaban los gritos. Entre trampas y agarrones, Ikomkei llegó el primero a la otra orilla con Iltubeles sujetándole uno de sus pies para evitarlo.

—Te ha tocado ser uno de esos insoportables nobles.

—Dame otra oportunidad.

—Bueno... hoy me siento generoso, si llegas primero a la otra orilla retiro el insul...

Sin tiempo para terminar la palabra, Iltubeles hundió la cabeza de Ikomkei dentro del agua y nadó en dirección a la otra orilla. Estaba claro que la ventaja iba a ser demasiada, así que Ikomkei no se sofocó en seguir a su amigo y prefirió ver cómo llegaba al otro lado mientras él nadaba tranquilamente.

—¡Ya estamos en paz! —exclamó Iltubeles poniéndose en pie al llegar a la orilla.

—Ya no eres un noble, pero eres algo parecido, un tramposo.

—Así es la vida.

Con el pudor sin descubrir reservándolo para generaciones futuras, se vistieron sin tener que adcentarse en exceso. Las túnicas de lino que vestían no necesitaban de demasiados preparativos.

—Este sitio es una maravilla —dijo Ikomkei mientras se apretaba el modesto cinturón.

—Este invierno que viene vendremos a probar la temperatura del agua.

—Esto lo tienen que saber en el poblado.

—Yo no diría nada.

—¿Y eso?

—Te recuerdo que estamos fuera de los límites...

—Ya pero...

—¿Cómo que pero? Ya no recuerdas que está prohibido salir sin el permiso de Edecón.

—Tienes razón, aunque nunca lo he entendido.

—Ni yo, pero supongo que será para no entrar en conflicto con los pueblos vecinos.

—Tiene sentido, nuestra generación no ha conocido la guerra.

—Ya, pero en cambio mi padre me contó hace unos cuantos años la última guerra que había

sufrido nuestro pueblo.

—Algo he oído, pero si te digo la verdad, nunca me ha interesado...

—Pues nada...

—No te enfades hombre, lo que pasa es que nunca me han querido contar cómo fue esa última lucha.

—¿Y eso?

—Supongo que porque yo era demasiado joven cuando murió mi padre.

—Claro...

—Pero ahora soy todo oídos.

—No quiero aburrirte.

—Venga, no te hagas de rogar y cuéntamelo.

—Si insistes —dijo Iltubeles con una amplia sonrisa—. Te aviso que en la historia hay unas cuantas cosas que son increíbles, supongo que habrán exagerado como en todas las leyendas.

—No sufras por mí, tengo mucho aguante.

—Tú lo has querido —avisó Iltubeles después de poner su mano en el hombro de su amigo—. Mi padre tenía nuestra edad cuando un pueblo que se hacía llamar lobetanos, siguiendo el curso del río Udiva llegó a nuestro poblado envuelto en mentiras. Les dijeron que querían comerciar y establecer una gran amistad entre los dos pueblos. Y así fue durante un tiempo, pero al cabo de dos estaciones y después de no tener noticias de ellos en mucho tiempo, el vigía que tenemos en la torre de vigilancia del este dio la alarma. Cientos de guerreros lobetanos armados hasta los dientes se estaban acercando al poblado.

—Nunca había oído hablar de ese pueblo.

—Ni yo hasta que se lo oí a mi padre.

—¿De dónde venían?

—Del oeste, de más allá de las grandes montañas. Y según mi padre, su origen era celta.

—¿Entonces no eran hermanos nuestros?

—Al parecer no...

—Bueno, te estoy distrayendo, continúa.

—Como imaginas, el pánico se instaló en todos los habitantes del poblado. Tuvieron que prepararse para la batalla en muy poco tiempo. Menos mal que ya tenían la gran muralla que hoy nos resguarda.

—Pero, ¿qué hicieron los lobetanos? —preguntó Ikomkei con la curiosidad por las nubes.

—Lo único que podían hacer teniendo en cuenta el poderío de nuestras murallas, era sitiar el poblado.

—¡Qué cobardes!

—Era más fácil que arriesgarse a lanzarse sobre el poblado y tener demasiadas bajas para el último ataque.

—Supongo que sí.

—Pues como te decía —continuó Iltubeles—. Los días pasaban, y el hambre y la sed aumentaban sin parar. En una reunión desesperada, el padre de Edecán, en acuerdo con los nobles, decidió salir a luchar cara a cara.

—¡Cómo tenía que ser!

—No creas, eran diez veces más.

—Ya, pero los iberos somos mejores que ellos.

Una mueca sonriente por parte de Iltubeles fue la silenciosa respuesta al comentario de su amigo.

—No solo eran más sino que también estaban mejor armados, todos sabían que era una batalla perdida.

—Debe de ser duro ir hacia la muerte. Pero morir con honor es lo máximo para un guerrero.

—Eso dicen, aunque realmente no tenían elección. Debían defender a sus mujeres y a sus hijos.

Con aire trágico y cargado de importancia al ver que la historia estaba interesando a su amigo, Itubeles continuó con la narración.

—Al otro lado de la muralla, a pocos metros de la puerta principal, se ordenó el ejército lobetano. Ante el asombro de los nuestros, el primer grupo de celtas comenzó a desarrollar una formación de orden cerrado. Su infantería pesada iba armada con un gran escudo y una larga lanza que cada soldado apoyaba en el hombro del que tenía delante en espera del momento de combatir. No tenían ni una sola parte del cuerpo al descubierto, incluso las piernas se protegía con grebas.

—Enfrentarse cara a cara era un suicidio —afirmó Ikomkei.

—Al ver un ejército tan bien posicionado, el padre de Edecón decidió atacarles por los flancos y por la espalda. Así que una parte importante de ellos esperaron pacientemente a que se hiciese de noche y salieron por las puertas secundarias sin que los lobetanos los viesan. A la mañana siguiente, el ejército celta se volvió a formar frente a la puerta principal. Pero esta vez, los nuestros ya estaban preparados para luchar.

»En cuanto el campamento celta comenzó a arder, la puerta principal se abrió y los nuestros salieron para combatir. El fuego había creado un gran desconcierto en las tropas que permanecían a la espera en el campamento. Así que cuando todos corrían para apagar los múltiples focos, los nuestros atacaron a la formación por todos los flancos. El combate se tornó individual, tal y como quería el padre de Edecón. Aun así, eran conscientes de su enorme desventaja. Las falcatas de los nuestros se llenaron de sangre enemiga aunque muchos de ellos estaban comenzando a caer.

»Cuando en el campo de batalla había más cadáveres que guerreros en pie y los nuestros se estaban replegando en dirección a la puerta principal, un gran estruendo los paralizó a todos por completo.

—Ya sabía yo que algo extraño tenía que suceder.

—Ni te lo imaginas —dijo Itubeles tomando aliento antes de terminar con la historia—. A un lado del campo de batalla estaban los celtas y al otro estaban los nuestros que habían comenzado el repliegue ante la inminente derrota. Todos ellos buscaban con la mirada el origen de tal descomunal ruido.

—¡Abrevia! —exclamó Ikomkei impaciente.

—De repente, un claridad digna de los dioses, dejó a todos los allí presentes acurrucados con las manos tapándose los ojos. Todos estaban cegados por la luz que había aparecido tras el estruendo.

—¿Y ya está?

—No, no está. Ahora viene lo mejor.

—Venga, que estoy impaciente.

—Al cabo de un buen rato sin poder abrir los ojos, la luz dejó de iluminar el campo de batalla. Poco a poco, los nuestros se fueron incorporando mientras apartaban sus manos de la cara. Cuando sus ojos volvieron a servir a su cometido, lo que delante de ellos apareció les dejó inmobilizados por el terror. Todos los lobetanos que habían quedado en pie en la batalla yacían en el suelo. Sus armaduras estaban intactas y no había rastro de sangre por ningún lado...

—¿Cómo es posible?

—A pesar de ello, todos estaban muertos.

—De algo morirían.

—Lo único extraño que vieron fueron los ojos.

—¿Cómo?

—Lo blanco se había vuelto negro y las pupilas habían desaparecido entre la nueva negrura.

—Eso solo puede ser obra de los dioses.

Ikomkei se quedó en silencio mientras se imaginaba los ojos de los celtas y las caras de asombro de los suyos. Tras un rato pensando en lo que le acababa de relatar su amigo, regresó al presente mirando fijamente a su amigo.

—Pero, ¿ganamos o no?

—Tú que crees —respondió Itubeles entre carcajadas.

IV

Con el Sol deseando ocultarse en el horizonte, la puerta principal que preside la muralla exterior del poblado se insinuó al final del camino. Durante la andadura por el camino marcado que les estaba llevando a su poblado, la tranquilidad dominaba todo el entorno sin que los sobresaltos les sorprendiesen. Cansados por las horas que llevaban caminando sin apenas descanso, el miedo a las respuestas que estaban al otro lado de la muralla mantenía a Itubeles preocupado.

—No tengo buenas sensaciones —dijo Itubeles mirando el final del camino.

—No las has tenido en toda la búsqueda.

—Ya, pero ahora es diferente.

—¿Diferente por qué? Porque eres un pesimista nato.

—No es eso...

—Yo sé lo que es, la cueva llena de cadáveres y la mesa en medio del trigal te tienen preocupado.

—Algo tienen que ver.

—¿Qué crees, que a mí no me preocupa lo que hemos encontrado?

—Ya me imagino que sí, pero es muy extraño que Nisunin se pierda en nuestros bosques cuando ha caminado por ellos desde niña.

—No te adelantes a los problemas. Seguro que la han encontrado.

—No apostarías tu vida por ello.

—No, pero no me voy a preocupar por algo que todavía no ha sucedido. La muerte de mi madre sí que no tiene arreglo...

—Perdona mi egoísmo, a veces olvido lo que te ha pasado.

—No te preocupes, en parte es normal. Lo de mi madre ya forma parte del pasado, por más que me duela no puedo cambiar lo sucedido.

Sus pasos les habían llevado al final de la senda. La grandiosidad de la muralla les hizo empequeñecer de repente, sus problemas parecían casi haber desaparecido.

—Sois los últimos en regresar —les dijo el vigilante.

—¿La han encontrado? —preguntó impaciente Iltubeles.

—No lo sé, acabó de hacer el relevo. Solo me ha dicho que el Rey os espera en su casa.

Tras una forzada despedida con el vigilante, atravesaron el portón y se adentraron en terreno amigo. Al cruzar la muralla interior descubrieron a un grupo de gente cerca de la casa del rey Edecón. Como les había dicho el vigilante, todos habían regresado de la búsqueda y todavía estaban reunidos para recibir las órdenes del Rey.

Ante las sospechas de Iltubeles, al verlos aparecer, los vecinos miraron para otro lado alejándose cada uno para un lado. Tan solo el noble Armitalsko permaneció junto a la puerta de la casa.

—Al final tendrás razón —dijo en voz baja Ikomkei.

—Ya no hay más esperas, ahora lo sabremos.

Con una forzada sonrisa, el joven noble saludó a los dos amigos. El pesimismo estaba instaurado en su mirada.

—Ya veo que no habéis tenido suerte —dijo Armitalsko a la vez que abría la puerta de la casa de Edecón.

—¿Y vosotros? —preguntó Iltubeles.

Sin tiempo ni ganas de responder a la pregunta de Iltubeles, una voz conocida recorrió el patio.

—¡Pasad!

—Id vosotros que yo tengo cosas que hacer —dijo Armitalsko deseando desaparecer de allí.

—Qué pronto ha huido —dijo Ikomkei mientras andaban por el patio central—, no sabía cómo irse.

Edecón salió al encuentro de ellos para que no se equivocasen de habitación. A pesar de ser una vivienda modesta, en consonancia con todas las edificaciones de los iberos, las casas de los régulos eran mayores que las de sus súbditos. La de Edecón poseía cinco habitaciones con un altillo practicable entre el techo y la cubierta, la cual solía servir para almacenar víveres o enseres.

—Acompañadme a la habitación de reuniones.

Con el silencio de las malas noticias sobrevolando el aire enrarecido que llenaba la casa, entraron los tres en la habitación.

—Sentaos.

—Las malas noticias prefiero recibirlas de pie —dijo Iltubeles.

—Como quieras. Hemos estado todo el día buscando a Nisunin y como podéis imaginar, no la hemos encontrado...

—Para decir eso ¿hace falta tanto secretismo? —añadió Iltubeles mientras recibía un codazo por parte de su amigo.

—Hemos recorrido todas las tierras del poblado rebuscando en cada palmo de terreno —continuó Armitalsko como si no hubiese oído el comentario de Iltubeles—, todos se han esforzado al máximo...

—Y os lo agradezco, pero no la habéis encontrado ¿verdad?

—En parte...

—¿Cómo que en parte? Explíquese mejor.

—Casi en los límites de nuestras tierras, el padre de Nisunin encontró su cesta de mimbre.

—¿Y nada más?

—No, Baspedas solo encontró la cesta. Lo más seguro es que alguna alimaña se la haya llevado a su guarida.

—Pero ¿había sangre cerca de la cesta?

—Baspedas no ha dicho nada de que haya encontrado sangre.

—Hablaré con él...

—Ahora está muy afectado, yo lo dejaría para otro momento.

—Eso haremos —interrumpió Ikomkei mientras cogía del brazo a su amigo para llevárselo.

—¡Afectado! —gritó Iltubeles—. Eso es todo lo que va a hacer por su hija... y vosotros lo vais a dejar estar...

—Llévatelo antes de que sea peor —dijo Edecón mirando a Ikomkei.

—Para eso tanto misterio, para decir una sarta de mentiras...

—Te lo perdono porque estás muy afectado y por la memoria de tu padre, pero no sigas por ese camino.

Sin despedirse y forzado por su amigo, Iltubeles abandonó junto a Ikomkei la casa del rey Edecón.

—¿Qué haces? ¿Estás loco?

—No me creo nada de lo que ha dicho Edecón...

—Ni yo... pero tienes que tener en cuenta que es el Rey y nosotros no somos nada para él.

—Ya... pero eso no le da el derecho para...

—No sigas por ahí, déjalo estar.

—Sabes muy bien que no lo puedo dejar, tú tampoco lo harías.

—Volvamos a mi casa.

—Vale, pero antes quiero pasar por casa de Nisunin.

—¿Crees que es prudente hacerlo?

—No sé si será prudente, pero creo que me deben una explicación.

—Cuando te pones cabezón eres insoportable.

Las dos casas estaban bastante cerca una de la otra, solo tenían que andar unos cuantos pasos por la calle principal y se topaban de frente con ella. El camino transcurrió en el más

absoluto silencio, los dos tenían bastante en su cabeza con dar vueltas a la conversación que acababan de tener con Edecón. Intentaban encontrar algún sentido a las palabras, ya que buscar en la esperanza era totalmente imposible.

Iltubeles había decidido contra la voluntad de Edecón ir a visitar al padre de Nisunin, aunque estaba seguro de que no le iba a aportar nada. Tan solo quería verle el rostro y percibir las sensaciones que le pudiese transmitir.

—Ya hemos llegado —dijo Iltubeles deteniéndose enfrente de la puerta.

—Aún estás a tiempo.

—Quiero ver el rostro a la mentira.

—Estás hablando de su padre...

—¿Y?

Como si les estuviese esperando, Baspedas abrió la puerta inmediatamente no dando tiempo a que continuasen hablando.

—Os esperaba —dijo Baspedas nada más abrir.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Iltubeles con el semblante serio.

—No demasiado bien, encontré su cesta de mimbre pero ni rastro de ella.

—¿Nada de nada?, algo habría en ese lugar...

—¡Te he dicho que no!, no sé por qué no te fías de lo que te digo.

Iltubeles prefirió no responder al comentario fuera de tono de Baspedas. Y eso dejó a Ikomkei fuera de lugar y sin saber qué hacer. Se sentía tan incómodo ante la tirantez que se respiraba, que deseó desaparecer de allí.

—No le he acusado de nada —dijo Iltubeles sin perder la compostura y después de tomarse su tiempo para no decir algo de lo que se tuviese que arrepentir.

—Tienes que disculparme, estoy muy nervioso.

—No es el único... si se entera de algo sobre Nisunin me gustaría saberlo.

—No sufras, te lo haré saber.

Sin despedirse, Iltubeles se dio media vuelta dándole la espalda a Baspedas y se marchó de ese lugar. La marcha pilló por sorpresa a su amigo, que tuvo que acelerar el paso para alcanzarle.

—Debes serenarte un poco —dijo Ikomkei nada más alcanzar a Iltubeles.

—Te parece poca mi calma, he tenido que contar hasta tres para no explotar.

—Es su hija y seguro que quiere lo mejor para ella...

—Tú no lo conoces, ser padre no te convierte en bueno de repente.

—Eso es seguro, pero él es el padre de la desaparecida...

—Esa desaparecida tiene nombre.

—Perdona, pero yo no tengo la culpa de lo que ha pasado.

—Tienes razón... debo tranquilizarme si quiero descubrir qué le ha pasado a Nisunin.

—Entre los dos lo averiguaremos.

Abandonaron nuevamente el poblado y sus robustas murallas para encaminarse a las afueras. El camino de regreso a casa de Ikomkei estaba tan desierto como la verdad en boca de los cobardes.

—¿Crees que estará? —preguntó Ikomkei intentando cambiar de tema.

—¿Adónde va ir? —respondió Iltubeles con otra pregunta y una socarrona sonrisa en los labios.

—Igual ya ha recobrado la memoria y se ha marchado a su casa.

—Teniendo en cuenta que no es del poblado, supongo que su casa le debe coger un poco

lejos.

—Parece lógico.

—De todas formas, pronto lo sabremos.

Los campos de trigo les acompañaban a un lado y a otro del camino, tan solo algún algarrobo solitario rompía la monotonía. El refrescar del aire anunciaba que pronto el Sol desaparecería por completo del horizonte. Así, con la amenaza de la oscuridad sobre ellos, aceleraron el paso casi inconscientemente dejando tras de sí el poco barro que quedaba en la senda. Las copiosas lluvias que habían bañado toda la comarca hasta el ahogo, y el calor de los últimos días habían dejado numerosos charcos en extinción.

—¿Te has dado cuenta lo agradecida que es la tierra? —reflexionó Ikomkei con la figura de su casa al final del camino.

—¿Por?

—Hemos estado a punto de ahogarnos con tanta agua y en dos ratos que deja de caer, la tierra se lo embebe.

—Ya... siempre ha sido así —añadió Iltubeles casi sin hacer caso a las palabras de su amigo.

—¡Qué cosas!

Antes de entrar en la casa, los dos miraron inconscientemente sus alrededores por si veían a la joven desconocida. Sin querer reconocerlo, los dos deseaban que la mujer estuviese a salvo dentro de la casa. Quisiesen o no, ella era el único lazo de unión que a Ikomkei le quedaba con su madre. Tal vez hallase en ella alguna respuesta que le reconfortase.

Sin tener que rebuscar en la pequeña y modesta vivienda, encontraron a la mujer joven sentada con la mirada perdida. Su enfermiza inmovilidad apenas si cambió con la presencia de los dos recién llegados. Su rostro conservó la misma indiferencia que había mantenido hasta ese preciso instante.

—Sigue igual —dijo Ikomkei sin importarle que la joven le estuviese escuchando desde el otro lado de la habitación.

—Me da la impresión de que si queremos sacarle algo tendremos que tener mucha paciencia.

—Espero llevarlo bien...

—No tienes más remedio. Aunque pequeña, es la única explicación que tienes a la muerte de tu madre.

—Si no fuese por eso, ya la habría echado de mi casa.

—¿Estás seguro? —preguntó Iltubeles con una sonrisa dibujada en su rostro.

—Sí.

Iltubeles continuó con la sonrisa incrédula mientras se acercaba a la joven para intentar hablar con ella. Él tenía claro que ese primer paso era suyo, estaba seguro que debía de mantener a su amigo en un segundo plano por sus involuntarias vinculaciones con ella. No podía permitir que Ikomkei volviese a perder los nervios, su intención era la de ser todo lo paciente que pudiese.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Iltubeles sentándose junto a ella pero sin tocarla.

Ante su pregunta lo único que recibió fue una mirada y un leve balbuceo.

—Algo es algo —pensó intentándose convencer de que había dado un primer paso en su recién emprendido desafío.

—¡Insiste, insiste! —dijo Ikomkei marginado al otro lado de la habitación por exclusiva petición de su amigo.

—Ya empezamos, no seas pesado y déjame a mí.

Un poco avergonzado por no saber controlarse a las primeras de cambio, Ikomkei agachó la cabeza y optó por el silencio.

—¿Te puedo ayudar en algo? —volvió Iltubeles armándose de paciencia.

—Sss...í.

Los ojos de Iltubeles se iluminaron como hacía tiempo que no lo hacían. Incluso Ikomkei, que estaba con la cabeza agachada no pudo evitar levantarla para mirar al otro lado de habitación. Tan solo una palabra había desatado en los allí presentes una atención impropia de tan corta frase.

—¿Recuerdas algo?

—Me acuerdo de vosotros... y de sentir mucha pena al ver a esa mujer en el suelo... También me acuerdo de estar muy sola...

—¿Y de antes de vernos a nosotros?

—No, no recuerdo nada.

—Inténtalo.

—¡No! No veo nada antes... está todo en blanco.

La mujer joven se echó a llorar. Sin poder evitarlo, Iltubeles se abrazó a ella ante la asombrada mirada de su amigo. Ikomkei era muy reacio con el comportamiento de la joven, pero aun así fue incapaz de reprocharle a su amigo la actitud que acababa de tomar. A Ikomkei le quedaba la duda entorno a la conducta de su amigo, no estaba seguro si estaba fingiendo para que ella estuviese más tranquila y así que pudiese recordar o realmente el abrazo era sincero.

A la mañana siguiente el Sol continuaba sin estorbo en lo alto del cielo. Un nuevo día soleado se cernía sobre el poblado edetano y sus alrededores. Los tres habitantes de la casa se levantaron casi al unísono aunque fue Iltubeles el primero en abrir los ojos. Así que sin intercambiar demasiadas palabras entre ellos, se dispusieron a comer algo antes de salir de la vivienda. Ahora, con el estómago más o menos lleno, dejaron que el agradable calor de la mañana les acompañase.

—Yo me voy a ir —le dijo Iltubeles a Ikomkei.

—¿Y qué hacemos con ella?

—Pues qué vamos a hacer, que se quede a aquí.

—¡No! Eso no puede ser...

—¿Por?

—Bien sabes el porqué.

—No me digas que no eres capaz de controlarte.

—Por supuesto que sí. Pero, ¿por qué no te la llevas tú?

—Si quieres que se entere todo el poblado...

—No creo que eso sea bueno para ella. Y a pesar de lo que tú creas, no le deseo ningún mal.

—Creo que entonces está claro... de todas formas yo vendré todos los días a veros.

—¿Y qué hago para que recuerde?

—Yo había pensado intentar hacerle recordar el momento antes de hallarla en el trigal.

—¿Cómo?

—Contándole mi experiencia de cuando la encontré.

—Puede que tengamos suerte...

—Realmente no sé qué hacer, es por probar algo diferente.

Sentada en un banco frente a ellos y como una convidada de piedra, la mujer joven les miraba indiferente. Su rostro no mostraba la menor expresión, no era seguro que estuviese

entendiendo lo que los dos amigos estaban hablando. De haber comprendido lo que de ella se estaba hablando, seguramente que hubiese mostrado su desacuerdo con tomar decisiones de ella sin consultárselo. Al fin y al cabo, estaban decidiendo sobre su persona.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? —le preguntó Iltubeles mientras se sentaba junto a ella en el mismo banco de piedra.

Le dedicó una corta sonrisa al igual que la que ofrecen los que no se enteran de lo que les estás hablando.

—Voy a contarte lo que me pasó la noche que te encontré.

La mujer joven volvió a sonreír discretamente, eso sí, esta vez daba la impresión de que su atención sí comprendía lo que Iltubeles le estaba diciendo.

—Esa noche no sé si me desperté por el molesto sonido que me pareció escuchar o por otra causa —dijo Iltubeles comenzando con su versión de lo ocurrido la noche del encuentro—, todavía no lo tengo claro. El caso es que me desperté y decidí salir de la casa para tomar un poco el aire. Estaba seguro de que un pequeño paseo le sentaría muy bien a mi insomnio, pero el intenso frío frenó mis intenciones. Cuando estaba decidido a regresar al calor de la casa, una intensa luz descendió del cielo. Tuve que taparme los ojos para no quedarme ciego, nunca había visto algo similar. Pero al fin la claridad cesó y pude volver a ver lo que me rodeaba, y a pesar de ello, todo estaba igual que antes, nada había cambiado.

El rostro de la mujer joven denotaba interés por las palabras de Iltubeles. Permanecía inmóvil escuchando o al menos eso parecía.

—Sin nada más que ver y congelado, me di media vuelta en dirección a esta casa. El susto que me llevé fue casi mayor que el que me dio la luz, él estaba justo detrás de mí.

Por primera vez en horas, una sonrisa brotaba de los labios de Ikomkei. La sorpresa había sido para los dos. Ikomkei pensaba dar un buen susto a su amigo pero el inesperado giro de este le pilló desprevenido.

—Después de reponerme del tremendo sobresalto, conté a mi amigo todo lo que había visto. Yo no estaba por la labor pero él se empeñó en acudir al lugar donde la luz había tocado tierra. No tuvimos que andar demasiado por el trigal. Al cabo de un momento nos tropezamos contigo, tu cuerpo estaba tendido y acurrucado en medio de las espigas verdes del trigo. Creíamos que estabas muerta. En un principio tengo que reconocer que tenía la esperanza de que fueses Nisunin, mi prometida, pero al ver que no lo eras sufrí un fuerte revés. Gracias a Ikomkei y a su pronta reacción te llevamos a su casa para que entraras en calor.

Ikomkei desde el otro lado de la habitación asentía con la cabeza las palabras que su amigo estaba diciendo.

—Si no llega a ser por él, seguramente que no hubieras sobrevivido. Yo estaba paralizado al evidenciar que no eras Nisunin, en esos instantes el mundo se me acababa de caer encima.

»Pero a partir de ese momento —continuó tras un breve respiro—, todo cambió en nuestras vidas.

—¿Por mí? —preguntó la joven con voz temblorosa.

—Cuando la madre de Ikomkei, Sicedunin, se despertó por el revuelo que habíamos creado al entrar contigo, se acercó a verte. Pero nada más ver tu cara, le dio un ataque y cayó al suelo...

—¿Tengo yo la culpa? —volvió a preguntar con lágrimas en los ojos.

Ninguno de los dos presentes quiso responder a la pregunta de la joven. Quizás pensasen que todo había sido culpa de ella, pero no podían agobiar a la mujer con ese sentimiento de culpa. No deseaban que se volviese a bloquear.

—Más tarde te despertaste sin recordar nada —continuó Iltubeles—. Y así es cómo hemos

llegado hasta ahora.

—Tan solo queremos que nos cuentes lo que recuerdas —interrumpió Ikomkei mientras se acercaba a ellos dos—. Para nosotros es muy importante.

—Recuerdo ir paseando por el bosque... y despertarme mirando al cielo... las manos y los pies no los podía mover... entonces me di cuenta que los tenía atados.

Fue entonces cuando Ikomkei e Itubeles se miraron con signos inequívocos de preocupación. Lo que estaban escuchando había desatado en ellos la intranquilidad.

—De nuevo mi memoria se corta... a partir de ahí tan solo recuerdo... una intensa luz y sombras que me rodean.

Al llegar a ese punto, la mujer joven comenzó a ponerse muy nerviosa. Itubeles temió que volviese a perder el conocimiento.

—¡Tranquila! —le dijo Itubeles sin poder evitar abrazarla—. Olvídate de eso, ya no estás en ese maldito lugar, estás a salvo con nosotros.

V

Los días transcurrían enterrando la esperanza. Después de casi una semana desde la desaparición de Nisunin, las cosas habían cambiado bien poco, su paradero seguía estando en el reino en donde los perdidos gobiernan. El olvido que a toda costa trataba de alejar Iltubeles, acechaba a todos los residentes del poblado. Los intentos por parte de Iltubeles de encontrar a su prometida se habían perdido entre los bosques de la frustración. Todas las mañanas acudía en solitario a su cita diaria con la búsqueda, su empeño no tenía límites.

Para él todas las mañanas eran iguales, nada más amanecer se marchaba al bosque en busca de Nisunin. La monotonía que le había acompañado los últimos años, se había resquebrajado

como la verdad entre los poderosos. Ahora tan solo pensaba en encontrar a su amada, había dejado a un lado sus quehaceres en la herrería. La importancia que tenía la doma del hierro en su poblado había sido apartada por la desesperación.

Iltubeles se estaba preparando para regresar al bosque, un poco de agua y comida era bastante para poder pasar el día fuera del poblado. Sin más preparativos salió por la puerta de su vivienda dispuesto a no regresar hasta que el Sol se ocultase. Nada más cruzar el umbral de su puerta se topó de frente con Armitalsko. Le fue imposible esquivar su presencia, no deseaba verlo y menos hablar con él. Pero esta vez no tendría más remedio que hacerlo.

—Buenos días Iltubeles —saludó con una sonrisa.

—Todavía no tengo acabada tu falcata.

—No venía a eso. Comprendo que ahora no estás para trabajos delicados...

—Pues tú dirás —dijo cortante.

—Quiero ayudarte.

—¿Cómo?

—Sí, aunque te parezca extraño quiero ayudarte.

—Quizás ya sea demasiado tarde.

—Siempre hay algo que buscar.

—No te entiendo.

—Deja que te ayude y lo comprenderás.

—No, esto es un asunto personal.

—Te ruego que me dejes ayudarte.

—Te he dicho que no...

—Al menos piénsatelo. Si cambias de idea, búscame.

—De acuerdo, te dejo que tengo prisa.

—Hasta luego... —se despidió Armitalsko mientras que Iltubeles ya se estaba marchando.

La incómoda visita del noble había despertado en Iltubeles el gusanillo del deber. Fue entonces cuando la memoria le recordó el apero que estaba esperando en su taller. Sin duda, el agricultor que se lo había encargado lo estaría echando en falta. La necesidad era para Iltubeles más fuerte que el capricho, pero los últimos acontecimientos le habían apartado de sus deberes.

Por primera vez en estos últimos días, la herrería de Iltubeles volvía a tener una visita, aunque esta fuese la de su propio dueño. Como era de esperar, el apero dejado por Iltubeles en el yunque que le había regalado su padre, no se había movido ni una pizca. Allí estaba él, en la puerta de la herrería mirando con una sonrisa culpable al yunque y al apero que descansaba en la dura superficie. Con los remordimientos propios del responsable, avanzó hacia el interior del local.

—Creo que hoy no debo ir al bosque —pensó mientras salía de su herrería—. Le llevaré el apero a su dueño y luego iré a ver a Ikomkei.

Algo había cambiado en la manera de pensar de Iltubeles. Quizás la visita de Armitalsko había despertado en él una nueva visión de la realidad. La inutilidad de la búsqueda quizás estuviese empezando a entrar en su mente. De todas formas, fuese o no verdad su cambio, lo único seguro era que ese mismo día pensaba llevar a cabo unas tareas que debía haber emprendido días antes.

—No sé cómo me he olvidado de la joven —pensó—. Le he dejado toda la responsabilidad a Ikomkei. Cuando me vea me va a matar.

Entre pensamientos repletos de reproches a sí mismo, llegó a la más que modesta casa del agricultor. Biulakos era uno de tantos agricultores edetanos que trabajaban para los nobles en sus

campos de cereales y que además tenían un pequeño huerto de subsistencia cerca del río. La vida era demasiado dura para este extracto social que mantenía con sus manos la base de la economía del poblado. Aunque gracias al descubrimiento del hierro y sobre todo a su manipulación, el trabajo dejó de ser tan pesado como era antes de su hallazgo. Tanto las nuevas herramientas como el resistente material del que estaban hechas, cambiaron de una vez por todas la visión de subsistencia de su agricultura. Hoces, horcas, legones, azadas y sobre todo los arados, les llevaron a una mayor producción agrícola y así poder mantener nuevos oficios, ahora la sociedad ya podía comercializar sus excedentes.

—¡Iltubeles! —dijo con una gran sonrisa la mujer de Biulakos—. ¿A qué se debe tu inesperada visita?

—Tu marido me encargó hace un tiempo un legón...

—Ahora me acuerdo.

—Ya lo he terminado.

—Ayer mismo me habló del encargo que te había hecho. Creía que con todo lo que has pasado, te habías olvidado.

—Pues no, aquí lo tengo. Más vale tarde que nunca.

—Te lo agradecemos, pero Biulakos no está...

—No pasa nada, te lo dejo a ti.

—Ya, pero te lo tendremos que pagar...

—Que lo pruebe y ya hablaremos.

—Gracias Iltubeles, y deseo de todo corazón que encuentres a Nisunin.

—Gracias a vosotros por la ayuda que me disteis en la búsqueda.

—¡Qué menos! Tú también nos habrías ayudado.

Con una sincera sonrisa, Iltubeles se despidió de la mujer de Biulakos y de sus dos hijos que correteaban sin parar entre ellos dos. La tranquilidad del deber realizado regresó en parte a su conciencia.

—Bueno —pensó mientras dejaba a su espalda las murallas del poblado—, ahora me queda reconciliarme con Ikomkei.

Con el camino más que aprendido, sus pasos parecían marchar con iniciativa propia ya que su mente estaba distraída con Nisunin. Los días iban pasando y la esperanza de encontrarla disminuyendo. Aun así, su cabeza no paraba de buscar posibles soluciones a la desaparición.

—No puedo olvidar su sonrisa —le comentaba Iltubeles a Ikomkei continuamente—. Hay algo en ella que me tiene atrapado. Verla reír me da esperanza en todo lo que creo, me da ánimos para continuar.

Al fin, el contorno de la vivienda de Ikomkei se dibujaba al final del camino. El trayecto se le había hecho corto al tener la mente en otro lugar. No estaba seguro de encontrar a su amigo en la casa, lo más probable es que estuviese trabajando en los campos adyacentes. De todas formas estaba dispuesto a esperarle, después de casi una semana sin dar señales de vida no iba a exigir.

—¡Iltubeles!

Con una voz conocida reclamando su atención, se giró buscando el lugar de donde provenía.

—¡Iltubeles! Detrás de ti.

Al fin encontró la imagen del voceador, aunque la sonrisa por ver nuevamente a Ikomkei se tornó sorpresa al ver junto a su amigo a la mujer joven.

—¡Ya era hora que aparecieses! —exclamó Ikomkei cuando estaba próximo a su amigo.

—Antes de que me maldigas, te voy a decir que tienes razón.
—Me has abandonado...
—Lo siento, no tengo disculpas.
—Mira si estoy imbécil, que en el fondo estaba preocupado por ti.
—He estado buscando a Nisunin —añadió con una pequeña sonrisa.
—Eso es lo que me preocupaba, creía que te habías caído por ahí.
—Para eso tengo suerte.
—Suerte la mía... mejor no hablar.
—Vamos a estar aquí toda la mañana, he traído un poco de vino para celebrar mi vuelta al mundo de la realidad.
—Anda, vayamos a mi casa y hablemos. Tenemos que hablar de unas cuantas cosas.
—Te importa terminar tú el trabajo —le dijo Ikomkei a la joven que estaba unos cuantos pasos detrás de él.
Con un asentimiento de cabeza, ella se quedó en el campo de trigo acabando las pocas tareas que Ikomkei había dejado.
—Ya veo que estáis muy compenetrados —dijo Itubeles con una sonrisa.
—¡Qué remedio! Sin tu valiosa ayuda no lo hubiese conseguido —las palabras irónicas de Ikomkei fueron en busca de un Itubeles arrepentido.
—Yo soy así de buena persona.
La vivienda no había cambiado, también era verdad que no había pasado una eternidad desde la última vez que estuvo, todo seguía estando en el mismo sitio. Se sentaron en el mismo lugar de siempre, eso sí, con el vino servido en garras mucho más modestas que las estrenadas días antes.
—Cuéntame, ¿cómo te ha ido la búsqueda?
—No demasiado bien, no he encontrado ni una sola pista.
—Pero Baspedas halló la cesta de Nisunin. Algo debe de haber por ahí, uno no desaparece así como así.
—Cada día que he pasado sin encontrar nada, la historia de Baspedas me resultaba más difícil de creer.
—¿Qué iba a ganar él mintiendo?
—Eso mismo me pregunto yo.
—Al fin y al cabo es su hija la que ha desaparecido.
—Dejemos estar este tema antes de que me encienda y háblame de cómo te han ido estos días con nuestra amiga.
—No me puedo quejar...
—Pero, ¿ya recuerda algo?
—No, cuando se lo pregunto se pone muy nerviosa...
—Supongo que recordará cuando menos nos lo esperemos. Tendremos que dejar que su cabeza se arregle sola.
—Si no fuese por ese detalle, su comportamiento es de lo más normal. Hablamos con normalidad y como has visto, me ayuda en el trabajo.
—De lo que más me alegro, en algo teníamos que tener suerte.
—Y ahora, ¿qué piensas hacer? Lo vas a dejar estar.
—Sabes que no puedo. Todo esto huele mal y no me voy a quedar de brazos cruzados esperando.
Mientras hablaban, las jarras de vino desaparecían con demasiada rapidez, sus gargantas no

se quedarían secas por culpa de las palabras.

—Por cierto —continuó Iltubeles—, ¿a qué no sabes quien me ha visitado esta mañana?

—Mi cabeza no está para adivinanzas.

—Armitalsko.

—Estos nobles nunca cambian, solo les importa lo suyo.

—Te equivocas, no ha venido a por la falcata.

—Me extraña.

—Me ofreció su ayuda en la búsqueda, al menos eso es lo que me dijo.

—Un poco tarde ¿no?

—Eso le dije yo. De todas formas no acepté su proposición.

—No creo que le sentara bien tu negativa.

—A mí no me lo pareció. Me dio la impresión de que se lo tomaba bien.

—Mejor así.

El vino ya se había terminado, casi sin querer habían acabado con toda la bebida que Iltubeles había llevado. Sus rojizas mejillas evidenciaban el paso del alcohol por sus cuerpos. Aun así, la templanza no les estaba abandonando.

—¡Ya te vas! —exclamó Ikomkei al ver que su amigo se levantaba.

—Sí, no querrás que esté aquí todo el día.

—Creía que ibas a hablar con la joven...

—Ya veo que todavía no sabes su nombre.

—Como ella todavía no se acuerda, me sabe mal inventarme uno.

—Y entonces, ¿cómo la llamas?

—Mujer.

—Qué original —dijo Iltubeles riéndose.

—Ríete, ríete... pero me gustaría saber que hubieses hecho tú.

—No tengo ni idea...

—Pues entonces.

—No te enfades hombre —le dijo Iltubeles a la vez que le daba un puñetazo en el hombro.

Con una amplia sonrisa, Iltubeles se encaminó hacia la puerta. Estaba deseando que le diera el aire fresco del exterior.

—¡No me digas que hoy vas a seguir buscando! —dijo Ikomkei obligado a subir el tono de voz gracias a la distancia de su amigo.

—Siempre hay algo que buscar —dijo girando la cabeza.

—Pues nada, que tengas suerte amigo.

—¡Nos vemos! —le respondió guiñándole un ojo.

Mientras a su espalda la vivienda de Ikomkei permanecía inmóvil, la senda que estaba pisando daba la impresión de querer alejarse cada vez más. A pocos pasos de la casa, se cruzó inesperadamente con la joven que salía de entre las espigas verdes del campo de trigo.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó Iltubeles deteniendo sus pasos.

—Sí, no conozco tanta gente como para olvidarme.

—Es que este no es un lugar muy concurrido.

—Eso parece, y encima Ikomkei no quiere que vaya al poblado.

—Creo que aún es pronto, ya llegará el día.

—No tengo más remedio que esperar.

—A veces, esperar no es lo peor que te puede suceder.

—Si tú lo dices...

—Bueno... tengo que irme... pronto nos volveremos a ver.

—Adiós.

Su visita había sido más corta de lo que él mismo esperaba y a pesar de ello, estaba feliz por haber visto a su amigo y a la joven mujer. Tras comprobar que los dos se encontraban bien y que no había ocurrido ningún incidente, su conciencia se liberó.

Tras una caminata gobernada por los pensamientos, Iltubeles llegó al cruce en donde debía decidir el camino a tomar

—Estoy un poco cansado —pensó—. No sé qué hacer.

Dudando si seguir por el camino que le llevaría al bosque o coger la senda que lo devolvería al poblado, Iltubeles cerró los ojos con la única imagen de Nisunin en su mente. Su pelo negro lo acaparaba todo y sus ojos no cesaban de mirarle.

—Tendría que seguir buscándote, pero mis piernas me pesan demasiado. Son demasiados días sin descansar. ¡Perdóname!

Tras abrir los ojos, sus manos sacudieron enérgicamente su negro pelo alborotándolo al igual que si hubiese sido sacudido por una fuerte brisa.

—Mañana sin falta continuaré.

Con la promesa de continuar al día siguiente pero con el resquemor de no estar haciéndolo ese mismo día, eligió el camino a seguir. La más que conocida puerta principal de su poblado era su destino más inmediato. Sin mirarla más que lo justo para no tropezarse con ella, su delgado cuerpo quedó empequeñecido al pasar por debajo del portón. Pasó junto a su herrería sin mirarla apenas, sabía que tenía obligaciones dentro y no quería pensar en ellas. A pesar de que el Sol todavía no había llegado a lo más alto del cielo, Iltubeles solo pensaba en descansar.

—No sé qué me ha pasado al salir de la casa de Ikomkei —pensó mientras entraba en su vivienda—, pero de repente me he venido abajo. Seguro que mañana estaré como nuevo. El vino no es buen acompañante cuando quieres andar.

Con la única obsesión en su cabeza que la de descansar, entró en su habitación principal buscando el camastro. Tan solo un trago de agua le separó de la inmediatez de su descanso. Por fin su cuerpo descansaba fuera de la vigilancia del Sol, quizás el sueño que le iba a acompañar lo mantuviese sereno.

Los primeros rayos de la mañana atravesaron toda la habitación. La intensa claridad de un nuevo día soleado incomodó su sueño. Sus párpados no tuvieron más remedio que abrirse de par en par aunque la modorra no deseaba abandonarle.

—Bueno... ya ha amanecido —pensó mientras sus pupilas se acostumbraban a la nueva claridad.

Acompañado por la pereza y por los dolores matutinos que entumecen cada día los huesos, Iltubeles se levantó estirando su cuerpo al igual que lo hacen los gatos. A pesar de tener la agradable sensación de haber dormido toda la noche y parte del día anterior, su cabeza se sentía repleta. La impresión de tener miles de ideas rondando sin descanso por su mente le estaba fastidiando el comienzo del nuevo día.

—Seguro que me estoy resfriando —dijo en voz alta—, menos mal que me queda algo de manzanilla por ahí.

Tras encontrar en un tarro de barro un poco de manzanilla, encendió el fuego del hogar para así poder hacer una infusión que aliviase su dolor de cabeza. Iltubeles estaba seguro que el dolor era por un inminente resfriado y sabía que las infusiones de manzanilla lo dejarían como nuevo.

—Ya sabía yo que después de sudar tanto caminando, el aire frío del bosque me iba a dejar

para el arrastre.

A pesar de su dolor de cabeza, en su mente solo cabía una idea, y esta no era otra que la de seguir buscando. Pero antes debía sentarse tranquilamente a comer algo ya que se diese prisa o no, el bosque seguiría en el mismo lugar esperándole.

De repente, el dolor aumentó a la vez que algunos recuerdos acudían a su memoria. Imágenes salteadas le forzaban a cubrirse la cabeza con las manos. Demasiada incoherencia como para adivinar qué le estaba pasando. Solo deseaba que esa pesadilla acabase de una vez por todas. Pero los recuerdos de su memoria continuaban uno tras otro y cada vez más intensos. No tuvo más remedio que acurrucarse en el suelo con las manos apretando fuertemente las sienes. Cuando el suplicio daba la impresión de haberse quedado a residir en su cabeza, comenzó a vomitar como si el fin de sus días estuviese junto a él.

Un instante más tarde, el estallido de cabeza que él intuía, se quedó bañado por la hiel de su vómito. La paz había vuelto como si nunca se hubiese marchado. Tan solo el olor y los rastros de líquido daban constancia del hecho.

—¿Qué me ha pasado? —se preguntó mientras se limpiaba los labios.

Todavía sentado en el suelo, no daba crédito a lo que le acababa de suceder. No entendía cómo la desaparición del dolor había sido tan repentina como la llegada.

—Esta manzanilla es milagrosa —dijo en voz baja mientras exhibía una pequeña sonrisa—. Me ha hecho vomitar y con ello matar el dolor.

Se incorporó con la única intención de beber un poco de agua y limpiar la desagradable vomitera que decoraba el suelo. En esos momentos, el mal sabor de boca que le había dejado el paso de la bilis era su inmediata preocupación. Con casi desesperación comenzó a refrescarse con el agua de una tinaja, tragos y más tragos pretendían quitarle el mal sabor de boca. Un mal sabor que se había convertido en una obsesión.

Después de muchos enjuagues y tras limpiar concienzudamente la vomitera, la hora de la búsqueda había llegado.

—Nada va a evitar que continúe con mi deber —pensó cuando su cuerpo ya estaba fuera del hogar.

Con más sorpresas de lo que cabía esperar, Itubeles volvió a recibir en su piel el aire de la mañana. Nada más cerrar la puerta de su casa y tras mirar de reojo la herrería, se quedó allí inmóvil. Levantó la cabeza en dirección al despejado cielo y cerró los ojos. Fue entonces cuando con semblante serio, respiró hondo y contó hasta tres en silencio. Ya estaba preparado para emprender de nuevo el camino de la búsqueda.

—Tengo el presentimiento de que hoy va a ser diferente. Después de lo que me ha pasado al despertarme, tengo claro que hoy no va a ser un día normal.

Convencido de sus pensamientos, volvió a cruzar el portón que rompía la monotonía de la muralla. Ahora sus pasos ya caminaban por la tierra y el aroma del bosque se dejaba acariciar.

—¡Itubeles!

Con cara de circunstancias Itubeles se detuvo al oír su nombre.

—¡Espera Itubeles!

Al oír por segunda vez su nombre y conociendo la voz que estaba gritando a lo lejos, giró la cabeza en busca del voceador.

—Otra vez tú —pensó mientras veía cómo se acercaba el hombre que había gritado su nombre.

—Armitalsko, ¡qué sorpresa! —le dijo irónicamente cuando ya estaba cerca de él.

—Buenos días —saludó con la respiración entrecortada por la carrera que se acababa de

dar.

—Respira, no vaya a ser que te ahogues.

—Ya está, ya está... me he dado una buena carrera. He ido a buscarte a tu casa y ya te habías marchado.

—Soy muy madrugador.

—Ya me he dado cuenta —dijo con la respiración más normalizada—. Me gustaría hablar contigo.

—La verdad es que tengo prisa.

—No te molestaré mucho.

—De acuerdo, tú dirás.

—Te voy a ser directo —le dijo mirándole a los ojos—, no me voy a andar con rodeos.

Quiero ayudarte...

—Ya te dije ayer que yo solo me basto.

—Estoy seguro de ello, pero tengo una idea para encontrar a Nisunin.

—Te escucho.

—Llevas un cuarto de luna buscándola, ¿verdad?

—Más o menos.

—Es casi imposible que esté por los alrededores, es posible que se encuentre lejos del poblado.

—Ya... pero sabes que es muy difícil salir de los límites.

—Ahí es donde me necesitas, eso sí, siempre que tengas la esperanza de que siga viva.

—Si no fuese así, no me levantaría todas las mañanas para ir a buscarla.

—Por lo menos en eso estamos de acuerdo.

—Explícame: ¿cómo vas a ayudarme?

—Hace dos amaneceres encontré por casualidad una extraña caja entre las posesiones de mi padre. Era la primera vez desde su muerte que entraba en su habitación. Nunca antes había sentido la necesidad de rebuscar entre sus cosas, pero la noche de antes había soñado con él y supongo que me puse melancólico.

—Otro sueño —dijo Itubeles entre dientes.

—¿Qué dices?

—Nada, nada. Son cosas mías. Pero continúa que se está poniendo interesante.

—Pues eso que te decía, tras mi sueño entré en la habitación de mi padre y me puse a escudriñar sin saber muy bien qué buscar. Por suerte, mi padre no era de los que guardaban demasiadas posesiones y no tardé en encontrar un decorado y extraño cofre. Dentro de él, había unos papeles que contaban una historia sobre nuestro pueblo que yo nunca antes había escuchado.

»En tiempos de mi abuelo, el poblado fue atacado por un numeroso ejército. Ellos se hacían llamar lobetanos y afirmaban que descendían de los celtas. Al principio se mostraron como amigos, pero más tarde demostraron su verdadera intención, que no era otra que la de conquistar nuestro poblado. Pero un extraño suceso acabó con todos ellos antes de que nos derrotasen.

La cara de no demasiada sorpresa que Itubeles reflejaba, llamó la atención de Armitalsko.

—¿Conocías la historia?

—No. Lo que pasa es que no doy crédito. Creía que nunca habíamos sido atacados y enterarme de lo contrario me ha desorientado un poco.

—A mí me pasó lo mismo. Aunque lo que más me enfadó, fue que mi padre no confiase en mí para contarme la historia.

—A lo mejor confiaba en que la encontrases después de su muerte.

—Puede que tengas razón, pero de todas formas me he llevado una gran desilusión.

—Seguramente lo hizo para protegerte...

—¿De qué?

—Yo no lo sé, pero seguro que tenía sus razones. No lo juzgues tan duramente.

Un breve pero largo silencio dejó un vacío entre los dos hasta que Armitalsko volvió a hablar.

—Con respecto al ataque de los lobetanos, creo que la desaparición de Nisunin puede tratarse de una venganza...

—No le encuentro el sentido a eso que dices.

—Pues está muy claro, Nisunin no es la primera que desaparece en nuestro poblado.

—No sabía nada.

—Ya me imagino, pero es la pura verdad.

—Pero, ¿cómo estás tan seguro de eso?

—Cuando yo era un niño escuché una conversación entre mi padre y el rey Edecón. Nunca le había dado importancia hasta que desapareció Nisunin y encontré la historia del ataque lobetano.

—Pero, ¿qué fue lo que escuchaste?

—Edecón le estaba diciendo a mi padre que no podían hacer nada por la gente desaparecida, que si no querían sufrir otro ataque tenían que conformarse con ello. Que nuestro pueblo no estaba preparado para atacar a los lobetanos.

—Es posible que después de la extraña derrota fuese su manera de vengarse...

—Y que la única forma de acabar con eso era atacando el poblado de los lobetanos. Y al parecer no eran rivales para ellos.

—Aplicaron la ley del mal menor. Pero con Nisunin se han equivocado.

—Yo estoy dispuesto a ayudarte.

—¿Y cómo sabemos dónde están?

—Según el escrito, llegaron del oeste. Los nuestros creían que vivían cerca del nacimiento de nuestro río. Así que tan solo debemos seguir el cauce del río Udive.

—Pero no sabemos cuánta distancia hay...

—En eso estriba la aventura. Yo siempre he deseado viajar y esta es mi gran oportunidad.

—No tengo más opciones, las esperanzas de encontrarla cerca del poblado ya estaban desapareciendo.

—Eso sí, tiene que ser un secreto. No se lo podemos decir a nadie, Edecón tiene oídos por todo el poblado.

—De acuerdo. Pero, ¿cómo saldremos del poblado sin que el vigilante nos vea?

—Te recuerdo que soy un noble y eso tiene algunas ventajas. No tengo que dar explicaciones a ningún vigía, y para cuando se den cuenta ya estaremos demasiado lejos para que nos sigan.

—Tú dirás cuándo salimos.

—Cerca del amanecer pasaré por tu casa con un caballo para ti. Intenta llevar todo lo que necesites para un largo viaje, tenemos que ir preparados.

—¡Estaré preparado!

—Por cierto, que no se te olvide tu falcata. No sabemos a lo que tendremos que hacer frente.

—Descuida, ese es mi oficio.

—Hasta mañana.

Armitalsko regresó al poblado mientras que Iltubeles continuó su camino lentamente, su

mente ahora estaba ocupada por las palabras del noble.

La advertencia de Armitalsko sobre el conocimiento de los demás de su viaje, a Iltubeles le estaba creando un conflicto. No podía dejar a su amigo con la incertidumbre de su paradero.

—No voy a ser capaz de sobrellevar la carga de la pena de Ikomkei —se decía a sí mismo.

Con la certeza del silencio de su amigo, su paso se aceleró. Debía contárselo lo antes posible para así poder preparar el inexplorado camino que tendría a Armitalsko como compañero.

Una nueva claridad viajaba junto a Iltubeles. No solo había cambiado la manera de andar sino que sus pupilas brillaban de esperanza. Al fin y después de frustrantes días de búsqueda, sus ansias de volver a ver a su amada tenían donde agarrarse.

VI

La aparición del Sol no había sorprendido a Iltubeles durmiendo. La noche había pasado, pero él apenas si se había aliado con ella. Llevaba horas despierto esperando que su puerta fuese golpeada. Ya estaba todo preparado para la marcha. Sobre su mesa tenía; por un lado unos cuantos víveres y por otro las armas que iba a llevar. La elección ya estaba hecha. La falcata de su padre, su puñal y su escudo.

Una sonrisa plagada de recuerdos apareció de improviso al ceñirse el cinturón y la falcata de su padre.

—Ya es hora de que te vayas haciendo una falcata para ti —le dijo su padre a la vez que

avivaba las brasas.

—¿Para qué?, tengo la tuya.

—Nunca está de más tener un arma cerca.

—Ya, pero yo no veo ninguna guerra por ahí —dijo Iltubeles riéndose.

—Le tenemos que estar agradecidos a los dioses. Gracias a su benevolencia podemos vivir en paz.

—Por eso mismo, con una en la casa hay más que suficiente.

—Ya que veo que tu intención es no hacerme caso, al menos prométeme que cuando me muera no entierres la falcata conmigo. Quiero que te la quedes tú, seguro que algún día te hará falta.

—Si insistes...

—¡Prométemelo!

—Vale... te lo prometo.

Un fuerte golpe en su puerta le distrajo de sus recuerdos. Pero al contrario de otras veces que deseas con todas tus fuerzas que nadie te moleste, esta vez se alegró por la interrupción.

—Buenos días —saludó Armitalsko.

—Buenos días.

—¿Ya estás preparado?

—Desde hace horas.

—Pues nada, vayámonos.

El caballo que Armitalsko había traído para que Iltubeles lo montara, permanecía en silencio como si supiese de la importancia de ser discretos.

—Es el mejor que tengo —dijo Armitalsko mientras observaba como Iltubeles cargaba sus pertenencias—, es hermano del mío. Es rápido y resistente.

Andando junto a los caballos, cruzaron el poblado hasta llegar a la puerta principal de la muralla exterior.

—Si nos pregunta adónde vamos, ¿qué le decimos?

—Que vamos a cazar —respondió Armitalsko—, no hay que dar más explicaciones.

Nada más llegar al umbral del portón, los dos compañeros de viaje se montaron en los caballos y cruzaron ante la mirada medio dormida del vigilante.

—Saludos —dijo el vigía después de bostezar.

—Saludos —dijeron Iltubeles y Armitalsko al unísono.

A pesar de lo inusual de la salida, el vigilante no estaba para demasiadas preguntas. Tan solo pensaba en que el relevo no se retrasase.

—Esta es la mejor hora para salir del poblado —dijo Armitalsko—, están más dormidos que despiertos.

Con la vista al frente y sin querer mirar hacia atrás, la estela de los dos jinetes se fue perdiendo entre las espigas verdes del trigo. El camino que apuntaba en dirección al bosque y al río estaba más desierto que el cielo de nubes. El día ya prometía que el cobijo de las sombras iba a ser más que necesario.

—¿Cómo se lo ha tomado Ikomkei? —preguntó Armitalsko girando su cabeza.

—¿Cómo?

—No es tan descabellado pensar que ayer se lo contaste a tu amigo...

—Es que...

—Si lo entiendo, yo habría hecho lo mismo. Cuando te conté toda la historia y te propuse que acometiéramos el viaje, yo ya contaba con que se lo contarías a Ikomkei. El problema es que mantenga la boca cerrada.

—¡Yo respondo por él!

Después de recorrer los campos de cereales que separaban el río del poblado, las primeras encinas aparecieron al otro lado del río Udive.

—Seguiremos el camino que hay junto al río —anunció Armitalsko—. No debemos perderlo de vista.

—Sí porque sino, seguro que nos perdemos en el bosque.

—Tenemos que estar atentos.

El Sol ya comenzaba a estar en lo más alto del cielo. El hambre se estaba haciendo de notar con sonoros rugidos.

—Creo que no vamos a encontrar un lugar mejor para comer y descansar —dijo Itubeles.

—Tienes razón, los caballos tienen que beber.

El lugar elegido por Itubeles no era casual. Allí, pocos días atrás, él y su amigo habían disfrutado de un divertido baño como hacía tiempo que no lo realizaban. Estaba deseando volverse a remojar en sus aguas.

—¡Este agua no está nada fría! —exclamó Armitalsko con los pies dentro del río.

—No me digas.

—Es la primera vez que me pasa algo así.

—No sé cómo estando tan cerca del poblado, no la habíamos descubierto antes.

—Seguramente porque está en los límites.

—Hay que reconocer que no somos un pueblo muy viajero.

—También es verdad que por el momento nunca nos había hecho falta. Aquí hemos encontrado todo lo necesario para vivir.

Lejos de refrescarse tan solo los pies, los dos se pegaron un buen chapuzón. Sin tener necesidad de mojarse, los caballos los observaban indiferentes mientras se arrimaban a beber del río.

—¿Y a ahora por dónde? —preguntó Itubeles una vez que ya habían comido y descansado un rato.

—Por lo que veo, el camino se corta en esas rocas. No quiero que nos alejemos del curso del río.

—Podemos ir por dentro del río mientras que el caudal nos lo permita.

—Es una idea, intentémoslo.

—Habrá que ir con mucho cuidado.

Sin subirse a lomos de sus caballos volvieron a entrar en el río Udive. Por el momento el agua tan solo les llegaba a la cintura, pero la forma del río amenazaba con cubrirlos por entero.

Intentando andar lo más cercano posible a la orilla, contemplaban como las cortantes rocas les rodeaban por ambos lados. No tenían más remedio que seguir el curso del río sin poder salir a tierra firme.

—En el otro lado ya no hay rocas, podremos ir por la orilla —afirmó Itubeles mientras agarraba fuertemente las riendas.

—Ya lo estoy viendo... pero estoy seguro de que en el centro del río hay mucha más profundidad.

—Si es así, podemos cruzar a nado.

—Supongo que tienes razón, parece la mejor opción.

—Por si acaso, vamos a poner la comida atada al cuello de los caballos. Es demasiado pronto para quedarnos sin comer.

Tanteando con los pies cada paso que daban hacia la otra orilla, fueron poco a poco llegando al centro del río. A pesar de la claridad del agua era difícil entrever la profundidad de lo que estaban pisando. Las truchas nadaban cerca de ellos como si formasen parte del río. Mientras observaban sus pies y los peces que nadaban junto a ellos, el agua ya había llegado irremediablemente al cuello.

—Ya estamos cerca —dijo Armitalsko.

—¿De qué? ¿De ahogarnos o de cruzar? —respondió Itubeles sin apenas poder reír porque el agua ya le llegaba a la boca.

—A saber... espero que sepas nadar...

—Mejor que los peces de este río que solo hacen que tropezarse con mis piernas, da la impresión de que están dormidos.

Ya sin apoyo en sus pies y con los caballos nadando sin problemas al lado de ellos, fue cuestión de segundos volver a notar el incómodo tacto de los cantos en sus pies. Al final todo había resultado más sencillo de lo esperado, eso sí, la ausencia de corriente había jugado a favor de los cuatro nadadores.

—¡Ya está! —exclamó Itubeles—. Primera prueba superada.

—¡Ojalá sean todas así de difíciles!

La orilla que habían elegido les ofrecía una especie de senda fuera del agua. Por el momento podían ir montados en sus caballos uno tras de otro.

—¿Te has dado cuenta que el cielo ha cambiado al cruzar el río? —preguntó Itubeles mirando al cielo.

—Vaya... el Sol ha desaparecido.

—Mira si ha desaparecido que me acaba de caer una gota.

—Con lo mojados que estamos no se va a notar mucho.

—Yo buscaría un lugar donde hacer fuego y refugiarnos de lo que va a caer.

Calados hasta los huesos y con el Sol huido del cielo, la preocupación de coger una pulmonía les rondaba por la cabeza. Mientras, con la mirada no paraban de buscar posibles refugios a la vez que la lluvia comenzaba a espabilarse.

—Esto tiene mala pinta —anunció Armitalsko.

—Hay que encontrar una cueva como sea.

—¡Mira allí!

—Parece que hemos tenido suerte.

—Ya veremos.

Se desviaron de la senda para subir por la montaña en busca del hallazgo. Por suerte para los caballos la pendiente no era excesiva, aun así, tanto Armitalsko como Itubeles decidieron bajarse para que todo fuese un poco más fácil. Con algún que otro resbalón, la cueva excavada en la roca les animó a seguir. A pocos pasos de donde se encontraban, el orificio de entrada les hizo sonreír de alivio. Por fin e impacientes por esquivar la cada vez más abundante lluvia, llegaron a la entrada.

—¡Entremos! —gritó Armitalsko.

—Y los caballos... no caben.

—Habrá que coger todo lo que llevan y se tendrán que quedar fuera bien atados.

Disgustado por no poder entrar a los animales en la cueva, Iltubeles se apresuró a descargar su caballo y entrarlo todo a la cueva. Debían salvaguardar todos los víveres y dejar a los caballos libres de cualquier peso.

—Menos mal que el interior es más grande que la entrada —dijo Armitalsko mientras dejaba en el suelo su falcata.

—Ya, pero los caballos...

—A mí también me sabe mal, pero somos más importantes nosotros. Ahora debes de preocuparte por ti, nos tenemos que calentar y secar estas ropas.

—Pues ya me dirás cómo, fuera está toda la madera mojada.

—Pues buscaremos dentro, esta cueva tiene toda la pinta de ser refugio de pastores.

No tuvieron que recorrer en exceso la cueva, cerca de ellos había un montón de madera seca. Allí mismo, un redondel de piedras les indicaba que eran ciertas las palabras de Armitalsko. Sin duda, ese era un lugar de descanso para pastores y cazadores.

—Ya que estamos de suerte —dijo Iltubeles—, esperemos que no se haya mojado la yesca.

—Yo también he traído.

Se sentaron junto a las piedras que ejercían de hogar siendo Armitalsko el primero en intentar hacer fuego. Al parecer, la yesca que llevaba había conseguido escapar del agua, así que con una mueca de satisfacción la dejó entre las piedras. Cogió entre sus manos los pedernales y comenzó a frotarlos. No tardaron en saltar chispas que caían en los hongos secos. Como si fuese pólvora, la yesca comenzó a arder llevando a la cueva una pequeña luz de calor.

—Acércame algunos troncos —le dijo Armitalsko a Iltubeles.

—Ya los tienes ahí...

—No los había visto.

—Ya, pero te tengo que decir que en este viaje los dos somos iguales...

—No pretendo otra cosa.

—Por si acaso. Los nobles tenéis la costumbre de mandar demasiado y yo no soy tu vasallo.

—Te repito que no pretendía ordenarte.

—Creo que es mejor dejar las cosas claras...

—Por mí no te preocupes, las tengo muy claras.

El fuego comenzó a iluminar toda la cueva y a dejar en su entorno un agradable calor que contrastaba con la tensión de las palabras. En silencio, los dos ocupantes de la cueva se desvistieron para poder secar sus empapados ropajes. De vez en cuando, Iltubeles miraba hacia el exterior preocupado por los animales ya que no paraba de llover.

—¿Te has dado cuenta que por el momento la suerte nos ha acompañado? —dijo Armitalsko rompiendo el silencio.

—Después de tanta mala suerte, tenía una deuda conmigo.

—Espero que esa deuda sea grande y siga con nosotros.

—Nunca se sabe.

El día fue cayendo aunque con la ausencia del Sol apenas si se estaba notando. El agua no dejaba de caer sobre todo lo que no estuviese bajo techo. Daba la impresión de que habían regresado al pasado, de que el Sol que lucía esplendoroso en el poblado no era otra cosa más que un espejismo. De vez en cuando, los relinchos tranquilizaban a Iltubeles porque así se aseguraba de que los animales estuviesen vivos.

—No te preocupes —dijo Armitalsko mirando a su compañero de cueva—, no es la primera vez que estos animales se mojan.

—Ya, pero no puedo evitar que me den pena.

Los troncos que habían conseguido sin esfuerzo se consumían uno tras otro. Sus ropas destilaban el vapor de la humedad secándose. La luz mezclada con el humo se reflejaba en todas las paredes de la covachuela. Habían conseguido que algo tan frío como una cueva fuese acogedor.

Con tan solo el sonido de la lluvia y los relinchos de los caballos, dieron buena cuenta de la cena justo antes de comprobar que sus ropajes ya estaban secos. Iltubeles no estaba demasiado hablador y Armitalsko se había dado cuenta de ello, la incomodidad de los caballos lo mantenía preocupado. A pesar de que a Armitalsko esa preocupación le parecía una solemne tontería, no tenía más remedio que compartir el silencio con su compañero.

De repente y sin avisar, el cansancio se apoderó de ellos. Al romper la monotonía diaria con unos sucesos inhabituales sus cuerpos se habían resentido. Al unísono acercaron sus mantas al fuego y se tumbaron cada uno a un lado de la pira. Los chasquidos de las brasas les desarmaron la voluntad dejando que el peso de los párpados pesase demasiado para poder sostenerlo.

Con la noche muriendo y la lluvia golpeando las paredes de la cueva, un estruendo les despertó subiendo casi al límite sus pulsaciones. Sentados sobre sus mantas se miraron y tras un instante de desconcierto salieron de la cueva a la carrera. Frente a ellos y ante sus encogidas pupilas que intentaban asimilar la fuerte luz, el árbol que servía de guardián a la entrada de la cueva estaba ardiendo.

—¡Los caballos! —gritó Iltubeles.

La preocupación de Iltubeles por el bienestar de los animales había sido profética. Una de las enormes ramas que daba a la encina su personalidad, había sido arrancada de cuajo por un rayo. Debajo de ella yacían los caballos que todavía se movían intentando escapar de su carcelero.

—¡Ayúdame! —gritó desesperado Iltubeles mientras intentaba levantar la rama.

Casi sin tiempo a que Iltubeles acabase el grito, Armitalsko estaba junto a él agarrado a la fatídica rama. En cuclillas y enrabiados por el sufrimiento de los caballos intentaban levantar la pesada rama sin demasiada fortuna. Gritos de esfuerzo y de impotencia se perdían en el bosque. Tan solo sus voces se oían, ya que hasta la lluvia prefirió permanecer en silencio ausentándose para darles una tregua.

A medida que sus fuerzas les iban abandonando, los vanos movimientos de los caballos empezaban a ausentarse. La impotencia ya había llegado al lugar con la malévola intención de no abandonarles.

—¡No me voy a rendir!

—Todo es inútil —respondió abatido Armitalsko.

—Todavía están vivos.

Armitalsko abandonó la rama y se sentó en el suelo. Jadeante por el esfuerzo y por la pesadumbre de ver a sus animales sufriendo, se quedó mirando a Iltubeles mientras este se aferraba a sus últimas esperanzas.

—Déjalo estar —dijo casi sin fuerzas.

A pesar de las palabras de Armitalsko y del desaliento que le rodeaba, Iltubeles continuaba haciendo palanca sobre la rama. El último grito de esfuerzo se llevó consigo al solitario vestigio de esperanza. De repente, el sonido de un crujido dejó a Iltubeles tendido en el suelo con un trozo del palo que le había servido de palanca en las manos. Se quedó inmóvil mirando a las pocas estrellas que habían conseguido esquivar a las nubes. A pesar del tremendo golpetazo, el dolor que estaba sufriendo no era físico. Los últimos relinchos acabaron con la poca entereza que le

quedaba.

—Ya ha acabado todo —le dijo Armitalsko ofreciéndole su mano para levantarlo del suelo.

Iltubeles dejó de mirar al infinito y aceptó la mano de su compañero. En silencio y con la mirada triste se dirigió a los caballos. En cambio, Armitalsko prefirió quedarse inmóvil observando a Iltubeles. Su impasible actitud quizás fuese debida a la costumbre de ver morir a sus animales de compañía. Pero para Iltubeles era casi una novedad, su nivel social no le permitía poseer caballos, para ello había que poseer más recursos económicos.

Tras acompañarles en sus últimos suspiros y despedirse de ellos con una caricia, Iltubeles volvió a entrar en la cueva donde le estaba esperando Armitalsko.

—La culpa es mía —dijo Iltubeles con la cabeza gacha.

—No entiendo el porqué.

—Porque no los tenía que haber dejado fuera, y menos debajo de un árbol cuando hay tormenta.

—¿Qué tormenta? Cuando comenzó a llover no se oyó ni un solo trueno ni se vio ningún relámpago. Ese era el primero que escuchábamos.

—Aun así no estuvo bien dejarlos fuera.

—No entiendo cómo hay que decirlo. La entrada de la cueva es demasiado pequeña para ellos y no había tormenta hasta ese mismo momento. No sé qué más te puedo decir.

—Nada... ahora estamos solos.

El sueño ya se había perdido entre los sobresaltos que la noche les había dado. La lluvia había desaparecido dejando una macabra herencia. La noche estaba expirando mientras la primera claridad del día se dejaba ver.

—¿Nos ponemos en marcha? —preguntó Armitalsko.

—Habrá que ponerse.

Comenzaron a recoger las pertenencias y los víveres que todavía les quedaban. Inmediatamente después, dieron cuenta de la fogata que todavía se mantenía encendida apagándola con un poco de agua mientras removían sus cenizas. Con el nuevo día, la cueva que les había acogido y salvaguardado de una posible pulmonía, se volvía a quedar vacía esperando que otros necesitados entrasen en ella en busca de cobijo.

—Espero que no esté muy lejos —dijo Armitalsko una vez que ya estaban en la senda que transitaba paralela al río.

—A saber por dónde paran esos lobetanos.

—A saber... tenemos que tener cuidado con encontrarnos con alguno de ellos.

—Sí, porque la sorpresa la tenemos que dar nosotros.

—Si encima de ser tan solo dos nos sorprenden, estamos perdidos.

—Y más cuando vamos andando, cualquiera huye corriendo.

—Así somos presa fácil.

—Fácil y cansados —añadió Iltubeles mientras sorteaba una piedra del camino—. Porque después de la caminata que nos vamos a dar, no creo que estemos para muchas alegrías.

—Y encima tenemos que rescatar a Nisunin...

—De eso se trata.

—Está claro. Lo que quería decir es que...

—Sé lo que quieres decir, era una broma.

Paso a paso y acompañados por el guía Udiva, la distancia que les separaba de la seguridad del poblado aumentaba lentamente. Eran conscientes de que en cualquier momento se podían encontrar con alguna visita inesperada y no demasiado grata. Por eso debían mantener los oídos y

la vista lo más alerta posible.

El silencio se había instaurado en la pareja viajera. Cada uno de ellos hablaba para sí mismo. Los pensamientos de Iltubeles se habían trasladado al pasado, olvidándose por el momento del futuro que les esperaba.

—Me tengo que ir —le dijo Iltubeles a Ikomkei.

—Ya... a buscar a Nisunin.

—Pero no como estos días.

—¿Cómo?

—Armitalsko tiene una idea...

—No le habías dicho que no.

—Sí, pero esta vez me ha convencido.

—No entiendo nada.

—Esta mañana cuando me iba a buscar a Nisunin me paró nada más cruzar el portón. Allí me contó una historia sobre el posible paradero de Nisunin...

—¿Una historia? Te cuenta algo y tú te lo crees...

—Espera, déjame que te lo explique. ¿Te acuerdas de la historia que te conté sobre el ataque de los lobetanos?

—Sí.

—Pues él lo descubrió hace poco entre las pertenencias de su padre. Dentro de un cofre estaba escrita la batalla entre nuestro pueblo y los lobetanos.

—¿Y qué tiene eso que ver con Nisunin?

—Él cree que la han secuestrado los lobetanos, ya que no es la única desaparición. En cierta forma es un chantaje a nuestro pueblo para no volvernos a atacar. Algo extraño pasó ese día que no sabemos.

—Pero para eso tenéis que salir de los límites.

—No hay más remedio, sabes que no pararé hasta encontrarla.

—Pues si es así, os acompañaré.

—Te lo agradezco, pero tú tienes que cuidar de la joven.

—¡Tú solo con Armitalsko!

—No creo que sea tan malo, al fin y al cabo él no tiene nada que buscar.

—No te fíes...

—Estaré alerta.

—Sabes una cosa —le dijo Ikomkei a Iltubeles mientras le apretaba la mano—, estás loco.

—No te preocupes —le dijo al oído—. El día en que perdí la fe, la cordura regresó a mí.

La mente de Iltubeles retornó al presente al encontrarse al lado de la senda que estaban siguiendo una oxidada falcata. Inmediatamente se detuvo para agacharse a recogerla.

—¿Qué haces? —le preguntó Armitalsko deteniéndose también.

—Mira lo que he encontrado.

—No me gusta nada.

—A mí tampoco, está demasiado oxidada.

—No me refiero a eso.

—Ya lo sé —añadió Iltubeles riéndose—. Era una broma, ya me imagino que no te refieres al estado de la falcata.

- A veces no te pillo las bromas.
- No te preocupes, ya te acostumbrarás.
- No tengo más remedio —dijo con una sonrisa en el rostro.

Iltubeles ofreció a su compañero de viaje la falcata encontrada tras examinarla él brevemente. Con ella en la mano, Armitalsko la sopesó moviéndola de un lado a otro como si quisiese cortar el aire.

- Está bien equilibrada —dijo Armitalsko—. Pero aquí el que entiende de armas eres tú.
- Yo solo sé fabricarlas, el que tiene que saber usarlas eres tú.
- No me creo que no sepas luchar.
- No me gusta la violencia, solo soy un herrero.
- Ya, espero que si nuestra vida está en peligro no dudes en matar.

Armitalsko le devolvió la corroída falcata a Iltubeles, al fin y al cabo él era quien la había hallado. Cierta intranquilidad se palpaba en los rostros de los dos viajeros. La presencia en aquel lugar de un arma les había creado cierto desasosiego. Todo podía indicar que la falcata conllevase la aparición de lobetanos o quizás todo hubiese formado parte del azar. Es posible que algún guerrero perdido entre esos bosques sufriese el ataque de alguna bestia. También se podría haber dado el caso de que hubiese sufrido un accidente o simplemente de que se le hubiese perdido el arma. La baraja de probabilidades tenía demasiadas cartas como para pensar lo peor. No tenían más remedio que continuar su caminar, pero eso sí, con los sentidos cada vez más despiertos y alertas.

—No me has comentado qué te dijo Ikomkei al decirle que te venías de expedición conmigo —dijo Armitalsko rompiendo el silencio.

- Que estaba loco.
- ¿Por qué, por venirte conmigo?
- No, por cruzar los límites.
- Seguro que no somos los primeros en cruzarlos.

—Seguro, no me creo que hayan estado todo este tiempo incomunicados. Antes del ataque de los lobetanos, seguro que hubo algún contacto. ¿No crees?

—Yo también pienso que algo hubo. Algo pasó entre los dos pueblos para que se enzarzasen en una guerra.

—Lo más extraño es que después de esa batalla y tras muchos años, no se hayan vuelto a encontrar.

- Es todo muy raro.
- Estoy seguro que lo descubriremos pronto...
- Y con ello a Nisunin.
- Ese es nuestro principal motivo, ¿no?
- No lo dudes ni un solo instante.
- No pongo en duda tus intenciones, tan solo era un comentario.
- Por cierto, ¿Ikomkei no te dijo nada de mí?
- Ahora que lo dices —contestó un poco dubitativo—, no recuerdo nada en especial.
- Algo te diría. Le dices que vas a hacer un viaje conmigo y no me nombra, no me lo creo.
- Hombre... algo sí que me dijo. Pero seguro que no es lo que estás esperando.
- Tú dirás.
- Estás esperando que te diga que Ikomkei te criticó, ¿a qué sí?
- Las relaciones entre nuestras familias han sido un poco difíciles...
- Pues te equivocas con mi amigo. De su boca solo salieron alabanzas hacia ti. Me dijo que

ya que él no podía acompañarme porque tenía que cuidar de tus campos, se quedaba tranquilo al pensar que íbamos juntos.

—Tengo que reconocer que no me esperaba esa reacción de Ikomkei.

—A veces no hay que juzgar tan pronto a las personas.

Una vez más, Iltubeles había salido triunfador de las preguntas inesperadas. Su rápida reacción, al parecer, había sido creíble. También cabía la posibilidad de que Armitalsko le estuviese siguiendo el juego, de que no fuese tan fácil de convencer como Iltubeles pensaba.

—En el poblado ya nos habrán echado en falta —afirmó Armitalsko con una sonrisa maliciosa en su rostro.

—Mira que si salen a buscarnos —añadió Iltubeles riéndose.

—Igual nos encuentran.

—Lo mejor va a ser cuando vayan a pedirle ayuda a Ikomkei.

—No podrá negarse ni decir nada.

—No tendrá más remedio que ir con ellos.

—Vaya panorama...

—Reírse se va a reír, no lo dudo. Todos buscando desesperados mientras Ikomkei disimula.

—No me gustaría perdérmelo.

—Espero que pueda contárnoslo.

—¿Por qué no va a contárnoslo? ¿Crees que le pueda pasar algo por guardar nuestro secreto?

—No, es un decir. No te lo tomes todo al pie de la letra.

—He vuelto a caer.

A medida que la distancia con el poblado se agrandaba, el cauce del río Udive se estrechaba. Todo indicaba que el nacimiento del río estaba cerca, al menos esa impresión daba al contemplar el caudal y el relieve por el que se estaban moviendo. La orografía del terreno cada vez era más hostil para ellos, sus pasos se ralentizaban al tener que ir recorriendo las pendientes que se encontraban. El paisaje les envolvía por completo. La frondosidad de los árboles que les mantenían a salvo del resurgido Sol, iban poco a poco desapareciendo. Las rocas y los arbustos empezaban a dominar el paisaje a la vez que los esfuerzos de los viajeros se incrementaban.

—Esto se está complicando —dijo Iltubeles con síntomas de cansancio.

—Como no tenemos más remedio que ir al lado del dichoso río...

—Nos estamos comiendo la montaña.

—Pero entera.

—Por duro que nos parezca tenemos que subirla.

—Tengo el presentimiento que detrás de la montaña está el poblado de los lobetanos.

—Eso espero, ya empiezo a estar cansado.

—Y yo.

La claridad del día se estaba disipando entre las nubes y el Sol que se dirigía hacia el oeste. Demasiado camino que recorrer hasta llegar al otro lado de la montaña como para terminarlo antes de que cayese la noche. Si las dificultades para andar entre las rocas eran mayúsculas, sin la luz del día se podría tornar en más que peligroso. El avance en ese lugar por la noche se convertiría en un suicidio.

—No nos va a dar tiempo —dijo Iltubeles con la mirada fijada en lo alto de la montaña.

—Demasiado apurado.

—Además, qué más da. Mañana continuamos con el cuerpo un poco más descansado.

—Entonces vamos a buscar un lugar para pasar la noche.

Siempre con la vista puesta en el cauce del río, comenzaron a buscar entre los entrantes de la montaña una cueva donde estar resguardados de la intemperie. Sin las urgencias de la noche anterior, la búsqueda podía ser más selectiva.

Tuvieron que abandonar la pequeña senda que les acompañaba a través de las empinadas cuevas para encontrar lo que andaban buscando. Muchos entrantes pero pocos lo suficientemente grandes como para pasar la noche dentro de ellos. Casi sin querer, Armitalsko encontró algo parecido a una cueva.

—¡Iltubeles! Creo que he encontrado lo que buscábamos.

Armitalsko entró en la cueva sin tener que agacharse y sin tener que apartar arbusto alguno. No pudo esperar a su compañero de viaje que subía a su encuentro casi tan empapado como el día de la tormenta.

—Creo que valdrá —dijo Armitalsko desde la entrada de la cueva—. Mira a ver que te parece a ti.

—Espera que respire un poco —dijo Iltubeles nada más llegar a la cueva.

—No es muy grande, pero nos servirá.

Todavía jadeante, Iltubeles dejó tras de sí la última cueva y llegó a la pequeña llanura que servía de antesala a la entrada de la cueva.

—¡Entra, entra!

—Va a parecer que has descubierto un palacio —añadió Iltubeles sonriendo.

—Qué más quisiese yo.

Sin esperar demasiado de la cueva, Iltubeles atravesó la entrada para poder observar el descubrimiento de su compañero de viaje. Tal y cómo había pensado, no se trataba de un palacio, pero para pasar la noche era más que suficiente. Al contrario de lo que ocurriese con el refugio de la noche anterior, dentro de la pequeña cueva no había restos de anteriores visitantes. Si no llega a ser por unos resecos excrementos de animales, el interior de la cueva hubiese estado completamente vacío.

—No hemos tenido suerte con la leña —dijo Armitalsko—, esta vez nos tocará ir a coger una poca.

—Al menos sabemos que esta cueva no sirve de refugio a los lobetanos.

—Ya, pero después de ver los excrementos igual esta noche tenemos alguna visita inesperada.

—Si hacemos un buen fuego en la entrada, estoy seguro que no se acercará ni un solo animal.

—Pero si están cerca los lobetanos pueden ver nuestro fuego.

—Algún riesgo debemos tomar. No tengo muchas ganas de ser atacado por un oso.

—Pues nada, comencemos a coger leña.

En las inmediaciones del refugio, los pequeños y secos troncos no eran nada escasos. Había bastantes arbustos muertos y más broza de la que necesitarían esa misma noche. Sin alejarse demasiado de la cueva y con el esfuerzo mínimo, llenaron el interior del refugio de madera.

Entre una cosa y otra, el atardecer estaba dando paso a la oscuridad de la noche. Esa misma noche y en contradicción con la que habían vivido el día anterior, las estrellas y la Luna comenzaban a aparecer en el firmamento. Todo indicaba que esa noche iba a ser más tranquila.

Al igual que en la noche anterior, pero con la certeza de que la yesca que llevaban estaba seca, encendieron una buena hoguera. El resplandor del recién nacido fuego se extendía más allá de la mismísima entrada. Los chasquidos de las brasas al resquebrajarse y las chispas saltando del centro del fuego, habían convertido una fría y desolada cueva en lo más parecido a un hogar.

La ausencia de nubes había permitido a la humedad de la noche acercarse a ese lugar. Una brisa fresca les rodeaba por completo entrando sin avisar en el refugio. Ante el aviso que les mandaba el aire, sus cuerpos se acercaron al fuego hasta casi quemarse. Los pelos de sus brazos se erizaron dejando a la piel en carne de gallina.

—Menos mal que no nos va a faltar leña —dijo Iltubeles con la cara roja por el calor del fuego.

—Menos mal porque este cielo raso va a dejar mucha humedad esta noche.

—Esto me recuerda a una noche que me quedé a la intemperie.

—No sabía yo que eras tan viajero.

—¡Qué va!, fue hace poco mientras buscaba a Nisunin. Buscando, buscando, se hizo de noche y no tuve más remedio que quedarme en el bosque.

—¿Fuera de los límites?

—No, cerca del río. En el bosque de encinas que hay más allá de tus campos. Lo conoces, ¿no?

—Sí, suelo ir a cazar por allí.

—Esa noche lo pasé realmente mal. Como no me imaginaba que se me iba a hacer tarde, no cogí yesca. Busqué hierba seca para hacer fuego pero toda estaba mojada, así que entre la lluvia y que ese lugar es toda una enorme sombría, no hubo manera de encender fuego.

—Elegiste el lugar más húmedo de todo nuestro territorio.

—Pensé que la podía encontrar allí, pero es evidente que me equivoqué.

—Pasarías una mala noche, ¿no?

—No sé si fue peor el frío que pasé o el susto que me llevé.

Armitalsko permanecía atento a lo que Iltubeles le estaba contando. De los momentos que habían pasado los dos hasta ese mismo instante uno junto al otro, este parecía ser el más conciliador. Entre el reconfortante calor del fuego y la voluntad de contar y escuchar, el instante creado se transformó acercando a los dos compañeros de refugio.

—Después de caer rendido a pesar del frío que estaba sufriendo —continuó Iltubeles con la historia—, no tuve más remedio que despertarme. Un aire todavía más frío cortó mi cara. Lo que parecía una estrella se movió rápidamente cruzando todo el cielo. La seguí con la mirada hasta que desapareció el brillo entre la oscuridad.

—Que hay de extraño en eso, yo también he visto estrellas que cruzan todo el cielo hasta desaparecer.

—Ya, pero esta no era igual.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que cuando creía que ya había desaparecido, otra estrella recorrió el camino contrario avanzando hacia donde yo estaba.

—¿De abajo a arriba?

—No, hacia el bosque de encinas en el que yo estaba. La luz cada vez era más grande hasta que se detuvo encima de mí. Me tuve que tapar los ojos porque el brillo apenas si me dejaba ver.

—¿Y se quedó quieta?

—Sí, durante un instante. Allí se quedó frente a mí.

—¿Qué hiciste?

—Nada, que podía hacer más que quedarme quieto. No entiendo qué podían buscar en mí.

—Seguro que eran los dioses. Igual te han elegido...

—¿Para qué? Que pueden querer de un simple herrero.

—Igual tiene que ver con Nisunin.

—Pues si se la han llevado ellos, los maldigo.
—Ten cuidado con lo que dices de los dioses, te podrían...
—¿Qué? ¿Qué más me podrían hacer?, llevarse a Nisunin es lo peor que me podía pasar.
—Yo no estaría tan seguro de eso. Siempre puede haber algo peor.
—Pues si hay algo peor, estaré preparado...
—No creo que en estos momentos ser desafiantes con los dioses nos ayude. Deberíamos de pedirles ayuda...

—Mis tiempos de suplicas se han acabado, no pienso implorar a unos dioses que probablemente sean los responsables de la desaparición. De todas formas, siempre tenemos la esperanza de encontrarla en el poblado lobetano, ¿no?

—Si esa es tú decisión, seguiremos hacia adelante con todas las consecuencias.

—No entiendo por qué estás tan seguro de que han sido los dioses. Hace dos días estabas seguro que habían sido los lobetanos.

—Entonces no conocía tu experiencia con ellos.

—¿Qué quieres decir, que este viaje es inútil?

—No, siempre tenemos una posibilidad de que esté en el poblado. Debemos continuar.

Se miraron con los semblantes serios pero relajados a pesar de que el tema tratado era bastante delicado. La paz que se respiraba en aquel lugar, sin duda les había afectado positivamente.

—Me has pedido mi opinión y te la he dado —continuó Armitalsko con las manos cerca del fuego—. Pero me gustaría saber cuál es la tuya, ¿qué está rondando por tu cabeza?

—No tengo claro quién puede haber sido ni dónde puede estar. De lo único que estoy seguro es que hay una relación entre los dioses y el pueblo lobetano. Y claro está que debemos de continuar la búsqueda, no tenemos más opciones por el momento.

Con al menos una cosa clara, que no era otra que la de continuar buscando por esas montañas y la de seguir escoltando al río Udive, decidieron dar por finalizada la conversación y descansar junto al fuego hasta la mañana siguiente.

VII

El tercer día de búsqueda estaba a punto de comenzar. En lo alto del cielo las nubes estaban ausentes y una brisa fresca recorría toda la montaña. En cambio, dentro de la pequeña cueva, las brasas todavía humeantes mantenían al frío a raya.

Casi sin darse cuenta, la noche había finalizado sin más contratiempos que los ronquidos de Armitalsko. Lentamente se fueron desperezando al tiempo que la claridad entraba inmisericorde por todos los orificios de la cueva. Atrás habían quedado las noches en las que Itubeles pasaba más tiempo pensando en Nisunin que durmiendo. Le era casi imposible conciliar el sueño. Tan solo el cansancio dejaba que su mente entrase en el ineludible mundo de Morfeo. Sueños que muchas veces se convertían en pesadillas, dejando a su cuerpo las secuelas del ajetreo. Pero algo

había cambiado en esa desesperante rutina, por algún motivo que él desconocía, las pesadillas habían cesado. Incluso las horas que permanecía en vela pensando en Nisunin eran historia, al fin conseguía dormir toda la noche.

—Ya tenemos ahí otro nuevo día —dijo Armitalsko después de desperezarse y de soltar un bostezo que retumbó en todo el valle.

—Y por lo que veo ruidoso —dijo Itubeles abriendo los ojos.

—Lo siento, pero es que me gusta desperezarme así.

—Ya veo que el ruido es lo tuyo.

—¿Por?

—Los ronquidos de esta noche han superado a los de ayer, una noche de estas se te olvida respirar.

—Siempre he roncado un poco, pero tanto...

—Será la altura —dijo Itubeles sonriendo.

—Siento que hayas pasado una mala noche.

—No, todo lo contrario. Llevo unas noches durmiendo de maravilla. Supongo que será también la altura.

—No sabía que dormías mal.

—Desde que desapareció Nisunin no había vuelto a descansar en condiciones, me costaba demasiado conciliar el sueño. Pero desde que hemos emprendido este viaje todo ha cambiado.

—De todas formas intentaré roncar menos.

Con un poco de agua acabaron de apagar el fuego que ya estaba agonizante. Recogieron sus escasas pertenencias y salieron de la cueva admirando el buen día que les prometía el cielo.

—Un rato más y ya habremos subido la montaña —dijo Armitalsko mirando hacia las últimas rocas que coronaban la montaña.

—Miedo me da el descenso.

—Seguro que hay alguna senda o algo parecido.

—Hablando de caminos, ¿qué hacemos con el río?

—¿Cómo?

—Pues que el río seguro que nace en lo alto de esta montaña, lo cual quiere decir que nuestro camino ya está terminado. Ahora ya no tenemos una referencia que seguir...

—Si el poblado de los lobetanos no está tras esta montaña, todo lo que hemos hecho para llegar hasta aquí, habrá sido inútil.

—Confíemos en verlo al final de nuestro camino.

Expectantes por lo que detrás de esa montaña se podría esconder, los dos viajeros comenzaron el corto trayecto que les separaba del final de la subida. Matorral tras matorral y piedra tras piedra, sus pasos se agarraron firmes al terreno no sin antes sufrir algún que otro resbalón sin consecuencias.

Como si ninguno de ellos se lo quisiese contar a su compañero, los dos llegaron juntos al final de la cuesta. Con más necesidad que curiosidad, sus miradas descendieron rápido en dirección a la llanura.

—¡Menos mal! —exclamó Armitalsko liberando la preocupación que la visión le podía haber proporcionado.

—Hubiese sido muy duro no encontrar nada.

—Vayamos a por los lobetanos...

—No sabemos si es el poblado de los lobetanos.

—Ya, pero al menos hemos encontrado algo en donde buscar.

—Tienes razón, ¡vayamos!

Con las energías renovadas por el esperanzador hallazgo, comenzaron a descender la montaña que tanto esfuerzo les había costado ascender. La senda que habían deseado encontrar no existía, no tuvieron más remedio que improvisar la suya propia. El principio del descenso fue más que dificultoso, la roca viva les rodeaba en cada paso que daban.

—Al menos, al subir, teníamos matorrales en donde agarrarnos —dijo Iltubeles sentado en el suelo gracias a un resbalón.

Se miraban uno al otro denotando en sus rostros las ganas de terminar de una vez por todas con el peligroso descenso que estaban llevando a cabo. Sus sudores por mantenerse en pie eran más esforzados que los que habían empleado en el ascenso. Cualquier traspie podía ser fatal para cualquiera de ellos dos.

Pero como si el destino o los dioses les estuviesen protegiendo, consiguieron llegar a una zona mucho más agradecida para su integridad. La roca viva había dado paso a los añorados matorrales y la inclinación del terreno era mucho más suave. A no mucho tardar, la cara oeste de la montaña sería historia.

—Ahora viene lo peor —dijo Armitalsko.

—¿Peor que lo que acabamos de pasar?

—Pues claro, ya me contarás cómo piensas entrar en el poblado.

—Por la puerta...

—Ya veo que no has perdido el sentido del humor.

—No es cuestión de sentido del humor, sino de lógica.

—Al menos que te conviertas en invisible, nos verán en cuanto nos acerquemos al poblado.

—Claro, ¿qué problema tienes con que nos vean?

—Es evidente que nos apresaran.

—A mí no me conocen, no pueden saber que soy edetano.

—A mí tampoco...

—Pues ya está, entraremos como si fuésemos unos simples viajeros.

—No lo tengo muy claro...

—Menos mal que el guerrero eres tú.

Avergonzado por su actitud demasiado prudente, Armitalsko prefirió no responder a su compañero de viaje y continuar con su andadura. Andadura que casi sin querer, les había llevado al bosque que servía de antesala al amurallado poblado. Esta vez, un camino se habría pasado entre los troncos de las encinas que sin duda les llevaría al poblado.

—¿Ya has pensado qué decir al llegar? —le preguntó Iltubeles a Armitalsko con una cínica sonrisa en los labios.

—Yo... la idea ha sido tuya.

—Por eso que ha sido mía, piensa tú algo.

—Lo que está claro es que no les podemos decir que somos edetanos...

—No tenemos más remedio, no hemos salido nunca del poblado y no conocemos a otro pueblo por el que hacernos pasar.

—Lo que me faltaba por oír... está claro que quieres que nos maten.

—¿Cómo vamos a mentir sobre eso? ¡Dime! ¿Conoces algún pueblo por el que pasarnos?

—No... pero podemos mentir.

—Se van a dar cuenta, seguro que conocen todos los pueblos de sus alrededores.

—Pues nada, que los dioses nos protejan.

—Estate tranquilo que en un principio no nos harán nada. Nos haremos los tontos diciendo

que estábamos cansados de seguir en el poblado y que nos fuimos en busca de aventuras.

—Ellos sí que nos van a dar aventuras.

—No seas pesimista, seguro que tus dioses te protegen.

Entre palabras e ideas de cómo salir vivos de lo que les esperaba detrás de las murallas, los árboles dieron paso al cultivo. Cereales y más cereales se perdían hasta llegar a las murallas del poblado. Sin pensárselo dos veces, Iltubeles y Armitalsko entraron en el camino que cortaba en dos los campos de cereales.

—¿Te has dado cuenta? —le preguntó Iltubeles a Armitalsko mirando los campos de trigo.

—¿De qué?

—Del trigo. No te has dado cuenta de lo pequeño que está para la época en que nos encontramos.

—Será que aquí hace más frío.

—Eso será.

Sin encontrarse con persona o animal alguno, continuaron andando por el camino. Tan solo las espigas verdes de los cereales les acompañaban en su andadura, tan solo una tenue brisa rompía la monotonía de los trigales.

—¡Qué extraño! —dijo Iltubeles mirando a su alrededor—, estamos a un paso de la puerta principal y no hemos visto a nadie.

—Mejor, ¿no?

—No sé qué decirte.

El enorme portón de madera que presidía el poblado estaba abierto de par en par. Donde debía de haber dos guerreros vigilando el paso de la gente, tan solo el aire ocupaba ese lugar.

—¿Entramos?

—Por supuesto —respondió Iltubeles mirando de lado a lado.

Sin estar demasiado convencidos de los pasos que estaban dando, dejaron atrás el portón y se adentraron en el interior del poblado. Asqueados por la ausencia de persona alguna, sus sentidos se alertaron más que si tuviesen que estar escondiéndose de unos perseguidores.

—No hay ni una sola alma —dijo Armitalsko sin parar de mirar por todos los lados.

—Esto no me lo esperaba.

—Inventando excusas para nada.

—Nunca es como te lo esperas.

—Si todo fuese normal ya estaríamos ante el Rey para dar explicaciones de nuestra visita.

—Y en cambio estamos completamente solos buscando a los que deberían de habernos detenido.

—Esto sí que es una sorpresa.

Casi sin querer llegaron al centro del poblado sin tener suerte a la hora de encontrar a alguien. No solo era inexistente la presencia humana en aquel lugar sino que los ruidos típicos de la convivencia tampoco residían allí. La zona era un desierto de casas que solo provocaba en ellos temor por lo que no podían ver.

—Tendremos que entrar en una —dijo Armitalsko señalando una de las casas que les rodeaban—, y esta parece que es la más grande del poblado. Seguro que es la del Rey.

—Puede que tengas razón, te esperaré en la puerta.

—Creía que querías acompañarme —añadió Armitalsko con una rencorosa sonrisa en su rostro.

—No me gustan las casas vacías.

—Si está vacía no hay nada que temer, ¿no?

—Ya, pero me dan escalofríos. No puedo remediar sentirme demasiado inquieto al ver como las casas nos miran.

—Ya será menos.

—Para ti puede ser, pero no soporto la posibilidad de que alguien me esté mirando por una ventana. Me da la sensación de que en cualquier instante alguien me va a sorprender.

—No conocía esa manía tuya. No te preocupes que entraré solo.

—Te lo agradezco.

Con Iltubeles como fiel vigilante de la casa que su compañero de viaje había elegido para entrar y comprobar la existencia de humanos en aquel lugar, Armitalsko entró sin el menor reparo.

—Vaya manía más tonta —pensó Armitalsko a la vez que entraba en la estancia principal—, no sé cómo puede tener miedo de una casa que está vacía.

En aquel hogar todo parecía más que normal a no ser porque sus dueños no estaban. De todas formas, Armitalsko no se conformaba con observar la estancia principal, tenía que ver con sus propios ojos las demás habitaciones. Como no podía ser de otra manera, comenzó a lo grande, entró sin el menor reparo en la habitación del Rey de los lobetanos.

—Si en esta no hay nadie —pensó mientras entraba en la habitación—, seguro que todas las demás están vacías. No pueden dejar sin vigilancia la sala más importante del poblado.

Sin pensar ni en un solo momento que allí pudiese haber alguien, Armitalsko se adueñó de la estancia. Era la primera vez en su vida que podía revolver a sus anchas en la estancia de un Rey, no era su intención desaprovechar esa más que extraña circunstancia.

—Igual encuentro algo que explique lo que está sucediendo en el poblado —dijo en voz baja.

Demasiados objetos como para revisar uno a uno, sin duda no tenía más remedio que seleccionar lo que pareciese más importante. Tras unos instantes de intenso curioso, la voz de Iltubeles le recordó que había alguien esperándole.

—¡Armitalsko! ¡Estás bien! —gritó Iltubeles desde la puerta.

—Sí, ahora salgo.

Volvió a entrar en la habitación continuando con el trabajo que acababa de emprender. De nuevo, su mente se perdió entre los objetos y su cada vez más acrecentada curiosidad.

—Esto parece interesante —dijo en voz alta a sabiendas de que nadie le escuchaba.

Un extraño objeto que daba la impresión a primera vista de ser una pequeña arma, estaba escondido entre tres falcatas casi oxidadas. Su aparición eclipsó el resto de la búsqueda, hasta tal punto que dejó la estancia y se dirigió a la calle.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Iltubeles al verlo aparecer.

—Mal, no hay nada interesante.

—¿En la casa del Rey?

—Si no te lo crees entra tú.

—Lo dejaré para otro momento —añadió Iltubeles con una forzada sonrisa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Armitalsko.

—Tendremos que continuar buscando, en algún lugar tienen que estar.

—Dentro de las murallas seguro que no están.

—Pues saldremos fuera.

—Por donde hemos venido no hay nadie.

—Pues daremos la vuelta. ¿No te parece?

—Lo que tú digas.

Regresaron al portón que les había dado la bienvenida para esta vez despedirse de él.

Obviaron el camino por el que habían llegado y tomaron sin dudar ni un solo momento la senda que rodeaba la muralla por el este. Al igual que por el sur, el paisaje no tenía sorpresas. Trigales y más trigales les acompañaban en su búsqueda. De no ser por el aspecto de la muralla hubiesen pensado que estaban en su propio poblado.

—Viendo el aspecto del trigo —dijo Armitalsko—, el nuestro es sin duda mucho mejor. Seguro que nuestras cosechas son más abundantes.

—Igual es por el clima.

—A lo mejor en este lugar llueve menos.

—Viendo las montañas es difícil que eso suceda...

—Pues algo tiene que ser.

—Será por el frío... tampoco es que yo entienda demasiado.

—Ni yo... el experto es Ikomkei.

—Ahí sí que tienes razón —dijo Iltubeles con una sonrisa.

Con parte de la muralla a sus espaldas, un nauseabundo olor les obligó a taparse inmediatamente la nariz. A pesar de lo desagradable que resultaba estar ahora en aquel lugar, la curiosidad por descubrir el responsable de tal olor fue más fuerte que la propia repugnancia.

—Esto no me gusta nada —dijo Iltubeles antes de taparse con una de sus manos la nariz y la boca—. La mezcla del olor con esos ruidos, es muy sospechoso.

—A mí este olor tampoco me gusta.

—No me refería al olor.

—Ya lo sé, era una pequeña broma.

—Esta vez he estado un poco lento, vas aprendiendo.

Con el aire en contra y llevándoles sin el menor remordimiento la pestilencia y el sonido ensordecedor, llegaron a la parte trasera del poblado.

—¿Has visto la puerta? —le preguntó Armitalsko a Iltubeles señalándola con la mano que no usaba para taparse.

—Sí, podíamos haber acortado por dentro del poblado.

—¿Quién lo iba a saber!

—Ya...

Muy cerca de la puerta trasera del poblado, una más que mayúscula sorpresa se escondía entre las espigas verdes del triguero. A pesar de intentarlo, las decenas de tallos que brotaban de la tierra no podían ocultar lo allí expuesto.

—¡No puede ser! —exclamó Iltubeles llevándose las manos a la cabeza.

Delante de ellos y como si se tratase de un cementerio al aire libre, cientos de cadáveres se agolpaban entre las espigas del cereal. La muerte no había hecho distinción: mujeres, ancianos e incluso niños se amontonaban junto a los hombres del poblado. Era de suponer que todos los vecinos se habían reunido por última vez.

—¡Nisunin! —gritó desesperado Iltubeles mientras ahuyentaba a los cuervos y buitres que poblaban el lugar.

Sin importarle que quedase algún cuerpo con vida, Iltubeles comenzó a buscar entre las mujeres el rostro de su Nisunin. Al contrario que su compañero, Armitalsko todavía se debatía entre ayudar en la búsqueda de Nisunin o ver si quedaba alguien con vida.

—¡No te quedes ahí parado, ayúdame!

—Voy, voy.

Con la decisión forzada por la llamada de ayuda de Iltubeles, Armitalsko también se puso a rebuscar entre los cadáveres de las mujeres. Armitalsko en un principio se asustó al ver como su

compañero trataba los cuerpos en su ansia de búsqueda. Iltubeles parecía no importarle el respeto que alguna gente profesa a los muertos. Él tan solo los quería mover sin perder demasiado tiempo con las formas. Como parecía lógico y movido sin duda por el temor a los muertos, Armitalsko iba mucho más despacio en su búsqueda. Estaba deseando que Iltubeles se detuviese y con ello tener la excusa perfecta para no continuar.

El tiempo transcurría y los cuerpos sin revisar comenzaban a escasear. La triste noticia de hallar el rostro de Nisunin entre todo ese amasijo de cadáveres se difuminaba con cada cuerpo que volteaba.

—Creo que ya los hemos visto todos —dijo Armitalsko levantando la cabeza para buscar la presencia de Iltubeles.

—Seguro que falta alguno.

—No, los hemos mirado todos.

—¿Y este?

Armitalsko prefirió no responderle y se apartó del lugar. Pegado a la muralla y a favor del viento para evitar que el olor le alcanzase, se quedó inmóvil viendo a Iltubeles como continuaba revolviendo cuerpos.

—Ya se cansará —pensó Armitalsko con cara de resignación.

La energía de Iltubeles disminuía a la vez que el tiempo transcurría. Era de esperar que no tardase en darse por vencido. Mientras tanto, Armitalsko ya se había sentado con su espalda apoyada en la recia muralla.

—Creo que este era el último —anunció Iltubeles mirando a los cuerpos que tenía alrededor suyo.

Con paso lento y con el rostro sereno, Iltubeles fue al encuentro de su compañero de viaje.

—¿Hazme un sitio!

—Será por sitio —dijo Armitalsko con una tímida sonrisa.

Con la cabeza entre las piernas y con la respiración todavía acelerada, Iltubeles estaba cogiendo aire después del gran esfuerzo que había realizado. A su lado y mirándolo con una sensación que se debatía entre la admiración y la obsesión, Armitalsko continuó esperando a que su compañero decidiese hablar.

Mientras tanto, los cuerpos en descomposición continuaban como si nadie les hubiese visitado. Los hombres continuaban boca abajo sin ser conscientes de que todas las mujeres habían sido revueltas. Cuervos y buitres habían regresado al banquete que descansaba sobre las matas del trigo. Entre graznidos y riñas, el lugar se estaba convirtiendo en un aquelarre desenfrenado.

—No sé qué pensar —dijo Iltubeles levantando la cabeza.

—Pues que hemos tenido suerte de no encontrar a Nisunin entre los cadáveres.

—Ya... pero, ¿dónde está?

—Eso no te lo puedo responder.

—Si al menos hubiese sobrevivido alguien, le podríamos preguntar por Nisunin.

—Y por lo que ha pasado.

—Por eso también, claro está.

Con más dudas que fuerzas de continuar, se levantaron mientras seguían observando el baile frenético de los carroñeros. La muerte había corrido entre los animales como la pólvora. Ya no solo llegaban por aire sino que entre el trigo las figuras de los lobos se dejaban ver. El temor al ver a dos humanos vivos les contuvo en un principio, pero el hambre y la comida fácil inclinaron la balanza hacia la temeridad. De haber pretendido evitar esa orgía de sangre, no hubiesen sido capaces de contener a tanto animal hambriento. Los dos observadores no se plantearon ni en un

solo instante romper el ciclo de la naturaleza. Al fin y al cabo ellos no conocían a ninguno de los allí presentes, y arriesgar la vida por nada era de lo más inútil.

—Ya te has dado cuenta —afirmó Armitalsko.

—¿De qué?

—Del estado de los cadáveres.

—Sí —respondió Iltubeles moviendo la cabeza—. La matanza es muy reciente.

—Solo les había dado tiempo a comerse los ojos.

—Y no todos. A una de las mujeres que le di la vuelta todavía conservaba los ojos.

—No sé qué es peor, ver las cuencas vacías o que te miren fijamente.

—Si hubieses visto sus ojos, estoy seguro de que habrías preferido las cuencas vacías.

—¿Por?

—Porque todo era negro, en el interior de sus ojos solo cabía la oscuridad.

—¿Cómo en la historia de la guerra!

—Sí, por lo visto estos lobetanos siempre tienen el mismo final.

—A saber qué han hecho para que los dioses les castiguen así —añadió Armitalsko.

—No sé qué habrán hecho, pero de todas formas el castigo parece muy desmedido.

—Los primeros se lo merecieron, quisieron someter a nuestro pueblo.

—Ya, pero estos no habían salido ni de su poblado.

—Si los dioses les han castigado, por algo será.

Dejaron a los animales que continuasen con el banquete y se marcharon por el lado contrario al que habían llegado. Aún tenían la esperanza de encontrar algo en la otra parte de la muralla. Pero el recorrido se terminaba y lo único que sus ojos veían era trigo y más trigo. Sin más novedades que el retorno al portón principal de la muralla, Iltubeles y Armitalsko se detuvieron justo enfrente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Armitalsko mirando al cielo.

—Eso mismo me pregunto yo.

Las miradas que se dedicaron uno a otro estaban vacías de respuestas. Por primera vez en el largo viaje, ninguno de los dos sabía adónde ir. La esperanza de encontrar a Nisunin en el poblado de los lobetanos se había esfumado trágicamente.

—No se me ocurre nada —dijo Armitalsko moviendo la cabeza de lado a lado.

—Algo tenemos que hacer.

—La única posibilidad que veo es regresar a nuestro poblado.

—¿Cómo dices? Creo que no te he entendido bien.

—Sé que es duro. Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Seguir buscando.

—Si supiese dónde, no lo dudaría ni un solo instante.

Iltubeles se quedó en silencio mientras mantenía la mirada fija más allá de los trigales que rodeaban las murallas. No tenía más remedio que encontrar una solución al desafío de su compañero de viaje. En su interior sabía que lo más razonable era hacer caso a Armitalsko y volver a casa, pero la razón no había imperado estos días en su vida y por eso no tenía la obligación de hacerle caso.

—No pienso regresar a casa con las manos vacías —dijo Iltubeles rompiendo el silencio—. Eres libre para marcharte.

Armitalsko esperaba esa respuesta. Así que con cara de resignación decidió seguir junto a Iltubeles.

—Te prometí que te acompañaría en el viaje y no pienso romper mi palabra, eso sí, sigo

pensando que deberíamos volver.

—Yo solo regresaré con Nisunin. Al no verla entre los cadáveres, mi esperanza de que siga viva se ha vuelto inquebrantable.

—Me alegro de que estés animado. Supongo que ya sabrás qué hacer.

—Deberíamos de volver a buscar dentro. Es imposible que todos hayan muerto, seguro que hay alguien escondido. Solo tenemos que encontrarlo.

—Si ha visto lo que les ha sucedido a sus vecinos, debe de estar atemorizado en algún rincón.

De nuevo, el portón de madera ausente de vigilancia vio como entraban otra vez los forasteros. Se dirigieron a las casas sin entretenerse en buscar en otro sitio.

—Creo que no has contado con tu miedo —dijo Armitalsko señalando las casas que estaban frente a ellos.

—Por eso te necesito —añadió Iltubeles con una sonrisa—. Yo me quedo fuera por si escapa alguien...

—Vamos, que el susto me lo llevo yo.

—Más o menos.

—Menos mal que las casas son incluso un poco más pequeñas que las nuestras.

—No tenemos prisa. Aquí tenemos refugio y comida.

La prudencia se iba perdiendo a medida que las casas eran registradas. Por no encontrar, no encontraron ni animales. Todos los seres vivos habían huido de aquel maldito lugar.

—Por hoy ya está bien —dijo Armitalsko al salir de una nueva casa—. Lo que me queda será para mañana.

—Tú mandas. Yo continuaría, pero no soy yo el que entra.

—Eso mismo. Como el que entra soy yo, yo decido.

—Ya has visto en qué casa vamos a pasar la noche.

—Sí, esta que acabo de registrar está llena de comida.

—Ya tengo ganas de comer sin pensar en el día siguiente. Voy a comer hasta reventar.

Sin que el Sol se hubiese ocultado aunque evidenciaba su decadencia en ese día, Iltubeles y Armitalsko entraron en la casa para pasar la noche y comer todo lo que sus estómagos les permitiesen.

—Ya no tienes miedo de entrar —dijo Armitalsko riéndose.

—Confío en que la hayas registrado bien.

—Siempre cabe alguna sorpresa.

—Pues espero que no.

Encendieron un buen fuego sin la necesidad de estar buscando leña. Sin miramientos comenzaron a comer como si ese fuese el último día con comida que llevarse a la boca. Los remordimientos por estar en un hogar que no era de ellos consumiendo una comida que no se la habían ganado, no les privó de bromear mientras no paraban de masticar.

—Así da gusto comer —dijo Armitalsko con la boca llena.

—Me sabe un poco mal coger comida que no es mía.

—Ya veo, por eso estás comiendo a dos carrillos.

—No es culpa mía, es el hambre que se ha comido a los remordimientos.

—Yo como no los tengo...

—Algo te quedará.

—Cada día menos.

Era sin duda la velada más agradable desde que habían salido del poblado. Por un instante

dejaron aparcados los problemas que les perseguían allá adonde fuesen y se relajaron. Lo reconociesen o no, estaban muy necesitados de disfrutar de unos momentos como los que estaban viviendo.

La noche ya había caído en el poblado pero su oscuridad no se atrevía a entrar en la casa ocupada. La luz artificial de la hoguera luchaba con la negrura por reinar en esa habitación. Un reino que debía de ser sustentado por alguno de los dos guardianes que descansaban allí. Con madera suficiente para que el calor no huyese junto al frío de la confusión, Itubeles y Armitalsko se tumbaron arropados por mantas ajenas para poder pasar lo más agradablemente posible la noche.

—Bueno —dijo Itubeles—, mañana ya veremos.

—No tenemos más remedio que tener fe en lo que vamos a hacer.

—Hay que reconocer que con el estómago lleno las cosas se ven de otra manera.

—Así es. Descansemos que todavía tenemos trabajo con la búsqueda.

Al igual que si estuviesen en sus respectivos hogares, el sueño no tardó en aparecer gracias a la calma que se respiraba en la estancia. El silencio era más que silencio, tan solo la inercia del respirar se dejaba oír.

VIII

Todavía no había desaparecido la noche cuando Iltubeles casi sin querer abrió los ojos al oír un tímido ruido. Las legañas intentaban impedir que se despertara pero la visión de una sombra acabó con su pegajosa presencia. De repente pero sin haberse levantado de su manta, la figura amenazante de un hombre aceleró todo su ser. El brillo del fuego en el puñal que pretendía intimidarle, le paralizó por completo.

Como si el tiempo se hubiese detenido en aquel amenazante instante, las pupilas del atacante se marcaron en la mente de Iltubeles. Pero no le dio tiempo a descubrir qué ocultaban realmente porque la figura de Armitalsko se abalanzó sobre el extraño. Los dos cayeron fuera del alcance de

Iltubeles rodando por la piedra que decoraba el suelo. A pesar del intento de agresión que había realizado el atacante, no presentó demasiada resistencia a Armitalsko. Sin apenas esfuerzo el extraño fue reducido y apartado a un rincón de la estancia.

—¿Lo quieres de recuerdo? —le preguntó Armitalsko a Iltubeles tirándole el puñal.

Una apurada sonrisa sirvió de respuesta por parte de Iltubeles. El puñal que su compañero le había tirado ya descansaba en su mano.

—Parece que sí ha sobrevivido alguien —continuó Armitalsko todavía con su falcata en la mano.

Más atemorizado que otra cosa, el joven de apariencia casi indiferente permanecía en un rincón sentado viendo como el que le había reducido lo miraba sonriente.

—¿De verdad creías que me ibas a sorprender? —volvió Armitalsko a dirigirse al extraño—. Soy un guerrero edetano.

El joven alzó la vista y de su rostro plagado de arañazos no resurgió ni un solo sentimiento. Allí estaba, mirando a su atacante que no paraba de asediarse con preguntas.

—¿Por qué nos has atacado? No nos conoces de nada, no sabes si somos tus enemigos...

—Creo que está más asustado que nosotros —dijo Iltubeles interrumpiendo el interrogatorio—. Solo hay que verle la cara...

—Habla por ti que te has quedado inmóvil. Yo no tengo ningún miedo. Antes de que te atacase yo ya le había oído. Estaba esperándole.

—Pues podías haber evitado que se abalanzase sobre mí.

—Estaba todo controlado, tan solo quería ver tu reacción.

—Pues ya la has visto, estarás satisfecho.

—No, tu inmovilidad me ha preocupado...

—Eso es porque me ha pillado todavía durmiendo.

—Eso espero porque dependemos uno del otro.

Mientras los reproches se descubrían, el joven continuaba sentado sin la menor intención de escapar.

—¡Dime al menos cómo te llamas! —continuó Armitalsko con su acoso—. No te vamos a hacer nada, puedes estar tranquilo.

—Eterindu —dijo mostrando esta vez algo de sentimiento en su rostro.

—Es un comienzo —dijo Armitalsko ofreciéndole la mano para que se levantase.

Tras reavivar la hoguera y con los primeros rayos del nuevo día entrando por cualquier rendija que se ofreciese, los tres habitantes de la casa se sentaron junto al fuego.

—Creo que hay muchas preguntas que debes responder —le dijo Iltubeles a Eterindu que parecía haber vuelto a una realidad que casi le cuesta la vida.

—No sé si podré responder ya que tengo más dudas que vosotros dos juntos.

—Pues deben de ser muchas —dijo Armitalsko—, porque nosotros estamos repletos.

—Podías empezar por explicarnos el porqué de tu ataque —dijo Iltubeles mirándole a los ojos.

—Después de lo que he visto, ver a dos extraños en mi poblado no podía traer nada bueno. Por desgracia mi padre tenía razón... nunca seré un guerrero... a la hora de la verdad no pude matarte... soy un cobarde.

—¿Qué hay de malo en eso? —añadió Iltubeles—. Todo el mundo no tiene por que ser guerrero...

—Ya... pero no todos son hijos del Rey. Mi deber es continuar con el legado de mi padre. Ser un gran guerrero como él.

—Me entristece mucho tu cobardía —dijo Armitalsko moviendo la cabeza—, pero quiero saber qué les ha pasado a la gente del poblado y cómo es posible que tú sigas vivo.

—¡Que están muertos!

—Los hemos visto —añadió Itubeles.

—No sé más que vosotros...

—Algo más sabrás —interrumpió Armitalsko—, tú eres de este poblado y encima eres el hijo del Rey.

—Seguro que cualquiera sabía más que yo. Mi padre me había repudiado al darse cuenta que era un cobarde y que no me gustaban las armas. Hubo un tiempo en que estaba empeñado en contentar a mi padre y la verdad es que no lo hice tan mal. A la hora de luchar con los jóvenes de mi edad casi nunca perdía...

—Y entonces, ¿qué problema hay? —preguntó Armitalsko.

—Que a la hora de la verdad era incapaz de matar. Cuando tenía delante de mí a un animal fuese cual fuese, siempre buscaba excusas para no matarlo. Y claro está, si no soy capaz de matar un animal cómo lo voy hacer con una persona. Un guerrero lobetano no puede dudar a la hora de la lucha.

—Igual te salvaste por eso —añadió Itubeles poniéndose en el lugar de Eterindu.

—No. Me salvé por no estar en el poblado. Al final me di cuenta de que lo mío no tenía solución y decidí abandonar a mi gente. Antes de que amaneciese salí por el portón con la excusa de una cacería. Pero antes de marcharme tuve que volver a sufrir las risas de mi gente, al oír la palabra cacería los dos vigilantes se echaron a reír sin importarles que fuera el hijo del Rey. En ese instante tuve claro que ya no volvería junto a los míos.

El rostro de Eterindu mostraba añoranza y demasiada tristeza. Perder a familiares y amigos aunque algunos de ellos le rechazasen, no debía de ser fácil de llevar para Eterindu.

—Pero cuando ya había recorrido un buen tramo —continuó—, el Sol se apagó de repente. Al cabo de un momento, una luz casi me deja ciego. Cuando pude quitarme las manos de la cara, la luz había desaparecido y todo parecía normal. Creo que por primera vez en mi vida fui valiente y regresé al poblado para ver si todos estaban bien. El resto ya lo conocéis.

Los labios de Armitalsko e Itubeles se quedaron mudos. La maldición de la Luz había perseguido al pueblo lobetano hasta acabar con casi todos ellos.

—Como podéis comprender —continuó—, mi sitio ya no está en este lugar. Debo continuar con mi camino.

—¿Hacia dónde vas? —le preguntó Itubeles.

—Ni yo lo sé. Es la primera vez que voy a salir de estas tierras.

—Iremos contigo, vamos si no te importa.

—Mejor tres que uno solo.

Armitalsko asesinó con la mirada a Itubeles al oír que iban a continuar el camino con Eterindu.

—Cojamos toda la comida que seamos capaces de llevar y dejemos este maldito lugar —dijo Eterindu a la vez que rebuscaba en la casa.

Algunos con más ganas que otros imitaron al joven y empezaron a guardar comida.

—Estás loco —le dijo Armitalsko a Itubeles en voz baja—. No lo conocemos de nada. Quien te dice a ti que lo que nos ha contado sea verdad.

—Y por qué no va a serlo, hay que confiar en las personas.

—Es un lobetano...

—Es eso, no quieres ir con él por ser de otro poblado.

—Te recuerdo que ellos fueron los que nos atacaron.
—No lo he olvidado, pero no todos son culpables de aquello. Eterindu es incapaz de matar a nadie.
—Te fías demasiado de lo que te ha dicho. Espero que no nos arrepintamos de tu decisión.
—No creo que le tengas miedo a un chaval...
—Yo no tengo miedo a nadie y menos a un lobetano. Aun así, prefiero que continuemos los dos solos.
—Y si sabe algo de Nisunin que no ha querido contarnos. Creo que debemos intentarlo.
—Ahora que lo dices, no nos ha preguntado qué es lo que hacemos en su poblado. Es muy extraño.
—Ves como debemos acompañarle...
—Puede que tengas razón, pero a la próxima me lo consultas.
—No te preocupes que lo haré.
—¿Ya estáis preparados? —preguntó Eterindu desde la puerta.
—Sí —contestó Iltubeles disimulando su conversación con su compañero—, ya salimos.
Más cargados que cuando llegaron al poblado lobetano, los tres dejaron a sus espaldas el portón. Todos los habitantes del poblado habían supuesto que la colosal puerta les resguardaría de ataques. Pero tanto el portón como la muralla fueron incapaces de protegerles.
—¿Qué dirección tomamos? —preguntó Eterindu.
—A nuestro poblado —respondió Armitalsko anticipándose a la respuesta de Iltubeles.
—Por mí bien, solo quiero alejarme.
Armitalsko acababa de opinar por los dos y eso se notó en la cara de extrañeza que puso Iltubeles.
—Creía que íbamos a buscar a Nisunin —dijo Iltubeles en voz baja.
—Pues claro...
—Y entonces, ¿por qué regresamos al poblado?
—Si Eterindu ha dicho la verdad, no se dará cuenta de que el camino que vamos a tomar no va a nuestro poblado. Pero si miente, sabrá que le estamos engañando. Y si es así, el que habrá metido la pata habrás sido tú.
—Yo...
—Por dejar que se venga con nosotros. Viajar junto a tu enemigo puede ser muy peligroso.
—Ya hemos llegado al cruce —anunció Eterindu deteniéndose en la bifurcación—. Vosotros sois los que tenéis que decidir qué camino tomar.
—El de la derecha —respondió Armitalsko.
—De acuerdo, vayamos entonces.
Dejaron tras de sí los campos de trigo y se adentraron en el nuevo camino que atravesaba un frondoso bosque. Matorrales y encinas dominaban el paisaje en donde el sonido de los animales se volvía a escuchar. Atrás había quedado el silencio sepulcral que dominaba el poblado, al parecer el bosque estaba libre de la maldición.
—Qué alivio volver a escuchar a la naturaleza —dijo Eterindu mirando hacia el cielo.
—No creo que tengamos problemas con las alimañas en un tiempo —añadió Armitalsko.
—Eso ha sido de mal gusto —le reprochó Iltubeles con rostro serio.
—No me he dado cuenta, ha sido sin mala intención...
—No pasa nada —dijo Eterindu con una falsa sonrisa.
El camino se estaba tornando monótono a pesar de la belleza del paisaje y de las pocas palabras que discurrían entre los viajeros. A pesar de haber transcurrido tan solo cuatro días

desde la partida, Iltubeles y Armitalsko tenían la sensación de estar viajando juntos toda una vida. Habían compartido más cosas juntos en estos últimos días que en años viviendo en el mismo poblado. Con alguna que otra diferencia entre ellos, en el fondo las últimas experiencias vividas les habían unido aunque no lo quisiesen reconocer. De todas las diferencias que pudiese haber entre ambos, la que peor estaban llevando era la presencia de una tercera persona en el viaje. Eterindu había creado entre ellos un cierto malestar.

Una Luna resplandeciente se dejaba ver entre las escasas nubes que poblaban el cielo. El cuarto día de viaje ya estaba llegando a su fin sin haber aclarado el paradero de Nisunin. Ante la inminente oscuridad que se cernía sobre ellos, la decisión de encontrar un lugar en donde pasar la noche se había convertido en una prioridad.

—¿Cómo nos distribuimos las tareas? —preguntó Eterindu deteniéndose junto a unas rocas.

—A mí me da igual —respondió Armitalsko.

—¿Qué os parece si yo escudriño por aquí en busca de un lugar para acampar y vosotros buscáis un poco de leña? —añadió Iltubeles.

Asintieron con la cabeza la propuesta de Iltubeles y se pusieron a rebuscar entre el bosque. No hacía falta alejarse demasiado del lugar ya que la madera seca era muy abundante. Era la primera vez que Armitalsko y Eterindu se quedaban a solas sin la presencia de Iltubeles.

—Tú debes de ser un noble, ¿verdad?

—Eres muy observador —contestó Armitalsko mientras recogía un buen tronco de madera seca.

—Aún no entiendo por qué te caigo mal si no me conoces.

—¿Quién te ha dicho a ti que me caes mal?

—Soy joven pero no tonto, tu comportamiento conmigo es un poco desagradable.

Una cínica sonrisa emergió de los labios de Armitalsko, sin duda estaba deseando sacar el tema a relucir.

—Como sabes soy edetano...

—Y...

—No te hagas el tonto. Tu pueblo atacó al mío.

—No sabía nada de eso.

—A mí no me vas a engañar con tu imagen de inocente. Puede que a Iltubeles le hayas engañado con tu inocencia, pero sé qué escondes algo.

—Te estás equivocando.

—Que casualidad que solo tú hayas sobrevivido.

—Las decisiones de los dioses a veces son caprichosas.

—Pues has tenido mucha suerte con ellas.

—También me vas a acusar de controlar a los dioses.

Antes de continuar buscando leña, Armitalsko miró a Eterindu exhibiendo una sonrisa desafiante. Lo que pretendía hacer ya estaba hecho. Armitalsko le había dejado muy claro a Eterindu que no confiaba en él.

—Os habéis pasado con la leña —dijo Iltubeles al verlos aparecer—. Con eso que habéis cogido hay para varias noches.

—No nos ha supuesto mucho esfuerzo —contestó Eterindu—, el bosque está lleno de maleza.

—Mejor así —añadió Armitalsko mientras dejaba en el suelo un montón de madera seca—, el otro día en la montaña nos costó mucho encontrar algo que quemar.

El día había transcurrido sin pasar desapercibido, desde luego que no había sido un día más. Encontrarse cientos de cadáveres no suele ocurrir todos los días y más cuando te los encuentras compartiendo el mismo lugar. Lo extraño se estaba transformando en normal.

Nuevamente la claridad artificial del fuego había sustituido a la luz natural. Chispas, chasquidos y sombras recogían el protagonismo perdido durante el día. El recién llegado al lugar, el calor, había marcado la frontera a la humedad que traía la noche. Teniendo en cuenta que tenían al cielo por techo, el resguardado lugar era bastante acogedor.

Los primeros rayos de Sol descubrieron que Armitalsko ya estaba despierto. En cambio, sus dos compañeros de refugio dormían placidamente ignorando al nuevo día. Ya habían dejado en el pasado los cuatro días transcurridos. El quinto solo había hecho que comenzar.

—¡Despertad! —gritó Armitalsko a la vez que daba palmadas.

Los párpados legañosos unidos a la pereza por levantarse, convertían a Itubeles y a Eterindu en dos remolones.

—¡Venga! —continuó—. Ya es de día.

—Te agradezco el anuncio —dijo Itubeles abriendo los ojos—, pero no hace falta que chilles más.

—Había olvidado estos agradables despertares —añadió Eterindu—. A mi padre le gustaban mucho. Es algo que no echo de menos.

Más lentamente que de costumbre fueron recogiendo el modesto campamento. Tras apagar la hoguera y reunir cada uno lo suyo, se pusieron en marcha sin dejar que el día avanzase demasiado. Nubes y viento se habían unido a la búsqueda incomodando en cierta medida el viaje. Los matorrales casi permanecían ajenos al aire, el cual azotaba sin compasión a las ramas más altas de los árboles colindantes. La alegría del Sol se fue ocultando poco a poco entre las grandes nubes blancas que poblaban el cielo. Todo parecía indicar, que la extrañeza vivida también alcanzaría a la climatología de ese día primaveral.

—¡Odio los días así! —exclamó Eterindu mirando al cielo.

—Entre que se te meta algo en el ojo por el aire o que te empapes como nosotros el otro día —añadió Armitalsko—, prefiero cerrar los ojos y esquivar el agua.

—Yo también, además mientras continuemos dentro del bosque estamos resguardados.

—Será que estoy acostumbrado a la lluvia de la montaña.

—Nosotros de lluvia tampoco nos podemos quejar —dijo Itubeles—. Todos los años nos llueve un montón de días seguidos.

—Según contaba mi padre —añadió Eterindu—, hace bastantes años en mi poblado pasaba lo mismo. Llovía y llovía durante días hasta casi perder la cosecha, pero repentinamente dejaba de llover y teníamos una cosecha inmejorable. Desde que ya no sucede eso, las cosechas son mucho más pobres. Pero de eso ya hace tiempo, yo solo he conocido la escasez.

—No os tratan demasiado bien los dioses —dijo Armitalsko—. Algo malo habréis hecho.

—Si es verdad que hemos hecho algo malo por lo que pagar, ya lo hemos pagado con creces.

—Ningún hecho justifica una matanza como la que ha sufrido tu pueblo —dijo Itubeles—. Ni los dioses tienen derecho a una venganza así.

Al lado de Itubeles pero alejado de Eterindu, Armitalsko sonreía discretamente pero asegurándose de que le estuviesen viendo.

—De todas formas —dijo Eterindu—, cambiemos de tema. No me apetece recordar lo

sucedido.

—Por mí vale —contestó Itubeles.

Después de horas caminando tenían la impresión de estar recorriendo el bosque interminable. Lo que al principio les resultaba beneficioso por estar resguardados del viento, ahora les estaba pareciendo asfixiante.

—¿Es muy grande este bosque? —preguntó Eterindu—. Estoy cansado de tanto árbol.

Armitalsko e Itubeles se miraron intentando disimular su ignorancia, esta vez no estaban dispuestos a discutir quién era el primero en responder a la pregunta.

—¿Este no es el camino que lleva a vuestro poblado?

—Sí claro —respondió Itubeles saliendo al paso del compromiso—. Lo que pasa es que nosotros lo cruzamos de noche...

—¿De noche?

—Había una Luna llena esplendida...

—Teníamos muchas ganas de llegar a tu poblado —añadió Armitalsko echando una mano a su compañero—, no teníamos más ganas de seguir viajando.

—Pues vaya decepción que os llevaríais al llegar.

—Imagínate.

Un silencio dejó a Eterindu pensativo y a sus dos compañeros de viaje mirándose de reojo.

—¿Tengo una duda sobre vuestra llegada a mi poblado?

—Tú dirás —respondió Itubeles.

—Todavía no me habéis dicho qué hacíais en mi poblado. Mejor dicho, ¿a qué habéis ido?

—Estamos buscando a una persona —contestó Itubeles ante el silencio de Armitalsko—. Creíamos que podía estar con los lobetanos.

—¿Y por qué creéis eso?

—¡Basta de preguntas! —dijo Armitalsko enfadado—. No tenemos por qué responderte.

—Es igual —dijo Itubeles—, no me importa responderle. Buscamos a Nisunin, mi prometida, desapareció una mañana y después de días buscándola sin suerte decidimos seguir este camino en su busca.

—¿Y por qué este camino precisamente?

—Eres muy preguntón —interrumpió Armitalsko—. Con lo que Itubeles te ha dicho ya tienes más que suficiente.

Al ver que Armitalsko había vuelto a interrumpir su confesión, Itubeles optó por no continuar con su explicación para que su compañero no se molestase. Ante tanta hostilidad, Eterindu lo dejó correr olvidándose por el momento de más preguntas.

—No decías tú que era un joven inocente —le dijo en voz baja Armitalsko a Itubeles—. Quiere saber demasiado para su fingida inocencia.

—Quizás no sea tan inocente. De todas formas es normal que pregunte, todos somos curiosos.

—Digas lo que digas, sigue sin ser de fiar.

Una mueca sonriente se dibujó en el rostro de Itubeles a la vez que miraba disimuladamente a Eterindu. Mientras, el bosque continuaba siendo testigo del caminar de los tres viajeros.

—¿Descansamos? —preguntó Eterindu.

—¿Ya estás cansado? —dijo Armitalsko socarronamente.

—No, lo hago por vosotros. Se os ve un poco cansados.

—Dejémoslo estar y paremos a comer —dijo Itubeles—. Os agradecería que os comportarais como adultos.

Se detuvieron casi de inmediato al lado de un pequeño arroyo y al cobijo de una monumental encina. Sacaron la comida que llevaban, que no era precisamente poca, y sin dialogar demasiado comenzaron a comer. A pesar de los esfuerzos de Iltubeles, la tensión se dejaba ver en el reducido grupo.

Las nubes blancas comenzaban a oscurecerse a la vez que el viento desaparecía. Los tres viajeros se encontraban de nuevo inmersos en el camino. Un camino que parecía llegar a su fin dentro del enmarañado bosque. Al final de los árboles se intuía un claror.

—Se está poniendo feo —anunció Armitalsko sin dejar de mirar las nubes negras que tenía sobre su cabeza.

—Al menos ya estamos acabando de cruzar el bosque —dijo Iltubeles.

Sin que el cielo descargase ni una sola gota por el momento, los tres llegaron al final del camino que transcurría por el encinar. Fue en ese instante cuando las dudas se confundieron con la lluvia. Nada más arribar al lugar deseado, el cielo se rompió descargando tal cantidad de agua que apenas si se podía ver. La confusión llegó para quedarse junto a ellos.

En muy poco tiempo, el agua corría por el suelo confundida con el barro. Más que una lluvia parecía un nuevo castigo de los dioses. Delante de ellos, el precipicio que se habían encontrado comenzaba a estar peinado por multitud de hilos de agua. La confusión era total.

—¡Permanezcamos juntos! —gritaba Iltubeles sin poder ver a sus dos compañeros—. ¡Decid algo!

Iltubeles a pesar de su insistencia, tan solo era capaz de escuchar el sonido de la tormenta. Su preocupación aumentaba a la vez que el silencio continuaba siendo la respuesta de sus compañeros.

—¡¿Estáis bien?! ¡Contestad de una vez!

Con su último grito de desesperanza, la fatídica tormenta comenzó a amainar. Lentamente la visión se abrió paso entre la espesura de las gotas de agua. Al fin Iltubeles podía observar qué es lo que había a su alrededor.

—¿Dónde están? —se preguntó al darse cuenta que estaba solo.

Con mucho cuidado ya que todavía discurrían pequeños riachuelos cerca de sus pies, se asomó al precipicio que le servía al bosque para marcar el final del camino. El miedo a encontrarlos en el fondo del barranco se había establecido en él sin compasión alguna. Pero después de varios vistazos, la no presencia de sus compañeros le tranquilizó en cierta medida.

—Al menos no están tirados en el fondo del barranco —se dijo a sí mismo.

Con la última gota de lluvia caída sobre él, se puso a buscar por las inmediaciones. A pesar de todo, estaba deseando oír la voz de Armitalsko aunque fuese para reprocharle algo.

—Mi sino es buscar a gente. ¡Qué le vamos a hacer!



Tirados en el suelo y con barro hasta en las cejas, Armitalsko y Eterindu estaban apilados junto a una enorme roca. Sus vidas se habían salvado gracias a su aterrizaje. La piedra en la que se habían golpeado les había servido de freno, impidiendo a toda costa que continuasen su carrera por el precipicio.

—¿Dónde está Iltubeles? —preguntó Armitalsko nada más serenarse.

—¡Qué importa!, estamos vivos que no es poco.

—¡Cómo que no importa!, igual no ha tenido nuestra suerte y se ha caído precipicio abajo.

—Si ha sido así, poco podemos hacer.

—Menos mal que él te defendía...

—No me malinterpretes, lo prioritario es que salgamos de aquí.

—Desgraciadamente nos necesitamos uno al otro para poder salir de esta pesadilla.

Mirando bien donde pisaban, abandonaron la seguridad que la roca les ofrecía. Así que ayudándose de las manos, poco a poco fueron escalando la pendiente con un esfuerzo sobrehumano. Cualquier resbalón por pequeño que fuese y el lodo les acompañaría en un mortal y vertiginoso descenso.

—Agárrate fuerte a mi mano —le dijo Eterindu a Armitalsko mientras se la tendía con cara de esfuerzo—. A la de tres te impulsas.

—De acuerdo —respondió Armitalsko no muy convencido pero sabiendo que no tenía más remedio que hacerlo.

Entre una confianza desconfiada, los dos compañeros de escalada llegaron al final de su suplicio. Rendidos por la tensión y el esfuerzo, se derrumbaron sin importarles que el barro continuase decorando sus cuerpos.

—Parece mentira que estemos sanos y salvos —dijo Armitalsko respirando profundamente.

—Lo hemos conseguido...

—Al fin, creía que nunca llegaríamos.

—¿Ahora te fías de mí?

—No tengo más remedio, si hubieses querido matarme tan solo tenías que haber quitado la mano.

—Ya te lo dije... solo quiero ayudaros. Ya no me queda nada en este mundo por el que seguir luchando. Qué puedo hacer sino ayudar.

—Te lo agradezco... de corazón.

—Ahora a por Itubeles, seguro que está vivo.

—De la manera que es él, estará preocupado y buscándonos como un loco.

—Lo encontraremos... ya verás como sí.

La oscuridad estaba regresando a este lado del mundo, cualquier paso que diesen entre la negrura sería inútil y peligroso.

—No tenemos más remedio que dejarlo para mañana —dijo Eterindu temiendo la respuesta de su compañero.

—Sería peligroso caminar a ciegas y más viendo lo embarrado que está el terreno.

—Creía que me ibas a contradecir.

—Tienes un mal concepto de mí.

—Está visto que las dificultades unen a los hombres.

—Eso parece.

El incidente que habían sufrido no les iba a resultar gratuito. Aunque lo más importante había sido salvar sus propias vidas, el coste de perder casi toda la comida les podría resultar más que molesto.

—¿Acampamos en este lugar? —preguntó Eterindu—. No me quedan fuerzas para seguir buscando un sitio mejor.

—A mí tampoco me sobran.

Montaron su modesto campamento en un lugar cualquiera. Eran demasiado vulnerables ya que les podían atacar desde cualquier flanco, pero es lo que tiene improvisar y estar cansado a la vez. Después de haber salvado la vida por los pelos y viendo cómo había quedado el terreno,

confiaron en la suerte y decidieron no buscar un lugar más seguro.

Como era costumbre en ellos, buscaron un poco de leña para hacer la correspondiente hoguera. Esta vez los troncos estaban húmedos por culpa de la intensa lluvia, pero no tenían más remedio que intentar encenderlos.

—Esta vez va ser muy difícil encender fuego —dijo Eterindu mientras dejaba unos cuantos troncos en el suelo.

—Me temo que más que difícil, imposible.

—No me digas que...

—Sí, no tengo ni yesca ni pedernales.

—Menos mal que las nubes se han ido y el cielo está despejado.

—No nos queda más remedio que confiar en la Luna.

El peligro de no poder encender una buena hoguera no era el frío que en esa época era más que soportable, sino los animales que se podían acercar curiosos por la presencia de unos humanos en aquel lugar.

—Deberíamos dormir por turnos —dijo Armitalsko al terminar el último bocado de la exigua cena—. No nos podemos confiar.

—Por mí vale. Si quieres hago yo el primero.

—Como quieras.

Sin el respaldo y sin la seguridad que el fuego otorga, Armitalsko se tumbó hasta que le llegará el turno de vigilar. Como acababa de prometer, Eterindu se quedó sentado con la espalda apoyada en el árbol que les daba cobijo. De vez en cuando se levantaba para que el sueño no se apoderase de él. Justo a su lado, Armitalsko ya había sucumbido al cansancio y descansaba de un día que casi le había superado. En cuanto Eterindu se percató de que su compañero estaba dormido, se levantó con la intención de echar un vistazo a los alrededores. No quería que el sueño rompiera su promesa de permanecer vigilante. Aún con la desgana que le producía andar a esas horas de la noche y más después del día que había llevado, la seguridad de ambos dependía de su entereza.

Con los inquietantes sonidos de la noche susurrando sus oídos, los párpados de Armitalsko se abrieron sorprendentemente. Con incredulidad, aunque en otro tiempo no muy lejano no hubiese sido así, observó cómo Eterindu estaba revolviendo entre sus escasas pertenencias. La primera intención de saltar sobre el entrometido la había controlado, estaba claro que esta vez prefería sorprenderle más tarde con la mente fría.

Sin volver a entrar en sus sueños, Armitalsko fue despertado para sustituir a Eterindu.

—Te toca —le dijo Eterindu a Armitalsko tocándole en el hombro.

—De... acuerdo —dijo fingiendo estar amodorrado por el sueño.

—Como imaginábamos, no ha pasado nada.

—Mejor... así.

Con los papeles intercambiados, cada uno de ellos se situó en su nuevo lugar. Pero al contrario que pasara anteriormente, los dos iban a permanecer despiertos. La desconfianza se encontraba de nuevo entre ellos.

Los rayos del sexto día ya se dejaban ver entre los árboles que les rodeaban. Al contrario que pasase en el relevo de vigilancia, el durmiente no necesitó ser despertado. Eterindu se levantó como si la claridad le hubiese despertado.

—Buenos días —saludó Eterindu después de desperezarse.

—Buenas.

—¿Cómo ha ido?

—Sin sobresaltos, nada fuera de lo normal.

—Tendremos que continuar nuestro camino. Tú dirás hacia dónde vamos.

—No lo sé.

—Tendremos que buscar a Itubeles, ¿no?

—Yo sí, pero creo que tú estás buscando otra cosa.

—No te entiendo.

—Anoche te vi revolver entre mis cosas.

—Estarías soñando...

—Sí, con gente que roba confianza.

Un silencio más incómodo que el propio descubrimiento de algo inesperado, dejó su aura deseando alargar su dominio.

—Di por primera vez una verdad —continuó Armitalsko rompiendo el silencio—. ¿Qué buscabas?

—Nada en especial... tenía hambre y pensé que te guardabas algo de comida.

—Pues deberías de tener mucha, porque estuviste un buen rato revolviendo.

—Ya sabes... cuando hay hambre.

Una amplia sonrisa decoró el rostro de Armitalsko. Sin dejar que la sonrisa le abandonase, miró a Eterindu moviendo la cabeza de lado a lado.

—Creo que ya ha llegado la hora de que hablemos con franqueza —dijo Armitalsko—. Lo que estás buscando lo tengo yo.

—No te entiendo...

—Reconozco que sabes mantener una mentira, pero con lo que te voy a enseñar se te van a acabar todas las búsquedas.

—¿Qué me vas a enseñar, un trozo de pan? —añadió riéndose.

Pero las carcajadas se borraron inmediatamente de la boca de Eterindu al ver lo que Armitalsko le estaba enseñando.

—Esto es lo que buscabas, ¿verdad? —afirmó mientras le enseñaba un objeto.

La cara de asombro de Eterindu lo decía todo. Sin duda, el objeto que Armitalsko llevaba en la mano era lo que él andaba buscando. Su rostro lo delató por completo.

—Sí.

—Llegué antes que tú.

—Eso parece.

—Casi me habías engañado con tu actitud. Llegué a creer que mis sospechas sobre ti eran exageradas. Al principio pensé que buscabas esto, y sobre todo al confesar que eras hijo del Rey. Pero tu actitud de ayer de salvarme, me desorientó en mis dudas sobre ti. Una vez más, mi instinto no me ha fallado...

—Déjate de historias y dámelo.

—Supongo que por eso me salvaste la vida...

—Se puede decir que mi arma te ha salvado la vida...

—No sé por qué pensaba que era un arma, ya veo que he vuelto a acertar.

—Eres muy inteligente —añadió con una sonrisa—. Pero a pesar de ello, no estás preparado para tenerla.

—Hay algo de lo que nos has contado a Itubeles y a mí que sea verdad.

—Ahora no recuerdo lo que os he contado, no me interesa responder tus preguntas. Deja que

me lleve el arma y todo seguirá como si nada hubiese pasado.

—Antes de dártela, quiero que respondas a unas cuantas preguntas.

—¿Por qué debería hacerlo? Me resulta más rápido matarte y quitarte lo que es mío.

—Porque si me matas, demostrarás que eres un cobarde que huyes de las preguntas.

—Ya veo que tengo que responderte. Pero que sea rápido, ya he perdido demasiado tiempo con vosotros.

—Si respondes será rápido, no te andes por las ramas...

—Empieza ya que no tengo todo el día.

—¿De dónde has sacado esa arma? —preguntó directamente—. Nunca antes la había visto.

—Es un regalo de los dioses, por más que te esfuerzases nunca sabrías usarla...

—¿A cambio de qué? De matar a todo un pueblo.

—Todo el merito no es mío. Yo solo he cumplido con mi parte.

—Ya veo que tu misión era terminar con lo que se empezó hace unos años cerca de mi poblado.

—No sé de qué te quejas, tu pueblo ha salido beneficiado. Ellos eran más fuertes que vosotros.

—Entonces, ¿por qué nos defendéis?

—Se acabó tu tiempo, dame el arma.

—No has contestado a todas mis preguntas.

—No tengo ganas de seguir jugando.

—Si no respondes... no te doy el arma.

Con cara de resignación, Eterindu sacó la falcata que llevaba en su cinto dejando entrever sus intenciones.

—En el fondo me alegro de que no quieras dármele, me apetece luchar contra ti.

Una sonrisa emergió de los labios de Armitalsko al coger con su mano derecha su apreciada falcata. El regreso a la paz era imposible, los dos estaban deseosos de rociar con sangre sus armas.

Para Armitalsko, a pesar de ser un noble edetano, era la primera vez que luchaba a muerte. Su inexperiencia la estaba compensando con el valor propio de su pueblo, pero aun así, el combate parecía un juego de niños para Eterindu. Sin forzar demasiado la situación, Eterindu estaba disfrutando como lo hacen los fuertes con los débiles.

Inesperadamente para la confianza de Eterindu, Armitalsko le alcanzó en su brazo izquierdo obligando a su sangre a salir al exterior.

—Ya veo que los amigos de los dioses también sangráis.

—Por poco tiempo —dijo con una sonrisa.

Sin dar opción a defenderse, un latigazo rápido de la espada de Eterindu alcanzó el vientre de su contrincante. Un más que sepulcral silencio dio la impresión de paralizar el tiempo. Los ojos incrédulos de Armitalsko contrastaban con la abierta sonrisa de Eterindu.

—Ahora quien sangra eres tú.

—Eso parece...

—Tiene muy mala pinta.

Sin fuerzas para seguir de pie, Armitalsko se arrodillo ayudado por su inseparable arma.

—¿Quieres que le diga algo a Iltubeles de tu parte?

—Déjalo... en paz... es un buen hombre.

—No lo dudo. Pero tiene algo que me pertenece.

—Qué puede tener... él solo... busca a su amada.

—Te aseguro que esa búsqueda será muy larga.

—Si sabes algo... deberías decírselo... no se merece... lo que le están... haciendo los dioses.

—Todo a su tiempo.

Las últimas palabras de Eterindu cayeron en saco roto. El cuerpo sin vida de Armitalsko yacía en la húmeda tierra. Ahora su cuerpo solo serviría para que Eterindu rebuscara en él lo tan ansiadamente perseguido.

IX

Sin saber por dónde tirar, Itubeles estaba sentado a la sombra de una buena encina. La indecisión le había llevado a elegir el camino de permanecer a la espera. Confiaba en que más pronto que tarde, las figuras de Armitalsko y Eterindu apareciesen con una sonrisa en los labios y con una historia que contar acerca de la desaparición. Quería pensar que se habían despistado con la intensa lluvia que apenas dejaba ver y pronto volverían al camino para reunirse con él.

—Si al mediodía no han aparecido, tendré que moverme.

Con el tiempo avanzando más despacio que la espera misma, Itubeles miraba a un lado y a otro del camino. De vez en cuando cerraba los ojos y dejaba que la agradable brisa le hiciese

olvidar todo. Pero la realidad es la realidad y aunque quisiese abandonarse a las sensaciones, al despertar estaban ahí para atormentarle.

Casi sin querer pero sin ofrecer resistencia, Iltubeles cerró los párpados para entrar en el mundo de los sueños. Su mente parecía al fin descansar de los problemas que le rodeaban. La tensión de su rostro había desaparecido dejándole una mueca de felicidad. Sus oídos se habían acostumbrado al ruido del bosque ignorando por el momento toda su belleza. Todo era paz.

Remolonamente fue abandonando al sueño al que había pertenecido instantes antes. Sus párpados comenzaron a despegarse contra su voluntad. Entre la neblina de sus pestañas distinguió una figura que estaba situada justo enfrente de él.

—¿Cómo va? —preguntó la figura difusa.

Nada más oír la voz, sus ojos dejaron el letargo en el que estaban sumidos y se abrieron violentamente.

—¡Eterindu! Qué alegría, creía que no os iba a encontrar.

—Todos los caminos llevan al mismo sitio.

—¿Y Armitalsko?

—No viene conmigo...

—¿Cómo que no va contigo?

—Es una historia un poco larga...

—Me da igual como sea, quiero saber dónde está Armitalsko.

—La verdad es que no está.

Los ojos de incredulidad de Iltubeles estuvieron a punto de salirse de sus orbitas. Tenía la impresión de no haber despertado de su sueño. De continuar la pesadilla que se había colado entre su descanso.

—No puede ser —dijo Iltubeles mirando a la nada—. Debo de seguir en mi pesadilla.

—¿Qué dices? Esto es real.

—No, no puede ser real...

—Hazte a la idea que Armitalsko está muerto.

—Sí, en mis sueños...

—¿En tus sueños también se resbaló por el terraplén?

—Claro que sí. Ves como formas parte de mi imaginación. En cuanto despierte, ya no estarás a mi lado.

—Si esto fuese un sueño, yo no sería real. Y si fuese así, como iba a saber que el camino que hemos tomado no va a parar a tu poblado.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Armitalsko, antes de caerse, me lo contó.

Iltubeles empezaba a dudar de sus convicciones, la duda sobre su continuidad en el mundo de los sueños se estaban tambaleando.

—Me dijo que me habíais mentido sobre el camino a tomar. Que realmente no os dirigíais a vuestro poblado, sino en busca de Nisunin.

—Siento que te hayamos mentido...

—No me vas a volver a mentir...

Como si el tiempo y la realidad le hubiesen jugado una mala pasada, los acelerados latidos de su corazón obligaron a sus párpados a abrirse de par en par. A pocos metros de él, la figura solitaria de Eterindu se acercaba por la senda. Disimuladamente se pellizcó con la esperanza de

despertar, pero no pudo ser, su mente ya estaba inmersa en la realidad.

Eterindu se acercaba a la encina en la cual Iltubeles estaba sentado. Su rostro reflejaba la seriedad más absoluta sin mostrar alegría por encontrarse de nuevo a su compañero de viaje. Con la cabeza gacha, Eterindu se presentó ante Iltubeles que ya se había levantado del suelo.

—Me ha costado mucho encontrarte —le dijo Eterindu a Iltubeles sin levantar la cabeza.

—Sabía que ibas a venir, por eso te he estado esperando. Ya veo que Armitalsko no está contigo.

—Ha pasado algo...

—Que Armitalsko ha muerto, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Se resbaló por un terraplén.

—Siento no poder haber hecho nada —dijo con cara de sorpresa—. Estaba todo embarrado...

—No te preocupes, las cosas vienen como vienen. No podemos ir en contra de nuestro destino.

Ni en sus versiones más optimistas, Eterindu había pensado que Iltubeles se lo iba a tomar de esa manera.

—Creí que me ibas a echar la culpa.

—¿Por qué? ¿Qué podías ganar con la muerte de Armitalsko? Era evidente que no erais amigos, pero eso no quiere decir nada.

—Gracias por tu comprensión, de verdad que siento mucho la muerte de tu amigo.

—No tenemos más remedio que seguir hacia adelante. Armitalsko así lo hubiese querido.

—Cómo tú quieras.

—Eso sí, debemos cambiar de rumbo.

—¿Y eso?

—Este no es el camino que lleva a mi pueblo. Armitalsko y yo te engañamos para seguir buscando a mi prometida.

—Si quieres seguimos buscándola...

—No. Tengo que aceptar la realidad y regresar a mi poblado con los míos.

—Yo te ayudaré a encontrarla...

—¡No! He dicho que no. Te llevaré a mi poblado.

Un encogimiento de hombros por parte de Eterindu daba por aceptada la sorpresiva decisión de Iltubeles.

—Pero, ¿cómo vamos a encontrar el camino de vuelta?

—Es más fácil de lo que crees. Tan solo tenemos que seguir el curso de este riachuelo, más tarde o más temprano desembocará en el río Udive. Y siguiendo su curso llegaremos a mi pueblo.

—Parece sencillo...

—A veces las cosas no son tan complicadas como parecen.

Con el Sol en lo más alto del cielo, los dos viajeros cambiaron el rumbo de sus pasos para seguir el curso del agua. A pesar de ir uno junto al otro, el silencio entre ambos presidía el camino. Si no hubiese sido por el sonido del agua y el cantar de los pájaros, sus pensantes mentes se habrían escuchado. Casi sin querer, sus pasos iban haciendo camino entre los hierbajos y las piedras que se encontraban en su transcurrir. La incomodidad de la ruta que estaban siguiendo estaba dejando sus pies al borde del suicidio.

—Espero que acabe pronto este martirio —dijo Eterindu rompiendo el largo silencio.

Una cómplice sonrisa de Iltubeles fue la respuesta al comentario vertido por Eterindu.

Mientras, las dificultades del camino seguían sin entender las quejas. La naturaleza después de miles de años sin dar explicaciones, no iba a hacerlo ahora y menos a los dos invasores que la estaban pisoteando. Pero como la mayoría de los sufrimientos, su liberación casi los justifica.

—¡Por fin! —exclamó Eterindu contemplando una pequeña cascada.

—Ya hemos llegado, ese es el río Udive.

—Y si te has equivocado de río.

—Es imposible. Al ir a tu poblado pasamos por aquí. Este lugar es imposible de olvidar, la cascada del riachuelo la convierte en única.

—Mejor así.

Sin demasiado esfuerzo, y más comparándolo con el que habían hecho durante la mañana, descendieron al río. Una senda bastante menos hostil les estaba esperando al lado del curso que seguía el agua.

—Esto es otra cosa —dijo Eterindu resoplando.

—Ahora iremos mucho más rápido. En un par de días habremos llegado.

—Ya tengo ganas de ver tu poblado.

—No te esperes gran cosa. Es muy parecido al tuyo pero con la muralla doble y un poco más alta.

—Aun así, tengo ganas de verlo.

Acompañados por el sonido de la corriente de agua, fueron dejando en el olvido las piedras y los matorrales que tanto daño les había hecho a sus pies.

—Se me olvidaba decirte que no llevo comida.

—¿Y eso?

—El terraplén no solo se llevó a Armitalsko sino también parte de nuestras pertenencias.

—¡Qué le vamos a hacer! Nos tendremos que apretar un poco.

—Siento que haya pasado.

Con la tranquilidad de conocer el camino que estaban recorriendo y sin apreturas de tiempo, se detuvieron junto a un remanso.

—Nos repartiremos lo poco que hay —dijo Iltubeles sentado junto al río y con los pies descansando dentro de él.

—Yo comeré lo justo. Al fin y al cabo soy el responsable de la pérdida.

—Déjate de tonterías. Lo que hay es de los dos.

Una sonrisa de agradecimiento por parte de Eterindu, sirvió para que comenzasen a saciar el apetito. Eran más que conscientes de que debían de comer con mesura. No tenían más remedio que confiar en lo que la naturaleza les pudiese ofrecer por el camino. Aunque también era verdad que si no sucedía nada extraño, dos días de camino no eran como para morir de hambre.

—Las sendas que a veces debemos recorrer —dijo Eterindu después de pegar un trago de agua—, nunca dejan de sorprendernos.

—Díselo a Armitalsko, nunca se hubiese imaginado morir de esa manera. Estoy seguro que hubiese preferido morir a manos de nuestros enemigos que morir por culpa de una maldita tormenta.

—Se notaba que era un guerrero...

—Guerrero tan solo de nacimiento, ya que nunca había peleado en batalla alguna.

—Mejor para él.

—No sé qué decirte. Estaba deseoso de aventuras.

—Bueno... al menos vivió una.

—Ya... pero solo una.

Se levantaron del suelo en el que estaban placidamente sentados y reanudaron el camino antes de que la modorra se apoderase de ellos.

—Me tienes que explicar un poco mejor la muerte de Armitalsko.

—Hay poco que contar, todo fue muy rápido.

—Ya, pero me gustaría saber qué sucedió realmente.

—¿Cómo? Acaso no te fías de lo que te he contado.

—No tengo por qué dudar de tus palabras. Solo te digo que me cuentes con más detalle el suceso.

—Como sabes, empezó a llover como nunca antes lo había visto. Cuando nos dimos cuenta, te habíamos perdido entre la lluvia. De repente, la tierra que pisábamos se vino abajo y caímos por la ladera de la montaña. Gracias a una gran roca pudimos detener nuestra caída...

—Menos mal que encontrasteis esa piedra en el camino.

—Pero claro —continuó Eterindu sin hacer caso al comentario de Iltubeles—, no podíamos seguir en aquel lugar. En cualquier momento esa piedra podría precipitarse por la ladera, así que debíamos marcharnos de allí. Yo iba delante marcando el camino. Él me ayudaba empujándome y yo le tiraba de la mano para que subiese. Pero en una de esas, nuestras manos se escurrieron y no pude evitar que cayera. Todo fue fruto de la mala suerte y de las adversas circunstancias. A pesar de nuestras diferencias, tengo que reconocer que tenía coraje.

—Él hubiese querido morir a manos de un enemigo y con una herida de arma en su cuerpo. ¡Qué muerte más triste para él!

—De todas formas, estoy seguro que su valor será reconocido por los dioses.

Iltubeles no pudo evitar que se le escapase una cínica sonrisa. Eterindu se dio cuenta casi sin querer mirar.

—¿No piensas que estará junto a los dioses? —preguntó Eterindu con rostro serio.

—No tengo ni idea...

—Como al parecer te hace gracia.

—Gracia tiene y no poca.

—No entiendo el porqué.

—Al parecer estamos siendo víctimas de los caprichos de los dioses y todo lo que nos sucede es gracias a ellos...

—Todo, todo... no sé yo.

—Armitalsko aún tendrá que dar las gracias por morir y estar junto a ellos.

—Es un honor estar en los planes de los dioses.

—Pues yo prefiero saltarme ese honor y seguir viviendo.

—Se nota que no eres un guerrero.

—Y estoy orgulloso de ello, ser un herrero no es ninguna desgracia...

—No quería decir eso...

—Ya, ser guerrero es lo máximo.

El desencuentro trajo al viaje nuevamente el silencio. Pero esta vez no se alargó demasiado ya que el Sol comenzó a ocultarse. Entre la inminente aparición de la noche y el cansancio de un día demasiado intenso, el fin del camino estaba anunciado.

—Por hoy ya vale —anunció Iltubeles deteniéndose—. Voy a buscar un buen lugar para pasar la noche.

—De acuerdo. Yo también empiezo a estar cansado.

—¿Me acompañas o te quedas?

—Voy contigo.

Se salieron de la pequeña senda marcada por anteriores pisadas y comenzaron a buscar sin demasiada prisa. En el lugar en el que se encontraban, les iba a resultar imposible encontrar una cueva o algo parecido. Conscientes de ello, tan solo buscaron tener sus espaldas protegidas.

—Yo acamparía en este sitio —dijo Iltubeles—. Tenemos el resguardo de los árboles. Además que me podría pasar estando contigo, tienes línea directa con los dioses.

—Tienes toda la razón —contestó riéndose—, podemos estar más que tranquilos. Por cierto, en el accidente también perdimos la yesca y los pedernales.

—A mí todavía me queda.

—Menos mal... quédate y ya iré yo a por la leña.

—Si insistes.

—¡Qué menos!

Como de costumbre, los problemas a la hora de encontrar buenos maderos para hacer fuego eran inexistentes. Así que Eterindu no tuvo que alejarse demasiado del recién creado campamento. En tres viajes había llevado suficiente leña como para pasar la noche a la luz del fuego.

—Como todavía le queda un poco de luz al Sol —dijo Eterindu nada más dejar en el suelo el último cargamento de madera—, voy a hacer un breve reconocimiento a los alrededores.

Ante la fija mirada de Iltubeles, Eterindu se fue perdiendo entre las encinas y los arbustos que les rodeaban. Extrañado por el comportamiento de su compañero de viaje, Iltubeles comenzó a dar vida al fuego. Mientras golpeaba los pedernales sobre la yesca, su mente no paraba de dar vueltas a la decisión de Eterindu de dar una vuelta por el lugar. Miraba una y otra vez hacia el lugar de la huída para ver si adivinaba algo, pero allí tan solo estaban los inamovibles árboles. La curiosidad le estaba carcomiendo, no podía dejar de pensar en Eterindu.

—Me voy a ver —dijo Iltubeles en voz baja mientras dejaba los pedernales en el suelo—. Si me descubre ya me inventaré algo.

Se encaminó hacia donde había desaparecido Eterindu mezclándose así con la naturaleza. Intentando no hacer demasiado ruido y mirando muy bien adonde pisaban sus pies, fue avanzando árbol tras árbol. Su vista y sus oídos estaban al acecho de lo que aconteciese a su alrededor.

La ausencia de sonido alguno le hizo detenerse. Ni grillos, ni pájaros, ni criatura alguna daban la impresión de existir en ese lugar. Era como si tan solo la vegetación residiese allí. Ahora sí que no se podía permitir el lujo de cometer algún error pisando en falso. Su intuición le decía que Eterindu estaba en ese lugar, aunque ahora comenzaba a pensar en que su idea fuese o no acertada.

—Me tendría que haber estado quieto —pensó mientras se asomaba por detrás de un enorme tronco.

Ya era demasiado tarde para regresar. Justo enfrente del árbol que le ocultaba, la presencia de Eterindu era un hecho. Estaba sentado encima de una piedra y de espaldas a él. Daba la impresión de estar contemplando algo que tenía entre las manos. Su cuerpo permanecía inmóvil y tan solo las manos parecían moverse.

—¿Cómo puede ser? —se preguntó Iltubeles para sí mismo—. Tiene fuego en las manos.

De las manos de Eterindu y ante la mirada desconcertada de Iltubeles, una claridad artificial se coló a través del espacio que el cuerpo de Eterindu dejaba. Aunque la luz que brotaba de Eterindu no era del color del fuego, para Iltubeles no podía ser otra cosa que fuego.

Casi sorprendiendo el embobamiento de Iltubeles, Eterindu se movió del lugar en el que estaba sentado dándose media vuelta para acomodarse. En un acto reflejo, Iltubeles se escondió tras el monumental árbol respirando de alivio por no haber sido visto. Lentamente y con la curiosidad a flor de piel, fue asomando la cabeza para observar a su compañero de viaje.

—No puede ser... no es fuego lo que sale de ese objeto. ¿De dónde vendrá esa luz?

La cara de bobo no le había cambiado a Itubeles mientras continuaba mirando a Eterindu, su objeto y la luz que manaba de él. Por suerte para Itubeles y su curiosidad, Eterindu estaba enfrascado en el objeto que tenía entre las manos sin prestar atención a lo que aconteciese a su alrededor.

—No hay manera de ver lo que es... aunque si lo viese seguro que no sabría que es.

Un nuevo movimiento de Eterindu en su afán por acomodarse en la piedra en la que estaba sentado, volvió a llevar al corazón de Itubeles un buen caudal de sangre.

—Voy a tener que marcharme... debo estar en el campamento antes de que él llegue.

Con paso más que lento y sigiloso, Itubeles se alejó del lugar en donde los animales se habían vuelto mudos. A cada paso que daba, una mirada a su retaguardia pretendía llevar tranquilidad a su ser. No entraba en sus planes ser descubierto, y más al ser testigo de la extraña luz que Eterindu manejaba entre sus manos.

Nuevamente, como de una línea fronteriza se tratase, al cruzar un pequeño riachuelo la vida regresó. Con alivio volvió a deleitarse con los sonidos que en muchas ocasiones había maldecido. Con una amplia sonrisa, fue testigo del agobiante acoso de multitud de moscas. Quien le iba a decir a él que iba a recibir a las pesadas moscas con una sonrisa. La sal del sudor que había engendrado su temor, era demasiado para que las moscas lo obviasen.

Mirando de vez en cuando hacia atrás, llegó al improvisado campamento que él mismo había elegido. Todo estaba como él lo había dejado, sin fuego y con la leña apilada al lado de sus pocas pertenencias.

—Voy a hacer fuego —se dijo para sí mismo—. No vaya a ser que sospeche de lo que he estado haciendo mientras él no estaba. Debo ir todavía con más cuidado del que ya iba.

Aún tuvo que pasar un buen rato para que la figura delgada de Eterindu apareciese entre los árboles. El fuego ya resplandecía ante la casi total ausencia de luz natural.

—Si te descuidas se te hace de noche.

—Ya —respondió Eterindu con una sonrisa—. Me ha venido justo.

—¿Has encontrado algo?

—No, no hay nada de comida en este lugar.

—Pues nada, nos acabaremos lo poco que nos queda.

—La verdad es que lo siento.

—No te preocupes, ya debemos de estar cerca de mi poblado. Allí podremos hacer una buena comida.

—¿Tan cerca estamos?

—Si aceleremos el paso, puede que lleguemos mañana antes de que anochezca.

—Pues nada, tendremos que descansar bien esta noche.

A pesar de las buenas palabras que salían de la boca de ambos, la desconfianza se dejaba ver. Ninguno de ellos quería ser el primero en dormirse. Fingían el sueño cerrando los párpados para luego entreabrirlos y echar un vistazo al otro. Pero a pesar de tanto esfuerzo, el sueño siempre se cobra sus víctimas.

X

Amaneció, y con ello el séptimo día de viaje. Probablemente este sería el último. Al menos eso deseaban los dos viajeros, eso sí, cada uno con sus particulares razones. La comida brillaba por su ausencia y la incomodidad entre ambos se estaba dejando notar. A pesar de estar finalizando su viaje, la cabeza de Iltubeles tenía más preguntas que respuestas. Además, la carga de volver sin Armitalsko era más grande de lo que él hubiese pensado en un primer momento.

Con el sueño más que ligero, los primeros rayos del Sol no incomodaron como en otras ocasiones. Seguramente que ninguno de ellos había sido sorprendido por la claridad. Se levantaron casi al unísono disimulando el desvelo que tenían los dos.

—He dormido como un niño —dijo Eterindu nada más levantarse.

—Yo también.

—Será la tranquilidad de estar llegando a un lugar seguro.

—Seguramente.

—Bueno... nos ponemos en camino.

—Cuanto antes salgamos, más posibilidades tendremos de llegar antes de que acabe el día.

—Pues venga... no perdamos tiempo.

Con poco que recoger y tras apagar completamente la hoguera que les había servido de protección, se pusieron en camino. Las desconfianzas que habían aterrizado en el improvisado campamento decidieron continuar el viaje junto a ellos. A pesar del purificador fuego que todo lo quema, las sospechas mutuas no fueron incineradas. Caminaron junto a ellos respirando el mismo olor y la misma pureza que el río Udive dejaba a su paso.

El terreno que estaban pisando, poco a poco se iba complicando. La estrechez y las rocas impedían que el transcurrir fuese como antes.

—Creía que íbamos a tener un buen camino hasta llegar al poblado —dijo Eterindu un poco molesto.

—Es solo un rato.

Parte de la senda que iban recorriendo se convertía en pasado con cada paso que daban. De la misma manera, el río se iba ensanchando poco a poco gracias a su voracidad. Riachuelos que llegaban jóvenes de la montaña lo alimentaban engrandeciendo su prestigio. En cada rincón donde el agua permanecía tranquila, la imagen de las chinchas de agua intentando cazar a otros descuidados insectos se estaba haciendo común. La cabeza azul-turquesa del martín pescador atravesaba las cristalinas aguas en busca de pequeños peces que nadaban confiados. Tan solo las repentinas burbujas delataban al martín pescador de su presencia. Avanzando por cualquier rincón del río como sombras, las truchas permanecían inalterables ante los pájaros que controlaban el agua desde las ramas. La vida que transcurría alrededor del Udive era completamente ajena al caminar de los dos viajeros. Sus presencias no distraían a los animales de sus quehaceres diarios. Eran como seres invisibles que solo tenían derecho a observar.

—Creo que debemos de descansar un poco —anunció Itubeles—. Este es un buen lugar.

—Desde luego que por tranquilidad, no vamos a encontrar un lugar mejor.

—¿Queda mucho?

—Más de lo que a mí me gustaría...

—Pero, eso es mucho o poco.

—Creo que llegaremos esta noche.

—Ya me quedo más tranquilo.

Casi sin tiempo para que sus piernas se habituasen al descanso, Itubeles y Eterindu se pusieron nuevamente en marcha. Aún les quedaban unas cuantas piedras con las que tropezar y alguna que otra rama con la que engancharse.

El atardecer dio paso a la noche con los trigales a la vista. La casa de Ikomkei estaba demasiado cerca como para obviarla. Lo prudente era ir a allí primero y saltarse las explicaciones, si entraban en el poblado la noche sería demasiado larga.

—Antes de entrar en el poblado iremos a visitar a un amigo —anunció Itubeles—. Es aquella casa que se ve al final del camino.

—Como tú quieras.

Abandonaron el camino principal y tomaron uno más pequeño que dividía en dos uno de los

campos de trigo. Al igual que había ocurrido en gran parte del viaje, el silencio continuó instalado como fiel acompañante.

La claridad del fuego se dejaba ver entre las rendijas de la puerta. Itubeles no pudo evitar que una sonrisa de satisfacción emergiese de sus labios. Aunque remota, la idea de una represalia por parte del Rey al descubrir la doble desaparición estaba instalada en su conciencia.

—¿Es esa la casa? —preguntó Eterindu mientras señalaba con el dedo.

—Sí, ahí vive mi amigo.

—Al fin podremos descansar bajo techo.

Una tímida sonrisa como respuesta dejó a ambos justo enfrente de la puerta.

—¡Ikomkei!

Una sonrisa y un abrazo irrumpieron del otro lado de la puerta. Los dos amigos volvían a verse tras unos cuantos días de ausencia.

—¿Cómo va todo? —preguntó Itubeles con una sonrisa.

—Bien, muy bien —respondió Ikomkei—. ¿Has tenido suerte?

—No —respondió con tristeza—. ¿Qué tal con la joven?

—Ha hecho muchos avances, te sorprenderá.

Ikomkei envuelto por la emoción no había reparado en el acompañante de su amigo hasta ese preciso instante.

—Veo que vas acompañado.

—Sí, es una historia muy larga.

—Pasemos y me la cuentas.

Los tres hombres entraron en la casa para encontrarse con la joven que les esperaba sentada junto al hogar.

Itubeles e Ikomkei debían relatar el uno al otro las experiencias vividas en los últimos días. Como ya era costumbre, la impaciencia de Ikomkei prevaleció e Itubeles no tuvo más remedio que dejar para más tarde la suya.

La euforia arrastraba cada palabra que brotaba de los labios de Ikomkei. Los avances que la joven había logrado eran muy esperanzadores. Hablaba y razonaba con total normalidad, físicamente se encontraba mucho mejor y había dejado de tener pesadillas.

Itubeles esperó paciente a que su amigo acabara de relatar lo acontecido en los últimos días. Se mostraba satisfecho con los avances que la joven había dado y aliviado con la ausencia de explicaciones. El Rey no había interrogado a Ikomkei en el asunto de las dos desapariciones. Le resultaba extraño pero prefería mantener a su amigo lejos de ese posible problema.

Sin dejar que el silencio se instaurase en la habitación, Itubeles comenzó a relatar lo acontecido en el viaje. Ante la atenta mirada de los tres espectadores, la versión narrada fue la que Eterindu debía de escuchar.

—¿Y ahora qué pasará con las tierras? —preguntó Ikomkei.

—Supongo que pasarán a ser propiedad de la hermana...

—Espero que no cambie y pueda seguir trabajándolas.

—No tiene por qué cambiar, ¿adónde van a encontrar un campesino como tú?

—Que los dioses te oigan.

El Sol regresaba a las tierras de los edetanos. Las espigas de los campos de cultivo mostraban el verde de la vida. La naturaleza permanecía ajena a los problemas e inquietudes de los residentes del poblado.

La hora de la verdad había llegado y los cuatro se disponían a visitar el poblado. La joven

iría de mera acompañante para que se fuese familiarizando con los edetanos. Eterindu acudiría junto a Iltubeles a la casa de Edecón a explicar lo sucedido con Armitalsko.

Al llegar al poblado formarían dos grupos. Ikomkei iría junto a la joven paseando por las calles y Eterindu acompañaría a Iltubeles a la casa del Rey. Nada más cruzar la puerta principal se despidieron unos de otros con una sonrisa. Los caminos que debían tomar eran opuestos.

Durante el corto trayecto, el silencio fue el protagonista hasta que se detuvieron frente a la casa de Edecón.

—¿Cómo va a reaccionar? —preguntó Eterindu.

—No lo sé, la noticia de la muerte de Armitalsko será muy dura para él.

—¿Qué le vas a contar?

—Todavía no lo sé. Debes darme la razón a todo lo que diga. Es por tu bien y por el mío.

—De acuerdo. Solo hablaré si me preguntan.

Iltubeles llamó a la puerta con decisión para que no se notara su nerviosismo. Tras un pequeño inciso, una mujer abrió la puerta.

—Venimos a ver al rey Edecón —anunció Iltubeles.

—¡Que pasen! —se oyó desde el interior de la casa.

Sin más dilación, los dos hombres pasaron al interior de la vivienda ante la atenta mirada de la mujer.

Fue un pequeño instante pero que se alargó en la intranquilidad de los allí presentes.

—¡Tienes mucho que explicar! —dijo el Rey a modo de presentación.

—A eso he venido...

—Veo que vienes acompañado, yo esperaba otra visita.

—Se llama Eterindu y lo encontramos en el camino.

—¿De dónde es?

—No lo sabe, cuando lo encontramos tenía un golpe en la cabeza. Dice que hay muchas cosas que no recuerda.

—¿Y Armitalsko?

—Eso es más complicado de contar...

—No tiene porqué serlo, dime dónde está y todo arreglado.

—Ese es el problema. Armitalsko está muerto.

La mirada acusadora de Edecón se tiñó de silencio. La incomodidad fue rescatada por Eterindu.

—¡Fue un accidente!

—Di a ese extraño que permanezca en silencio —dijo Edecón mirando tan solo a Iltubeles.

Con un gesto de desaprobación, Iltubeles miró a Eterindu acusadoramente.

—Quiero que me cuentes todo lo que ha pasado —anunció el Rey—. Pero para eso debemos estar solos.

Sin necesidad de ser advertido por Iltubeles, Eterindu se marchó fuera de la casa. No le quedaba más remedio que esperar en la calle a que su compañero acabase su encuentro con el Rey.

—Empieza cuando quieras.

—Armitalsko insistió en ayudarme a encontrar a Nisunin. Me dijo que era posible que estuviese secuestrada por los lobetanos...

—¿Cómo sabía él lo de los lobetanos?

—Porque encontró entre las cosas de su padre la historia de la batalla contra ellos.

—Ya veo... pero sigue contándome.

—Seguimos el curso del río Udive hacia su nacimiento. Detrás de la montaña donde nace el río está el poblado de los lobetanos. Pero al llegar al pueblo nos encontramos con un panorama desolador. Todos estaban muertos fuera de las murallas y amontonados como piedras.

—¿Encontraste a Nisunin?

—No, ella no estaba entre los cadáveres.

—¿Armitalsko llegó a ver el poblado?

—Sí. Su muerte fue en el camino de vuelta. En él nos encontramos con Eterindu. Esa misma noche comenzó a llover como si el cielo se fuese a caer. Sin ver donde pisábamos y con el terreno embarrado, los dos se cayeron por la ladera de un terraplén. Yo no podía hacer nada desde arriba, no solo porque no los veía sino porque era muy peligroso acercarse a la ladera. Cuando mi esperanza porque apareciesen ya se había ausentado, los vi. Eterindu ayudaba a Armitalsko a acabar de subir la cuesta. Pero las manos se soltaron y cayó. Fue una desgracia.

—¡Que los dioses lo tengan a su lado!

Edecón se levantó y le dio a Iltubeles un fuerte abrazo.

—Siento su muerte... durante el camino nos hicimos amigos... era un buen hombre... siempre le agradeceré su ayuda en la búsqueda.

—No fue culpa tuya. Ahora se lo comunicaré a su hermana...

—Espero que esto no cambie la relación con Ikomkei...

—No, yo me encargaré de eso. ¿Qué piensas hacer con el forastero?

—No lo sé. Pensaba acogerlo en mi casa y que me ayudase en el trabajo.

—La ayuda te vendrá bien.

—Estoy seguro que será un buen ayudante.

Se despidieron con un apretón de manos y una socorrida sonrisa. Pero antes de que Iltubeles abandonara la casa, Edecón se dio media vuelta y se dirigió a él antes de que se marchara.

—Siento lo de Nisunin.

Un latigazo en forma de sonido atravesó el oído de Iltubeles para entrar en su mente. Se detuvo un pequeño instante, pero sin responder ni mirar continuó con su camino.

Ajenos a la conversación entre el Rey e Iltubeles, la joven e Ikomkei paseaban por las calles del poblado.

Desde que habían atravesado el portón, el comportamiento de la joven había cambiado. La simpatía que demostraba durante el camino había sido absorbida por la seriedad. Su semblante reflejaba una preocupación inquietante. Para Ikomkei, el cambio de actitud no era invisible. Él permanecía expectante pero evitando mirar demasiado a su compañera.

—¿Estás bien? —preguntó Ikomkei rompiendo el silencio.

La joven lo miró sin responder. Su mirada recordaba a la del día del encuentro. Su mente estaba ausente, el tiempo y el espacio se habían detenido.

Con más preocupación que prudencia, Ikomkei agarró del brazo a la joven y comenzó a desandar el camino. En la cabeza de Ikomkei solo había una idea y no era otra que la de sacar fuera del poblado a la mujer.

Como una visión fugaz, la imagen de los dos huyendo en dirección al portón atravesó la calle de la herrería.

—¿Esos no son...? —preguntó Eterindu con cara de asombro.

—Creo que sí.

—Algo ocurre.

Casi sin dejar acabar la frase, Iltubeles fue al encuentro de su amigo.

Al fin los cuatro visitantes ya estaban nuevamente fuera de las murallas. Se encontraron en el camino que llevaba a la casa de Ikomkei.

—¡Espera! —gritó Iltubeles.

Nada más oír la voz de su amigo, Ikomkei se detuvo a un lado del camino. Su respiración desbocada complementaba a la locura que se reflejaba en sus ojos. Su rostro estaba poseído por el histerismo. A su lado, la joven daba la impresión de estar en otro mundo. Se dejaba llevar sin la menor resistencia.

—¿Se puede saber qué haces?

—Tenía que salir del poblado...

—Eso ya lo veo, ¿pero por qué?

—Ha vuelto a sufrir un ataque —dijo Ikomkei mirando a la joven.

Iltubeles se acercó a la mujer con tranquilidad, debía de romper la celeridad creada.

—¿Estás mejor? —preguntó Iltubeles intentando calmarla.

—Sí —susurró la joven.

—¿Qué te ha sucedido?

—Es todo muy confuso...

—Tómate tu tiempo.

—En cuanto entré en el poblado... todo me era familiar... era como si ya hubiese estado allí... como si todas esas imágenes formaran parte de mi vida.

Ikomkei y Eterindu se acercaron a la conversación. La curiosidad había derrotado a la prudencia.

—Como si hubiese vivido en tu poblado —continuó la joven.

—¿Cómo puede ser eso posible? —preguntó Ikomkei desconcertado.

Un silencio de ignorancia fue arrastrado por la brisa que acababa de llegar. Se miraron unos a otros con los labios sellados. Eran incapaces de responder las dudas creadas.

—Creo que deberíamos irnos —anunció Iltubeles rompiendo la incomodidad—. Estaremos mejor bajo techo.

Acompañados por el vaivén del trigal, los cuatro huyeron del lugar que había desarmado a la joven.

XI

El silencio más absoluto se alió con cada uno de ellos. Ni el viento se atrevía a incordiar a los pensamientos que residían en las mentes de los caminantes. Las espigas de trigo les miraban mudas de comprensión. Las urracas dejaron de volar para detenerse en la vereda del camino. Y los perros que ladraban, enmudecieron al pasar cerca de ellos.

Hasta el momento, Eterindu había permanecido como un invitado de piedra. Tan solo observaba a sus tres compañeros de senda. Su mente intentaba analizar cada palabra, cada gesto, cada movimiento. Debía ser cauteloso si quería recuperar lo que le faltaba.

Sus pensamientos eran un laberinto de posibilidades. Estaba feliz por poseer el arma arrebatada a Armitalsko. Pero sabía que no podía hacerla funcionar sin la pieza brillante. Tenía que encontrarla cuanto antes.

Una sonrisa se esbozó en sus labios cuando la imagen de Armitalsko se apareció en su mente. Ahí estaba de rodillas, herido de muerte pero mirándole a la cara orgulloso. En el fondo lo admiraba, siempre le había gustado la gente valiente. Pero fue un desperdicio —pensó—, si hubiese querido aliarse conmigo habría vivido más tiempo.



La mente de Ikomkei era un trasiego de ideas. La ilusión por ver a la joven recuperarse se había transformado en preocupación. Algo en su interior se desataba cada vez que estaba junto a ella. Era la primera vez que sentía algo parecido. La sonrisa de la joven lo había atrapado en una tela de araña imposible de romper.

Pero la felicidad no es eterna y una nueva recaída lo había hundido. Tenía que averiguar el porqué de aquel cambio tan repentino.

Sus sentimientos eran confusos. Quizás la muerte de su madre había sido el detonante de una confusión que lo tenía atrapado. No voy a parar —pensó— hasta que averigüe qué relación existe entre ellas dos.



La joven estaba sumida en una confusión constante. Ni ella misma comprendía lo que le había pasado. Tan solo quería abandonar ese maldito lugar. Poner tierra de por medio y alejarse de esas murallas que la miraban acusadoramente era imprescindible para ella.

Qué difícil resulta no recordar. Pero más complicado es recordar tu propia maldición. Recuerdos ahogados que son incapaces de respirar. ¡Qué voy a hacer! —pensó—. Solo quiero ser feliz.



La mirada perdida de Itubeles denotaba preocupación. No se perdonaba la muerte de Armitalsko. Una miserable tormenta le había separado de la salvación. Si yo hubiese estado allí —pensó—, ahora estaría con vida.

Sus dudas sobre la bondad de los dioses se estaban confirmando. Se sentía una marioneta en un juego cruel y despótico. Se sentía orgulloso que su padre no le inculcara el amor incondicional a los dioses. Todavía recordaba sus palabras: *Para ser sabio hay que dudar. No creas en lo que fácilmente se te ofrece. Detrás de la certeza está la verdad.*

Cuánto lo echaba de menos. Estoy seguro —pensó mientras unas lágrimas recorrían sus mejillas— que él sabría qué hacer. Pero su padre no estaba, los problemas y las dudas debían ser resueltas por él mismo.

Como si el tiempo se hubiese detenido en un abismo de recuerdos, la imagen de la casa de Ikomkei rompió el hechizo. Los cuatro caminantes dejaron a un lado su mutismo para volver al presente.

—¡Ya hemos llegado! —anunció Ikomkei orgulloso de que su hogar sirviese a todos.

—Se me ha hecho corto el camino —dijo Itubeles mirando la senda que acababan de recorrer.

A su llegada, tan solo las gallinas que se movían inquietas mientras rebuscando en la tierra a lombrices despistadas y los ladridos del perro les dieron la bienvenida.

—¿Cómo estás Udiva? —dijo Itubeles saludando al perro de la casa.

El movimiento frenético del rabo de Udiva y los ladridos agradecidos, transportaron a Itubeles por un instante a otro tiempo.

—¿Cómo le vas poner de nombre? —preguntó Itubeles a Ikomkei mientras acariciaba la cabeza del perro.

—¿Es necesario?

—Tú que crees.

—Pues no sé, di tú alguno.

—El perro te ha elegido a ti, así que tú debes elegir su nombre.

—De acuerdo... como lo encontramos al lado del río... le llamaremos Udiva. ¿Qué te parece?

—A mí bien, además seguro que en todo el poblado no existe perro alguno con ese nombre.

—¡Te llamarás Udiva! —anunció Ikomkei mientras le acariciaba.

La felicidad de Udiva era palpable, no paraba de moverse entre los visitantes para que jugasen con él. Pero lo que parecía un juego inocente se transformó en una señal.

Itubeles siguió con la mirada a Udiva para percatarse de la curiosa situación. A pesar de que Eterindu estaba junto a ellos, el perro lo ignoraba como si realmente no estuviese allí.

Esta circunstancia no pasó inadvertida entre los amigos. Ikomkei con un disimulado gesto avisó a su amigo Itubeles de la circunstancia. Una sonrisa confirmó la evidencia.

—¡Ya está bien Udiva! —exclamó Ikomkei—. Vete a vigilar a tus amigas las gallinas.

El perro con la lengua agitada por el cansancio, se fue exhibiendo el vaivén de su rabo.

—¡Entremos! —anunció Ikomkei.

La atención se centró en la joven, en el porqué de su actitud. Su nerviosismo había llevado a Ikomkei a la desesperación. Y las dudas sobre su total recuperación habían vuelto a aflorar.

—¿Te puedes quedar con la joven? —le preguntó, sin opción a una negativa, Itubeles a Eterindu—, tengo que enseñar a Ikomkei una cosa.

—Sí, no hay problema.

Sin más explicaciones, los dos amigos salieron de la casa para dirigirse adonde el Sol domina.

—Ya sé lo que me vas a decir —dijo Ikomkei con una forzada sonrisa.

—Mejor, así será más fácil.

Con un semblante más serio de lo habitual, Itubeles le trasladó a su amigo su preocupación, tanto por la joven como por Eterindu.

—Es muy raro que Udiva no se le acercara —dijo Ikomkei mientras tiraba una piedra—. Era como si no quisiese que le tocara. Es la primera vez que actúa así.

—Debo contarte algo sobre nuestro visitante.

Mientras daban un pequeño paseo por los terrenos aledaños a la casa, Itubeles le contó sin omitir detalle alguno lo acontecido en el viaje. Lo que habían encontrado en el poblado lobetano,

así como la extraña muerte de Armitalsko. Incluso su extraño sueño fue desvelado, así como la increíble luz que descubrió escondido tras los árboles.

—¡Vaya viaje! —exclamó Ikomkei tirando una nueva piedra.

—No he encontrado a Nisunin, pero creo que nada de lo que me ha pasado es casual. Cada día estoy más seguro que la desaparición es solo el principio de algo mucho más grande.

—Después de oírte, todo tiene sentido. La muerte de mi madre, la aparición de la joven, su nerviosismo al llegar al poblado, todo está relacionado. No tendría sentido si no fuese así.

—Solo hay un pequeño problema...

—Unirlo todo.

—Tenemos que actuar con cautela. No sé en quién podemos confiar.

—En Eterindu desde luego que no...

—Ni en el Rey tampoco —añadió Iltubeles con rotundidad—. Cuando estuve en su casa para anunciarle la muerte de Armitalsko, su comportamiento fue bastante sospechoso...

—¿Sospechoso?

—Sí. La tranquilidad con que se tomó la muerte de Armitalsko no es normal. Me dio la sensación de que ya lo sabía...

—¿Y cómo lo iba a saber?

—Eso mismo digo yo.

—Es todo muy extraño.

—Pero eso no es todo. Cuando ya nos marchábamos, me dijo: *Siento lo de Nisunin*.

—Lo siento... ¿por qué?

—Porque sabe algo que nosotros no sabemos... todo ha sido un engaño...

El ruido de la puerta al cerrarse terminó de un golpe con la conversación.

—Se ha quedado dormida —anunció Eterindu.

—Es bueno que descanse —dijo Ikomkei un poco sobresaltado por la irrupción de Eterindu—, lo ha pasado muy mal.

Tras el diálogo entre los dos amigos, la aparición de Eterindu había llevado la incomodidad al lugar. Sin querer desvelar sus cartas, cada uno era consciente de su situación en la macabra partida. Mostrar la jugada antes de hora, podría llevar a la derrota más absoluta.

—Nos marchamos —le dijo Iltubeles a Eterindu con una forzada sonrisa.

—Como tú quieras.

Si el camino en dirección a la casa de Ikomkei había resultado corto, el de regreso al poblado prometía todo lo contrario. La desconfianza es mala acompañante en un viaje.

—¿Qué tienes pensado para mí? —preguntó Eterindu mientras observaba el trigal.

—Que me ayudes en la herrería a cambio de comida y alojamiento. Pero si tienes otra intención, no hay problema.

—No, me parece bien. Quiero ser uno más en tu poblado.

Con un gesto de aprobación, Iltubeles dio por zanjada la conversación. La cercanía de Eterindu podría ser negativa para él, pero no tenía más remedio que tenerlo cerca para así seguir sus pasos.

XII

Una nueva mañana había despertado en el poblado de los edetanos. La rutina pretendía hacerse un hueco entre la tensión oculta que presidía los movimientos de cada uno de ellos.

Con más resignación que paciencia, Itubeles comenzó a enseñar a su nuevo aprendiz el arte del moldeado del hierro. Por desgracia para él, Eterindu no era muy hábil en el manejo del martillo.

—Intenta dar algún golpe en su sitio —dijo Itubeles con una sonrisa disimulada.

—¡Hago lo que puedo! —exclamó Eterindu con enfado.

—Me lo creo, pero parece que no es suficiente. Tienes que centrarte un poco más.

—Vale, vale —dijo el nuevo aprendiz resoplando.

Con golpes más o menos certeros pasó la mañana. La hora de comer se acercaba y a Itubeles esa hora le traía malos recuerdos. Nisunin regresó a su mente sin previo aviso.

Con los ojos húmedos, Itubeles salió fuera de la herrería. Su mirada se perdía entre la calle y el infinito. Pero su amada no estaba. La figura delgada de Nisunin era invisible para sus ojos pero no para sus recuerdos.

La lluvia no descansaba, daba la impresión de querer retener a los dos jóvenes en aquella cueva tenebrosa. Sus cuerpos temblaban de frío y humedad, la traicionera lluvia los había sorprendido paseando cerca del río.

Pero a pesar de la incomodidad de la cueva y del agua en sus ropas, la felicidad se reflejaba en sus rostros. Miradas y sonrisas retaban a la oscuridad que les acechaba. El miedo se había quedado en un pasado solitario que deseaban no volver a vivir.

Abrazados y con la mirada perdida en las gotas de agua que se precipitaban contra la tierra, el tiempo se detuvo en un presente reconfortante.

Los labios fueron incapaces de permanecer impasibles, el calor ahuyentó al frío de un plumazo. La pasión entró sin miedo en la gélida cueva.

La realidad le sorprendió secándose los ojos. La visión que deseaba tener se estaba convirtiendo en una utopía.

—¿Estás bien? —le preguntó Eterindu mientras se acercaba sigilosamente.

—Sí. Un poco cansado, pero estoy bien.

El momento de la comida era casi más sagrado que los propios dioses. El hecho de compartir comida y diálogo era muy importante en el poblado. Pero en el hogar de Itubeles, ese tiempo ya había pasado.

La añoranza en Itubeles era una losa muy difícil de arrastrar. Recordar a Nisunin se estaba convirtiendo en una prioridad peligrosa. Un pasado feliz no sustituye a un presente repleto de dudas. Itubeles se repetía a sí mismo una y otra vez que tenía que actuar cuanto antes, no podía demorar más la situación. Las respuestas debían salir a flote por muy profundo que fuese el mar en el que estaban sumergidas.

Los pensamientos de Eterindu estaban repletos de intenciones. Su mente no cesaba de tramar diferentes jugadas como si de una macabra partida de ajedrez se tratase. Debía hacerse con la joya lo antes posible, el tiempo avanzaba demasiado aprisa.

—Esta tarde me voy a ir a pasear —dijo Itubeles nada más terminar de comer.

—Yo me quedaré, no tengo muchas ganas de caminar.

—De acuerdo, nos vemos cuando se oculte el Sol.

—¡No te pierdas!

—Descuida.

Nada más salir por la puerta de su casa, una frase de su padre le vino a animar: *Nada cambiará en tu vida si no haces algo distinto de lo que has estado haciendo.* Una sonrisa de esperanza le ayudó en su cometido.

Se alejó de la herrería para dejar tras de sí las murallas del poblado. El camino en

dirección a casa de su amigo le serviría para pensar una estrategia. Era consciente que el desenlace después de tantos días de búsqueda estaba cerca, ya no había vuelta a atrás.

—Tengo que pensar algo —se repetía a sí mismo una y otra vez—. Solo puedo confiar en Ikomkei.

Al fin la casa de su amigo se dejaba ver entre los trigales. El camino había sido como casi siempre, tranquilo. Aunque una extraña sensación de intranquilidad se había acercado tímida a su mente.

Antes de entrar en la senda principal que servía de separación a los campos de cultivo y de acceso directo a la casa, miró nuevamente hacia atrás. Un cierto resquemor le obligaba a ir mirando su espalda.

—¡Ikomkei! —gritó nada más llegar a la casa.

Esperó con una sonrisa de bienvenida la respuesta de su amigo. Pero esta se estaba demorando en exceso.

—¡Ikomkei! —volvió a gritar.

Al no encontrar respuesta, Iltubeles decidió entrar en la casa. Más precavido que de costumbre, sus pasos se silenciaron. Su intuición no le auguraba nada bueno. El temor por encontrar algo detrás de la puerta casi lo había agarrotado.

Un susurro evidenció a Iltubeles que le estaban esperando.

—Siéntate —musitó Ikomkei—. Está recordando.

Los ojos de Iltubeles se abrieron de par en par al observar como su amigo estaba sentado junto a la joven. Sus manos estaban unidas y de la boca de la joven afluían palabras mezcladas con lágrimas. Sin hacer comentario alguno, Iltubeles se sentó cerca de ellos.

—Cuando llegué a tu poblado —susurró la joven mientras apretaba la mano de Ikomkei—, las casas y las calles me eran familiares... era como si estuviese viviendo una pesadilla...

—Tómate tu tiempo —le susurró Ikomkei.

—Entre las casas —continuó la joven—, veía un altar de piedra y fríos grilletes. Sus imágenes se mezclaban en mi cabeza, ¡era una locura! Por eso salí corriendo... para no ver más el altar y los grilletes.

Tras una breve pausa en la que los dos amigos tan solo se miraron, la joven continuó hablando.

—Solo estoy tranquila en tu casa... solo tengo paz junto a ti. Todos los demás me traen nerviosismo.

La joven retuvo sus palabras para alzar la mirada. Sus pupilas se posaron tiernamente en Iltubeles.

—Tus ojos —le dijo a Iltubeles—, me recuerdan...

Una pausa que llenó de silencio la habitación.

—¡Hijo!

Ikomkei soltó repentinamente la mano de la joven, la expresión de su rostro era el reflejo de la confusión más absoluta. En cambio Iltubeles, como si ya sospechase la condición de la joven, se levantó con una tímida sonrisa en los labios.

—Eres Nerseadin —afirmó—, mi madre.

Sin más palabras entre ellos que las que otorgan los abrazos, las lágrimas comenzaron a recuperar el tiempo perdido.

Ikomkei, avergonzado por su comportamiento con la madre de su amigo, salió de la casa para respirar aire fresco.

—Cuánto te he echado de menos —susurró Iltubeles sin dejar de abrazar a su madre.
—Me tienes que contar muchas cosas, tenemos que recuperar el tiempo perdido.
Se sentaron uno junto al otro mientras que Ikomkei permanecía fuera de la estancia.
—¿Adónde has estado todo este tiempo? —preguntó Iltubeles mientras se secaba las lágrimas.

—No tengo recuerdos... de lo último que me acuerdo es de estar paseando por el río... luego desperté en esta casa... y el resto ya lo sabes.

»¿Cuánto tiempo ha pasado desde que desaparecí?

—Casi veinte años... y no has envejecido... ¿cómo puede ser?

—Yo también me preguntó eso. Espero ir recordando mi pasado, no quiero vivir sin él.

—Te ayudaremos, estaremos junto a ti.

—Creo que deberíamos salir a hablar con Ikomkei.

Madre e hijo salieron al campo en busca de Ikomkei, pero no había ni rastro de él.

—¡Ikomkei! —gritó Iltubeles.

Buscaron alrededor de la casa sin parar de gritar su nombre. La ausencia de los ladridos de Udiva les preocupaba todavía más.

—Se habrá ido con Udiva —dijo Nerseadin poco convencida.

—No sé adónde... el Sol ya marca que es el momento de comer... él no es así.

Sin querer creerlo, sus miradas se dirigieron al despejado cielo. Un par de buitres estaban descendiendo en dirección al interior del campo de trigo.

Sin mediar palabra, los dos comenzaron a correr en esa misma dirección.

—¡Ikomkei! —gritaban mientras corrían.

Sin aliento ahuyentaron a los buitres y cuervos que se habían adelantado. Sabían que nada bueno se escondía entre las espigas.

La imagen de Udiva rodeado de sangre era más que macabra. Del cuello del animal no paraba de brotar sangre y los buitres ya habían comenzado su trabajo.

Sin pensárselo dos veces, se acercaron a Udiva para llorar junto a él. La angustia de ver muerto a su fiel amigo les estaba destrozando. Allí, acariciándolo, permanecieron un largo instante.

—Todavía está caliente —murmuró Iltubeles con la mano en la cabeza de Udiva.

—¿Quién puede haber sido?

—El mismo que ha hecho desaparecer a Ikomkei, estoy seguro de saber quién es el responsable.

Sin temor a que la sangre se uniera a ellos, cogieron a Udiva y se marcharon de aquel maldito lugar.

Enterrar a un amigo siempre es difícil, pero cuando esta muerte es la antesala de un aluvión de sucesos imparables, se convierte en menos llevadero.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nerseadin desconcertada.

—Debemos encontrar a Eterindu...

—¿Y qué sucede con Ikomkei?

—Todo está unido... su presa soy yo... Ikomkei es tan solo el cebo.

—¿Sabes adónde tenemos que ir?

—Sí, pero debes quedarte... es muy peligroso.

—Desde cuando un hijo da órdenes a una madre.

Una disimulada sonrisa se iluminó en el rostro de Iltubeles, en su interior deseaba que su

madre le acompañase. No quería volver a separarse de ella. Probablemente estarían más seguros juntos, y si no era así, al menos compartirían los últimos instantes.

—¡Espera un momento! —exclamó Nerseadin.

Su delgada figura desapareció en el interior de la vivienda. La mirada de su hijo acompañó el vaivén de su larga y negra melena.

—¡Ahora ya podemos irnos!

En sus manos portaba una falcata digna de un rey. Atrás quedaba el asombro de Ikomkei el día que Itubeles se la regaló.

—Sabes que no puedo pagarte —dijo Ikomkei resignado.

Una sonrisa de amistad se dibujó en los labios de Itubeles mientras le daba la falcata.

—Ya lo sé... pero te recuerdo que soy herrero... y además tu amigo... y conozco tu afición por la lucha. He tardado mucho en hacerla... espero que te guste.

Ikomkei sabía que era inútil intentar convencer a su amigo de lo contrario. Además estaba deseando poseer una falcata como la que Itubeles le estaba regalando.

—Cuando pueda te la pagaré...

—De acuerdo, pero no tengas prisa. A mí no me ha costado nada hacerla.

—¿Cómo que nada? Te ha costado tiempo...

—Ya, pero mi tiempo es mío. Y la mejor manera de emplearlo es haciendo un regalo a mi mejor amigo.

Un fuerte abrazo entre los dos provocó en la madre de Ikomkei una sonrisa de satisfacción. Por desgracia estos momentos no eran habituales en la vida diaria. La dureza de la vida cotidiana alejaba los momentos felices.

—¿Ya no te acordabas de ella? —preguntó Nerseadin mientras le daba el arma a su hijo.

—Cómo me iba a olvidar de las carcajadas de Sicedunin y del abrazo de un amigo. Pero prefiero que la tengas tú. Yo tengo la mía, y además no sabemos a lo que nos enfrentamos. Por desgracia, creo que la vas a necesitar.

La decisión final ya estaba tomada, sus pasos se encaminaron en dirección al río. Su propio camino les llevaría fuera de los límites del poblado.

Mientras la senda estaba siendo recorrida, madre e hijo tenían la posibilidad de hablar sobre ellos.

—¿Cómo han sido estos años? —preguntó Nerseadin mientras caminaba al lado de su hijo.

—Echándote de menos... y más desde que murió él. Pensando como hubiese sido todo si tú hubieses estado con nosotros.

—¿Y tu padre? —preguntó con lágrimas en los ojos—. Estoy segura de que habrás sido muy feliz a su lado. Era un gran hombre.

—Para mí lo sigue siendo, sus enseñanzas me acompañan día a día. Me enseñó casi todo lo que sé.

Un tierno silencio les acompañó a la vez que el sugerente sonido del agua les llegaba. Ya estaban cerca del río y una explosión de vida se arremolinaba en torno a él.

—¿De verdad que no recuerdas nada? —preguntó Itubeles a su madre mientras descansaban junto al río.

—No... es como si el tiempo no hubiese pasado... como si un enorme vacío hubiese entrado en mi cabeza. No es fácil explicarlo.

—Lo importante es que estás bien... y que estamos juntos de nuevo.

Iltubeles recordaba con total exactitud el camino hacia el trigal maldito. Borrar de su mente el recuerdo de un altar de piedra en medio de un campo de cereales, era imposible. Y qué decir de los macabros grilletes que decoraban la fría piedra. Tan solo el recuerdo de aquello, le producía un inquietante escalofrío.

A pesar de todo el tiempo que habían estado separados y a pesar de que multitud de preguntas estaban en el aire, un agradable silencio se adueñó del viaje. Daba la impresión de que el mero hecho de compartir el mismo camino ya les estaba uniendo. Estaban felices acompañándose mutuamente y repasando antiguos recuerdos.

Nerseadin estaba intentando recordar sus vivencias antes del Suceso. La felicidad al contemplar a su hijo recién nacido era inmensa. Ese recuerdo nunca se lo quitarían, ni con mil años de torturas.

Los lloros de Iltubeles al nacer todavía retumbaban en su memoria. El rostro de su marido era el reflejo de la felicidad más absoluta. Una sonrisa nerviosa había acompañado a Ieortas durante todo el parto. Algo tan natural como el nacimiento de un niño —pensó—, se convierte en trascendental para una vida.

Por desgracia, los recuerdos de su hijo no se prolongaban en el tiempo. Era tan joven cuando llegó el Suceso. Perdona cariño —se dijo a sí misma— por dejarte solo con nuestro hijo.

Se estremeció al pensar lo feliz que hubiesen sido los tres juntos. Pero ya no tiene remedio —dijo en voz baja.

—¡Hijo!

Iltubeles dejó a un lado sus recuerdos y miró a su madre.

—¿Tu padre se volvió a casar?

—No, siempre estabas presente para él. Tus actos nunca murieron. A veces lo sorprendía con lágrimas en los ojos. Yo sabía que estaba pensando en ti, pero nunca le pregunté el porqué.

Una sonrisa de satisfacción arrastró a Iltubeles a pensar en su padre. Le gustaba espiar a su padre mientras este miraba el fuego de la fragua. Sabía que pensaba en su madre y en lo mucho que la amaba. Estaba seguro que el tiempo no había borrado ese vínculo. Le hacía gracia como su padre disimulaba en cuanto lo veía. *Cada vez que me acerco al fuego me lloran los ojos* —decía una y otra vez Ieortas.

—¿Qué papel jugaba el fuego entre vosotros dos? —preguntó Iltubeles mirando a su madre.

—La primera vez que nos conocimos... fue en la herrería...

Una pausa que Iltubeles respetó al ver cómo su madre miraba al cielo en busca de fuerzas.

—Su mirada sincera y su sonrisa me cautivaron... nunca olvidaré el reflejo del fuego en sus ojos.

»Nuestro primer beso fue frente a la fragua.

Nerseadin se detuvo para mirar a su hijo.

—Tienes sus ojos.

Un abrazo les recordó lo mucho que habían añorado ese instante. Dieron por bueno el tiempo perdido, ahora ya no se separarían. A pesar de que los años se habían ausentado de su madre, el aspecto era lo de menos.

—Te tengo que hacer una pregunta —afirmó Iltubeles con cierta incomodidad.

—Dime hijo.

—¿Ha habido algo entre Ikomkei y tú?

—No —dijo sin dudar un solo instante—. Me ha ayudado mucho y le estoy agradecida.

Un suspiro de alivio dejó a Iltubeles más descansado.

—A medida que voy recordando mi pasado... más pienso en tu padre.

XIII

Sin saber si quería llegar, Itubeles divisó el campo de cereales que andaba buscando. Era consciente de que dentro del cultivo le esperaba el desenlace. Verdades que sus oídos se podrían negar a escuchar. Mentiras disfrazadas de realidades. Sorpresas escondidas tras las palabras.

Nuevamente, la suave brisa que les acompañaba desapareció al entrar en el cultivo. El silencio derrocó a los monótonos sonidos de los animales.

Ahora estaba seguro que ese era el lugar señalado, no se había equivocado.

—¿Falta mucho? —preguntó Nerseadin con voz cansada.

—No, ya hemos llegado.

Se detuvieron para contemplar la inmensidad de las espigas. Era complicado atisbar el

final, la monotonía era la dueña del lugar. El verde era el único color que se atrevía a desafiar al silencio. Su dominio era insultante, tan solo la luz del Sol obligaba al verde a tomar matices.

—¿Y ahora qué? —volvió a preguntar Nerseadin con una espiga entre las manos.

—Ser más listos que él... intentar pillarlo por sorpresa...

—Y ser cautos —añadió con una astuta sonrisa.

—Eso, ser precavidos. Caminaremos despacio para acercarnos lo máximo posible.

—De acuerdo.

Un beso desató el inicio del recorrido. Dar marcha atrás no estaba en los planes prefijados. La fuerza de Nisunin e Ikomkei les ayudaba a continuar caminando entre el temor y la naturaleza.

Las nubes acudieron en su ayuda. El agobio al que estaban siendo sometidos por los rayos del Sol, les dio una tregua. Una enorme nube se interpuso entre ellos y el calor sofocante.

—¿Queda mucho? —preguntó Nerseadin en voz baja.

—Creo que no... si la memoria no me falla, estamos cerca... aunque es fácil engañarse entre tanto cereal.

Ante la sorpresa de Iltubeles, su madre empuñaba con fuerza la falcata de Ikomkei. Como un acto reflejo, se aseguró que la suya estaba en su sitio.

—No sé si seré capaz de usarla —pensó mientras miraba de reojo a su madre.

Como si le hubiese leído la mente, Nerseadin se detuvo un instante para preguntar a su hijo:

—¿Has matado alguna vez a alguien?

—No.

—Pero al menos has cazado animales, ¿no?

—No.

—¿Cómo puede ser? —preguntó conteniendo el tono de su voz.

—Supongo que por pena... me gusta ver a los animales en libertad.

Tras esas palabras, el rostro de Iltubeles se iluminó de satisfacción. La imagen de un cervato atrapado entre unas ramas le trasladó por un instante al pasado.

—¡Hoy comemos carne! —exclamó Ikomkei al ver a la cría de ciervo atrapada.

—¡Déjame a mí! —añadió Iltubeles mientras se acercaba al cervato.

Iltubeles se agachó para tranquilizar a la asustada cría. Le acarició la cabeza mientras observaba su inocente mirada. Fue un instante mágico, la cría dejó de temblar al sentir la cálida caricia de Iltubeles.

Al otro lado estaba Ikomkei que no daba crédito a lo que estaba viendo. Pero como siempre, la prudencia se desató como una gran virtud y prefirió no hacer comentario alguno.

Un suspiro de alivio retumbó en el bosque cuando Iltubeles liberó la pata del animal. Por suerte no estaba rota.

El cervato no huyó desesperadamente, prefirió quedarse para seguir siendo acariciado.

Iltubeles lo abrazó como si fuese su hijo y de un suave empujón le obligó a marcharse. El animal se puso en pie y corrió en dirección al interior del bosque.

—Estarás contento —dijo Ikomkei mientras observaba como la cría huía.

—No te lo puedes ni imaginar...

—¡Otra vez volvemos con las manos vacías! —exclamó irritado Ikomkei.

Pero una sonrisa de su amigo le devolvió al instante anterior al hallazgo.

—No sé cómo puedo salir de caza contigo...

—Porque siempre volvemos de vacío...

Las risas retumbaron en cada uno de los árboles que les rodeaban, en cada piedra que

había observado la escena, en cada matorral que permanecía en silencio.

—¿Estás bien? —preguntó Nerseadin al notar que su hijo estaba ausente.

—Sí. Tan solo recordaba...

—Por tu expresión, supongo que es un buen recuerdo.

—Más que eso... Ikomkei y yo éramos cómplices...

—¿Cómplices?

—De salvar animales, éramos incapaces de matarlos. Si en el poblado se hubiesen enterado...

—¿Y Nisunin lo sabía?

—Claro, algunas veces nos acompañaba al bosque. También era cómplice.

Se sonrieron pero procurando no emitir sonido alguno, la situación en la que se encontraban así lo requería.

Tras ese breve descanso, continuaron caminando en dirección a su destino.

De repente, Iltubeles se detuvo obligando a su madre a hacer lo mismo.

—¡Ya hemos llegado! —afirmó Iltubeles mientras se agachaba para reconocer el terreno.

El comienzo de la zona calcinada alertó a Iltubeles, a partir de ese instante el peligro aumentaba exponencialmente.

Agachados como depredadores, observaban más allá de las últimas espigas con vida. Sus ojos se clavaron en el centro de la quemada explanada donde una encina sobresalía por encima de todo.

Aunque lo esperado estaba al otro lado, siempre hay una pequeña esperanza de que todo sea fácil. Pero como todo lo acontecido hasta ese momento, la dificultad iba a ser parte importante en el devenir de la historia que estaban siguiendo.

Al menos dos personas se distinguían en la lejanía. A pesar del silencio a su alrededor, eran incapaces de distinguir la conversación que estaban llevando las figuras que había más allá.

—¿Sabes quiénes son? —preguntó nuevamente Nerseadin.

—Desde aquí soy incapaz de saberlo... aunque estoy seguro que uno de ellos es Eterindu.

—El otro podría ser Ikomkei.

—No, reconocería su figura aunque estuviese al otro lado de las montañas. Que no esté me preocupa y me tranquiliza a la vez.

—¿Por?

—Porque es posible que haya huido o que haya muerto.

Un sorpresivo movimiento de una de las figuras, los paralizó repentinamente. Como si se hubiesen convertido en un imán que atrae problemas, la cada vez menos difusa figura se encaminó hacia ellos.

—Es imposible... no puede habernos visto.

—Viene hacia aquí —añadió Nerseadin.

La figura que avanzaba irremediamente hacia ellos perdió su anonimato. Iltubeles no se había equivocado, Eterindu se encaminaba hacia ellos sonriente.

—Es tarde para huir —se respondió a sí mismo—, hemos venido a enfrentarnos a ellos.

Madre e hijo se levantaron del suelo cogidos de la mano, la sensación de unir fuerzas les reconfortaba. No querían reflejar el miedo que realmente residía en sus cuerpos.

—¡Qué imagen más conmovedora! —exclamó Eterindu a pocos pasos de ellos.

Sin dar opción a más dialogo, Iltubeles sacando fuerzas de la amistad que le unía a su amigo, miró a Eterindu a los ojos y le preguntó:

—¿Dónde está Ikomkei?

Una carcajada se perdió entre las espigas inexistentes.

—Todo a su momento... ahora venid conmigo.

Se miraron levemente y sin muchas más opciones decidieron seguir a Eterindu. Si querían encontrar a Ikomkei no tenían más remedio que seguir el juego que Eterindu había marcado.

Sin poder controlar sus recuerdos, Nerseadin se ausentó del presente un instante.

—*¡Va a ser un niño fuerte!* —exclamó *Ieortas mirando a su hijo recién nacido.*

—*Me conformo con que sea feliz* —susurró *Nerseadin con una inmensa sonrisa de satisfacción.*

—*Haremos lo que esté en nuestra mano para que así sea.*

La sonrisa de Nerseadin se apagó con la gravedad del momento. El cuerpo de Ikomkei estaba frente a ellos. El frío altar era su acomodo.

—¿Qué le has hecho? —gritó Iltubeles.

—Por el momento nada... ahora está dormido, pero pronto despertará y podrás hablar con él.

—¿Adónde está el otro hombre que había a aquí? —preguntó Nerseadin extrañada.

—No sé de qué hablas...

—Estabas con otra persona...

—Habrán sido imaginaciones tuyas...

—Suyas y mías —añadió Iltubeles—, porque yo también lo he visto.

Una sonrisa de desprecio fue la respuesta de Eterindu.

—Bueno —dijo Eterindu gesticulando—, ha llegado la hora de la verdad.

Madre e hijo permanecían expectantes ante las palabras de su anfitrión.

—Tú tienes algo que yo quiero —dijo Eterindu mirando a Iltubeles—, y yo tengo algo que tú quieres.

—Todo esto por una maldita joya...

—No has entendido nada... un poder inmenso se esconde en ella.

—¿Y para qué quieres ese poder? —preguntó Iltubeles encogiéndose de hombros.

La cara de sorpresa de Eterindu ante la pregunta no mostró duda alguna. Era evidente que no comprendía como había alguien en el mundo que no deseara el poder.

—He recorrido medio mundo detrás de esa joya, he tenido que matar a decenas de hombres por el camino, he pasado penurias que ni tú imaginarias... y me preguntas ¿que para qué quiero el poder?

—Sí... te lo pregunto... a lo mejor de tanto ansiarlo no sabes para qué lo quieres.

—No te preocupes por mí... tengo muy claro para qué lo quiero.

Iltubeles miró a su madre y después a su amigo, y como si el tiempo se le hubiese echado encima, le dijo a Eterindu:

—¡Acabemos con todo esto!

—Tienes razón... ya ha durado demasiado.

Iltubeles metió la mano en su camisa y de ella sacó la pequeña joya. Sin querer poseer el poder que Eterindu anunciaba, extendió la mano hacia él.

Sin previo aviso, Nerseadin comenzó a sentirse mal. Su cabeza les deleitó con un baile frenético que acaparó toda la atención de los allí presentes.

Cuando Iltubeles acudía en ayuda de su madre, los espasmos finalizaron. Pero la visión de

unos blanquecinos ojos fue incluso más dura. La pupila y el iris habían desaparecido tras un color blanco que aterraba.

—¡Detente! —gritó Nerseadin con una voz que no le correspondía.

Iltubeles encogió el brazo al instante dejando a Eterindu con las ganas de tener la joya entre las manos.

—¡Tenemos un trato! —dijo Eterindu a Iltubeles sin dejar de mirar a Nerseadin.

—¡Has llegado muy lejos! —volvió a hablar Nerseadin sin parar de mirar a Eterindu.

—No entiendo —respondió Eterindu con cara de asombro.

—Te hemos otorgado nuestra confianza y nos has traicionado.

—¿Cómo puede ser?

—Creías que no nos íbamos a dar cuenta de tus actos... has estado vigilado continuamente.

El peso de la culpa intentó apoderarse de Eterindu, pero no lo consiguió. Los remordimientos habían quedado en el olvido. La mañana que decidió caminar en busca del Poder, supo que la vuelta atrás sería imposible. Hay sendas que no tienen retorno, tan solo te permiten mirar hacia atrás para no volver sobre tus pasos.

—¡Eso ya no importa! —exclamó Eterindu con un sonrisa forzada—. La decisión la tomé hace mucho tiempo... estoy cansado de ser vuestro sirviente.

—Eres uno de los nuestros —añadió Nerseadin en un tono más conciliador.

—Por eso mismo —dijo Eterindu reteniendo su rabia—. No quiero seguir viviendo junto a los humanos. He nacido para gobernarlos. Me cansan sus absurdas guerras, su sentimentalismo es ilógico, es difícil saber qué están pensando.

—Sabes que no estás autorizado a tomar esas decisiones, tu misión era observar.

—¡Observar! —una carcajada retumbó en la añeja encina que les miraba impasible—. No necesitan que yo les espíe, necesitan ser gobernados por alguien como yo.

—¿Cuándo has cambiado? No te reconocemos.

—¡Sois unos hipócritas! ¿Cómo os atrevéis a darme lecciones de moral? Os recuerdo que estáis manejando el poblado de los edetanos a vuestro antojo.

—Pero tiene una justificación...

—¡No sé cual!

—Sabes bien que necesitamos humanos para experimentar... debemos probar primero en ellos nuestros ensayos.

El rostro de Iltubeles era el reflejo de la incredulidad, lo que estaba escuchando lo tenía absorto. Su mente y sus palabras estaban atrapadas en una nueva realidad que acababa de descubrir.

Ahora entiendo las desapariciones. La muerte del pueblo lobetano no ha sido una casualidad, todo estaba planeado. Somos sus esclavos. Ikomkei es el próximo.

No es el momento para pensar, ahora debo escuchar —se dijo a sí mismo Iltubeles apartando de su mente cualquier distracción.

—Si yo fuese su rey, tendríais a todos los humanos a vuestra disposición.

—No queremos eso... lo sabes bien. Ellos deben ser independientes.

Una tensa pausa dejó al silencio como dueño y señor del lugar. La mente de Eterindu comenzó a procesar las salidas posibles ante la negativa de sus superiores.

No hay vuelta atrás. Es imposible llegar a un acuerdo. No tengo más remedio que actuar

cuanto antes.

El metal de la falcata de Eterindu reflejó la luz de un Sol libre de nubes. Un rápido ataque era imprescindible para tener éxito.

Al otro lado, Nerseadin sonrió. Tan solo necesitó dos movimientos para que la lucha llegase a su final; el primero de ellos fue esquivar a su adversario con un movimiento eléctrico. Y el segundo hundir el filo de su falcata en el cuerpo de su atacante.

Mientras las fuerzas habían abandonado a Eterindu y su cuerpo se desplomaba, un río de sangre dio nacimiento a un macabro charco.

Un patético balbuceo se dejó entrever entre los labios de la nueva víctima.

La sorpresa se había fundido con el temor, el cuerpo de Iltubeles estaba inmóvil. Era incapaz de mover un solo músculo. Por un instante, ni la multitud de preguntas que poblaban su cerebro se atrevieron a salir.

—Era necesario —afirmó Nerseadin con la misma voz que Iltubeles no reconocía—. Su traición solo podía tener un castigo.

Nerseadin se agachó junto al cuerpo sin vida de Eterindu. Tras revolver entre su ropaje, se levantó con una sonrisa de satisfacción.

—Creo que ya la habías visto antes —dijo Nerseadin mientras le enseñaba un pequeño objeto.

—Sí... aunque para ser sincero... lo único que he visto ha sido su luz.

—¿Supongo que tendrás curiosidad por saber qué es?

—Sí... pero no sé si debo saberlo... después de lo que acabo de ver... no me atrevo a preguntar.

—Por preguntar no te voy a matar —dijo con una victoriosa sonrisa—. Te preguntarás ¿qué es esto?

—Sí, entre otras muchas preguntas que tengo.

—Es el Arma —dijo Nerseadin enseñando el objeto—. Junto a la joya que me vas a dar activan el arma más poderosa de la Tierra.

—¿Algo tan pequeño es capaz de matar a muchas personas?

—Matar no —respondió con una sonrisa—. Para qué matar si puedes controlar. Su luz convierte en esclavos a los humanos. Es la mejor manera de poseer un pueblo sumiso.

—¿Y para qué?

—Es el sueño de muchos de los nuestros, pero también de los tuyos. El poder es un virus incapaz de controlarlo.

»Por eso está en dos piezas, para que sea más complicado poseerla.

—Pero yo vi una luz cuando aún no estaban unidas.

—Esa claridad solo indicaba que la joya estaba cerca, por eso Eterindu supo que la tenías tú.

—Si es tan peligrosa, ¿por qué no la destrúis?

—Porque nunca se sabe cuándo debes usarla.

La respuesta había vuelto a tensionar a Iltubeles. No debía abandonar a su desconfianza.

—De todas formas —continuó Nerseadin—, ahora ya no tienes que preocuparte de eso.

Nerseadin extendió su mano en busca de la joya que poseía Iltubeles.

—¿Y si no te la doy?

—Sabes que eso es imposible —respondió ella con tono resignado—. No quiero matarte... te conozco y sé que eres incapaz de luchar. Eres lo que aquí llaman; un cobarde. No eres capaz de

matar a un animal y piensas luchar conmigo.

La carcajada de Nerseadin apretó la mano de Iltubeles sobre su falcata.

—¡Vamos! ¡Atrévete! Ya has visto lo que le ha pasado a Eterindu. Y él sí era capaz de matar, no hubiese dudado ni un instante en matarme.

La mano de Iltubeles se relajó al mirar disimuladamente al altar. La imagen de Ikomkei le reconfortó. Estaba despierto aunque sin emitir ruido alguno. Solo escuchaba.

Las miradas cómplices se cruzaron para no volver a encontrarse, podría ser peligroso que Nerseadin lo descubriera.

—Déjate de tonterías y dame la joya.

—¿Qué va a ser de Ikomkei?

—En tu mano está salvarlo.

—¿Cómo?

—Cambiándote por él. Necesitamos un humano para nuestros experimentos, y a mí me da igual que seas tú.

»Además, así podrás ver a tu amada.

La imagen de Nisunin regresó a su mente. Se sentía culpable por haber olvidado su principal cometido, pero todo se había complicado sobremedida.

—¡No lo hagas!

—Ya estás despierto... bienvenido al dilema de tu amigo.

La derrota se había apoderado de Iltubeles. Después de tanto tiempo de querer creer que volvería a ver a su amada, la realidad había entrado en acción.

Con parsimonia, extendió nuevamente la mano hacia Nerseadin.

—¡Toma!

—Buena decisión... ya veo que eres más listo que valiente.

—Te parece poca valentía querer cambiarse por mí —replicó Ikomkei desde el altar.

—No es capaz de mover un dedo contra mí... eso se llama cobardía.

—Te crees que sabes mucho de mi amigo y no tienes ni idea.

—Lo sé todo, nosotros os observamos continuamente.

Las sonrisas habían cambiado de bando. Ahora era Ikomkei el que sonreía al escuchar las palabras de Nerseadin.

—Mi amigo es la persona más valiente que he conocido. A pesar de no querer cazar animales, es muy respetado en el poblado. Y no fue fácil para él. Al principio se reían de él a escondidas, pero su integridad al final se vio recompensada. Aprendieron a valorarlo por sus actos y por su gran corazón.

»Eso se llama Valentía.

—Ya veo que sois muy valientes todos en tu poblado... pero gracias a nosotros.

—¿Gracias a vosotros? —preguntó Iltubeles abandonando su silencio.

—¿Por qué te crees que habéis vivido tan tranquilos estos años? Tenemos un acuerdo con los reyes que han gobernado tu poblado...

—¿Edecón lo sabe?

—Y no solo Edecón... tu padre y el de Armitalsko también lo sabían.

—No te creo... mi padre nunca hubiese permitido que mi madre fuese sacrificada.

—A favor de tu padre tengo que decir que se arrepintió. Tuvo que elegir entre tu madre y tú...

—¿Entre mi madre y yo?

—Cuando tu madre se quedó embarazada, decidimos experimentar con ella. Sabíamos que

tú ibas a ser especial, pero para que el experimento fuese efectivo tenías que crecer sin madre. Tus padres decidieron que fuese tu madre la que abandonase el poblado. Al parecer tu padre nunca se lo perdonó.

»Un día cometió el error de contárselo al padre de Ikomkei, y eso le costó la vida. No lo pudo superar y le ayudamos a que se suicidase. Ya sabes de dónde has heredado la cobardía.

Las hirientes palabras de Nerseadin fueron acalladas por el silencio. Ni Ikomkei ni Iltubeles abrieron la boca. ¡Qué podían decir!

—Ya veo que os habéis quedado mudos. ¿No queríais la verdad? La mayoría de las veces, su encuentro es doloroso.

»El asesinato del pueblo lobetano formó parte del trato. Nosotros os manteníamos a salvo de ataques y vosotros nos proporcionabais cuerpos para experimentar.

»Las buenas cosechas os mantenían callados y fieles a los dioses. ¡Es muy fácil dominar a los humanos!

—¿Y Nisunin? —se atrevió a decir Iltubeles con temor.

—No tenía cabida en tu vida. Ella estaba despertando unos sentimientos en ti que hubiesen alterado el resultado final.

—¿Qué le habéis hecho a mi amigo?

—Probar con él. Queríamos saber si podíamos crear humanos pacíficos. Y hoy se confirma que sí.

»Iltubeles, eres un éxito. Te doy mi enhorabuena. Lo que no entraba en nuestros planes es que tu actitud cambiara a los que te rodean. Al final el experimento ha salido mejor de lo que pensábamos en un principio.

Las lágrimas se dejaron ver en los dos amigos. Demasiada dosis de verdad, no estaban preparados para oír toda la historia.

—¡Ya puedes liberar a Ikomkei! ¡He cumplido con el trato!

—Es verdad, ya no tiene sentido que siga en el altar.

Nerseadin se dirigió sonriente al altar. Los grilletes fueron abiertos e Ikomkei liberado.

Un fuerte abrazo entre los dos amigos rompió la frialdad del instante.

—Siento todo lo que ha pasado —se disculpó Iltubeles.

—Si hubiese sido culpa tuya te las aceptaría, pero bien sabes que esto va más allá... tan solo has querido encontrar a Nisunin y has descubierto el secreto de tu pueblo.

»Es la primera vez que alguien se pregunta el porqué de una desaparición. Todos miraban hacia otro lado cuando esto sucedía. Su preocupación se reducía a no ser atacados y a tener unas buenas cosechas.

»El precio que hemos pagado a nuestros dioses ha sido excesivo.

—La libertad no tiene precio —añadió Iltubeles con lágrimas en los ojos—. Hemos cerrado los ojos a la realidad.

—Todos somos cómplices de alguna manera. Unos por permitirlo y otros por consentirlo. Las desapariciones eran consideradas algo normal.

—Acuérdate del comportamiento de Baspedas.

—Y de su mujer —añadió Ikomkei.

—Toda la búsqueda ha sido una farsa.

—Solo tú y yo la hemos emprendido con la esperanza de encontrar un final.

—Por eso hemos hallado la respuesta.

—Siento interrumpir —dijo Nerseadin—, pero el tiempo se agota.

Los dos amigos se miraron con la certeza del que sabe que es la última vez. Que la

despedida va a ser definitiva.

—¡Itubeles! Debes tumbarte en el altar.

XIV

La muerte disfrazada de sorpresa atravesó el aire. El cuerpo de Nerseadin se estremeció. Inconscientemente sujetó el metal que la había atravesado. Sus manos se tiñeron de rojo a la vez que las fuerzas le abandonaban.

Un impulso arrastró a Itubeles a sujetar el cuerpo de su madre. La mirada de Nerseadin había cambiado. Era la misma de esa joven que habían hallado indefensa en el trigal.

—¡Hijo!

—No hables —le dijo poniendo los dedos en sus labios—, te vas a poner bien.

—Eso ya da igual... al fin te he conocido... estoy orgullosa de ti hijo.

Su voz se apagó pero la sonrisa permaneció dibujada en su rostro.

Iltubeles dejó lentamente el cuerpo sin vida de su madre en el suelo. Cerró los ojos que ya nunca olvidaría. Besó su frente mientras acariciaba sus mejillas. La serenidad había regresado.

La imagen del rey Edecón con una falcata ensangrentada en las manos a pocos pasos de él, casi pasó desapercibida.

Ikomkei se quedó inmóvil alternando su mirada a ambos.

Las sorpresas del aciago día parecían infinitas. El hecho que culminase a todos los demás no aparecía. Uno tras otro entraban en acción sin previo aviso.

—¡No podíamos continuar así! —exclamó Edecón a modo de disculpa—. Hay que poner freno a los dioses.

—¿Matando a mi madre?

—Lo siento... pero sabes que ya no era tu madre. Era la voz de los dioses.

—Esto será el final de todos nosotros —anunció Ikomkei.

—Es posible, pero no aguanto más esta situación. No es fácil tener que entregar a hijos... a amigos... a buena gente que no tiene culpa de nuestro cobarde pacto.

—Pero... yo soy uno de ellos —dijo Iltubeles mirando al cielo.

—¿Y qué? Ahora tenemos el Arma, somos poderosos...

—Ahora te entiendo —interrumpió Ikomkei—, la has matado por el Poder. ¡No te importa nuestro pueblo!

Ikomkei recogió del suelo la falcata que llevaba Nerseadin, la misma que le había regalado su amigo.

—¡Tu sangre va a exculpar a nuestro pueblo! —gritó Ikomkei mientras alzaba su falcata.

Pero sin tiempo a un nuevo enfrentamiento, el cielo se pobló de nubarrones. Una intensa luz atravesó las nubes. El silencio se volvió a adueñar del campo de cultivo.

Una intensa paz recorría todos los rincones del lugar. Las armas se precipitaron al suelo abandonado las manos que las empuñaban.

Iltubeles dejó de mirar la Luz y se dirigió a su amigo.

—¡Me voy! Esta sí que es nuestra última despedida.

—Dale un beso de mi parte a Nisunin.

—Se lo daré.

—¡Te voy a echar de menos!

Un nuevo abrazo selló una amistad que perduraría en el tiempo.

La claridad de la Luz se intensificó y con ella sus consecuencias.

Las armas que descansaban en el suelo estaban desapareciendo una a una.

Edecón cayó de rodillas con las manos apretando su cabeza. Sus ojos se habían transformado. Tan solo el negro residía en ellos. La avaricia y el ansía de poder habían sido la tierra que cubre la sepultura.

El cuerpo de Iltubeles se desvanecía entre la claridad. Su sonrisa quedaría grabada en la retina de su amigo.

De la misma manera que había llegado, la Luz desapareció entre las nubes que lentamente se dispersaban dejando al Sol reinar en el cielo.

Ikomkei miró a un lado y a otro en busca de respuestas, pero ya no tenía preguntas que hacer.

Los dioses habían urdido un plan cuyo desenlace había finalizado. Algunas respuestas habían sido desveladas, quizás demasiadas para un mortal, pero otras se habían esfumado con el último esbozo de claridad.

Ikomkei se detuvo por última vez en aquel desolador páramo que apestaba a muerte. Alzó la mirada y con una sonrisa saludó a quien le estuviese observando. Ahora, tras su despedida, ya estaba dispuesto a regresar a su hogar y a continuar con su vida.

[1] La importancia que yo le doy al Sol es de mayúscula, por eso en este caso las normas no son para mí.

[2] Al igual que el Sol, la Luna se merece estar en mayúscula.